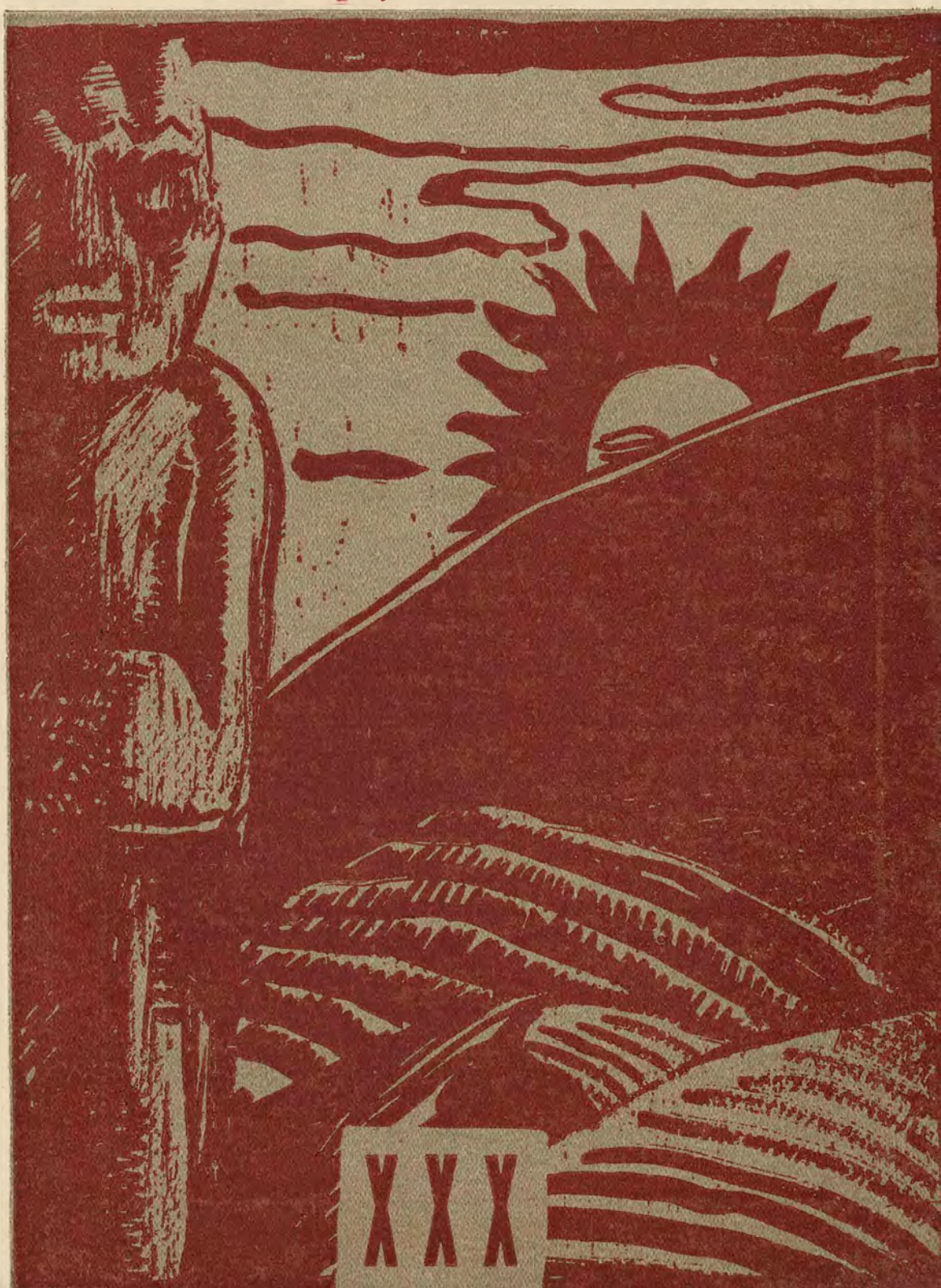
AMAUTA



A LOS AGENTES, SUSCRITORES Y AMIGOS DE «AMAUTA»

La desaparición de José Carlos Mariátegui, nos plantea la responsabilidad de sostener nuestra "revista histórica". AMAUTA es la obra de todos. Esta obra exige nuestra consagración absoluta. Estamos dispuestos a que AMAUTA continúe apareciendo, como en vida de su fundador. Nuestro mejor homenaje, nuestra más franca adhesión al compañero desaparecido, es oponerse a que cese de publicarse.

En la seguridad de que este llamado encontrará franca aceptación en los que hasta ahora han defendido nuestra revista, nos dirigimos a los agentes, a los suscritores, a los amigos todos, para que aúnen sus fuerzas y nos secunden en la campaña que iniciamos por el sostenimiento de AMAUTA.

Estamos en plena Quincena. Es urgente que los agentes giren inmediatamente el importe total de sus saldos pendientes. Que los suscritores abonen sus suscriciones y recluten otras. Que nuestros amigos envíen su óbolo.

En algunos sectores del país, nuestros amigos y simpatizantes llevan a cabo erogaciones, veladas, exposiciones artísticas, etc. A todos agradecemos su interés por salvar la economía de la revista. En los lugares en que estas ya se han verificado, debe procederse a la remesa del dinero a fin de sufragar los gastos más apremiantes.

AMAUTA se publicará como de costumbre. AMAUTA dará a conocer en sus páginas la obra inédita de José Carlos Mariátegui. AMAUTA es el mejor esfuerzo de un hombre y de una generación "con una filiación y una fé". Es por esto que nos hemos hecho el firme propósito de que viva.

Hoy más que nunca debemos juntarnos en torno de AMAUTA, en torno a la memoria y la obra de José Carlos Mariátegui. De los homenajes que hemos rendido al cadáver del compañero desaparecido, el sostenimiento de AMAUTA es el más imperioso, el más efectivo. El que responde eficazmente a su recurdo y nos coloca efectivamente a su lado.

p. LA SOCIEDAD EDITORA AMAUTA

Ricardo Martínez de la Torre.
Director-Gerente.

NOTA.—Los giros, cheques y ordenes de pago deben ser dirigidos a nombre del Gerente.

EDICIONES CENIT Y EUROPA-AMERICA

ULTIMAS NOVEDADES

Ernest Johannsen.—**CUATRO DE INFANTERIA**

La más sincera quizás de las novelas de guerra. Actualmente la publican en folletines 45 periódicos alemanes.—S|. 2.25.

Alardo Prats y Beltrán.—**TRES DIAS CON LOS ENDEMONIADOS**

Relato impresionante de la vida de la España tenebrosa y desconocida que supervive con su mundo medieval de hechiceras y poseídos.—S|. 2.25.

Henri Barbusse.—**EL FUEGO**

Traducción esmerada de la célebre novela con prólogo especial del autor. El Fuego no es una reconstrucción a base de recuerdos aproximados de los acontecimientos del frente guerrero de 1914/18; es una narración directa además de ser una acusación y una condena de los espantosos momentos aquellos.—S|. 1.60.

Upton Sinclair.—UN PATRIOTA 100 POR 100

En esta novela se describe la fase de represión por que atravesaron las organizaciones obreras de los Estados Unidos cuando, al final de la guerra y a raíz de la revolución rusa, el proletariado comenzó a dar muestras de desasociego, sembrando el pánico entre la burguesía.—S|. 2.25.

Charles Chaplin.—**MIS ANDANZAS POR EUROPA**

Biografía completa de Charlot, indispensable para conocer la verdadera personalidad del célebre actor del cine.—S|. 2.25.

N. Bujarin.—**LA ECONOMIA MUNDIAL Y EL IMPERIALISMO**
288 páginas.—S|. 2.25.

John Dos Pasos.—**ROCINANTE VUELVE AL CAMINO**

Uno de los libros más sólidos sobre España.—S|. 2,25.

Belyk y Panteleev.—**SCKID.—LA REPUBLICA DE LOS VAGABUNDOS**

J. V. Plejanov.—**ANARQUISMO Y SOCIALISMO**

El golpe más trmendo asestado al anarquismo, fué el libro del fundador de la Social-democracia rusa, J. V. Plejanov, **Anarquismo y Socialismo.** Este libro fué publicado en casi todos los idiomas europeos a fines del siglo pasado. En lengua española es esta la primera vez que se edita. ¿Será esta una de las razones principales de que en España y en la America Latina, el anarquismo cuente aún proporcionalmente con más partidarios que en el resto del mundo? —Precio 1.80.

Nadejda K. Krupskaia (Viuda de Lenin).—**LENIN**

Nadejda Konstantinovna Krupskain, la compañera inseparable y la más fiel colaboradora de Lenin, es el tipo representativo de la mujer revolucionaria rusa. En estos sus recuerdos nos presenta un Lenin íntimo, bondadoso, cordial. Los capítulos que se refieren a la vida de deportado en Siberia y de la emigración cautivan por su simplicidad emotiva. Como retrato personal de Lenin es el libro que mejor se ha escrito.—288 págs.—7 grabados.—S|. 2.25.

OFICINA DEL LIBRO. — Washington Izquierda, 544-970. — Ap. 2107

EMINENTE CREACION CIENTIFICA

¡Enfermos de los ojos!

¡O J O S!

P R O D I G A L U Z

MARCA REGISTRADA SEGUN LAS LEYES
PREPARADO POR EL DOCTOR J. MENENDEZ

Condecorado con la Cruz de Mérito por méritos profesionales

Específico único en el mundo, que cura radicalmente las enfermedades de los ojos por graves y crónicas que sean, con rapidez asombrosa, evitando operaciones quirúrgicas que con tanto fundamento atemorizan a los enfermos. Desaparición de los dolores y molestias a la primera aplicación. Eminentemente eficaz en las oftalmias y por excelencia en las granulosas, granulaciones purulentas, blenorragia, queratitis, ulceraciones de la córnea, etc." Las oftalmias originadas por enfermedades venéreas, curándolas en breve tiempo. Maravilloso en las infecciones postoperatorias. Hace desaparecer las cataratas. Destruye microbios arsenicales, mercuriales, nitrato de plata, azul metileno y otros tan temibles usados en clínicas. Las vistas débiles y cansadas adquieren prodigiosa potencia visual. ¡No más neblina! ¡Siempre vista muy clara! ¡Jamás fracasada! El 98 por 100 de los enfermos de los ojos cúranse antes de concluír el primer frasquito del específico.

PRODIGALUZ evita usar lentes, no más morias volantes. PRODIGALUZ eclipsa para siempre el tratamiento por los colirios usados hasta hoy en todos los gabinetes oculísticos, colirios que en la mayor parte de los casos no hacen más que empeorar el mal, irritando órgano tan importante como la mucosa conjuntival. El nitrato de plata, que causa el verdadero terror de los enfermos y de muchas cegueras, lo hace desaparecer.

PRODIGALUZ cura el glancoma. PRODIGALUZ es completamente inofensivo, y produce sus estupendos resultados sin causar la menor molestia a los enfermos. Detiene la miopía progresiva. ¡Enfermos de los ojos! el portentoso PRODIGALUZ. "Exigid la firma y marca en el precinto de la cubierta". PRECIO 40 PESETAS o su equivalencia Lp. 2.

Por cheque de Banco a la DIRECCION GENERAL E. M. CUADRADO, P. Santa Engracia núm. 62. — Principal derecha Madrid (España)

ENVIOS A TODAS LAS PARTES DEL MUNDO

Testimonios de Médicos, Jueces, Fiscales, Jefes de Ejecutivo, comerciantes, obreros, y del Laboratorio Municipal de Madrid

CERTIFICAR las cartas que contengan VALORES

MAS DE 50 AÑOS DE CONSTANTES CURACIONES FELICISIMAS

Pagos por cheque registrado

LA QUINCENA PRO-"AMAUTA"

Al iniciar la publicación de las listas de erogaciones "Pro-Amauta", recordamos a todos nuestros amigos que hubieran organizado colectas o actuaciones, se sirvan girarnos el importe de los óbolos obtenidos comunicándonos los detalles a fin de darlos a la publicidad como tenemos ofrecido.

A. Cabello, S/. 1.50; B. Cornelio, S/. 2.50; A. Pehovaz, S/. 2.00; J. Herrera, S/. 2.00; J. Agüero, S/. 0.50; E. Pagán, S/. 0.50; V. Campos, S/. 1.50, J. F. Torreblanca, S/. 3.00; E. Beltrán, S/. 2.00. — Suma parcial: S/. 15.50.

Samuel Fernández, S/. 3.00; Augusto Carbonell, S/. 2.00; Jorge G. Encinas, S/. 3.00; Máximo Rojas D., S/. 1.00; Francisco Rubiños, S/. 1.00; Manuel Rosales, S/. 2.00; Manuel Calderón, S/. 1.00; Rosendo Santamaría, S/. 1.00; Emilio Gonzáles, S/. 1.00; César Ponce, S/. 1.00; P. Vásquez, S/. 1.00; S. Rodríguez, S/. 2.00; Gilberto Montoya, S/. 2.00; Félix Cerna, S/. 1.00; Julio Villacorta; S/. 1.00; Gabriel Góngora, S/. 1.00; Benjamín Reyes, S/. 2.00; M. Gonzáles, S/. 2.00; Clemente Acosta, S/. 3.00; Mario Barba, S/. 2.00; Frank A. Mackie, S/. 5.00; Carlos D. Gamboa B., S/. 10.00; Francisco Ninaquispe C., S/. 5.00; José Gálvez H. S/. 5.00; Teófilo Villagaray, S/. 2.00; Antenor Holguín, S/. 3.00 — Suma parcial: S/. 63.00.

J. Benjamín Ríos, S/. 2.00; Teófilo Ugarte, S/. 5.00.— Suma parcial: S/. 7.00.

BALANCE DE LA SOCIEDAD EDITORA AMAUTA

al 30 de Abril de 1930

A C T I V O		
ACCIONISTAS ... ... S/.	2900.—	
CAJA	19.17	
BANCO ITALIANO	91.02	
FOTOGRABADOS	99.55	
GASTOS GENERALES	770.58	
INTERESES	8.92	
IMPRESIONES AMAUTA	1100.—	
LIBRO MENSUAL	1057.46	
LIBROS EN CONSIGNACION	135.28	
MUEBLES Y UTILES	390.60	
INVERSION DE FONDOS	26.—	
AGENTES	7941.66	
P A S I V O		
CAPITAL		S/. 7500.—
EDITORIAL MINERVA		2321.19
REVISTA AMAUTA		1499.03
AVISOS		90.—
CONSIGNACIONES VARIAS		1992.96
CUENTA EN SUSPENSO		883.70
LETRAS POR PAGAR		200.—
QUINCENA PRO AMAUTA		12.—
GANANCIAS Y PERDIDAS		41.36
	S/. 1,4540.24	1,4540.24

Ricardo Martínez de la Torre.
Director-Gerente

Carlos Heck.
Contador

A M A U T A

REVISTA MENSUAL DE DOCTRINA, LITERATURA, ARTE, POLEMICA

FUNDADOR: JOSE CARLOS MARIATEGUI

DIRECTOR-GERENTE: RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

Nº 30 ABRIL Y MAYO 1930

SUMARIO

TERCERA ETAPA. — LA CRISIS MUNDIAL Y EL PROLETARIADO PERUANO. LENIN. LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL DE LA INDIA, por José Carlos Mariátegui. — DIALECTICA POSTUMA DE JOSE CARLOS MARIATEGUI, por H. Pacheco. — JOSE CARLOS MARIATEGUI, por Abelardo Solis. — DUELO AMERICANO, por Luis E. Valcárcel. — EN TORNO A LA OBRA DE JOSE CARLOS MARIATEGUI, por Carlos Arbulú Miranda. — NOTICIA, por Ernesto Reyna. — JOSE CARLOS MARIATEGUI, CONSTRUCTOR, PROFETA, por Carmen Saco. — NUESTRO JOSE CARLOS, por Julio del Prado. — LA SONRISA DE JOSE CARLOS, por Angela Ramos. — EL MENSAJE DE JOSE CARLOS MARIATEGUI, por María Wiesse. — MARIATEGUI, IDEOLOGO PROLETARIO, por M. Arroyo Posadas. — SEGANDO MALEZA, por C. Ratto Ciarlo. — SENTIDO DE LA OBRA DE MARIATEGUI, por A. Navarro Madrid. — AUTOPSIA DEL SUPERREALISMO, por C. Vallejo. — LA REFORMA UNIVERSITARIA EN LA ARGENTINA, por Ricardo Martínez de al Torre. — LA EDIFICACION DEL SOCIALISMO. ¿QUE ES EL PLAN QUINQUENAL?. — LOS QUE TENIAMOS DOCE AÑOS, EL MISTERIO, por Ernest Glaeser.— LA VIDA HEROICA DE ROSA LUXEMBURGO, por Nydia Lamarque.

JOSE CARLOS MARIATEGUI: Ilustraciones de las diversas etapas de su vida. — SIMBOLO, por Nicolás Gonzáles. — OLEO, de Julia Codesido. — MAQUETTE, por Artemio Ocaña. — AGONIA, MASCARILA, por Ocaña.

PANORAMA MOVIL: TESTIMONIOS: Telegramas. — Cartas de adhesión. — EL SEPELIO DE JOSE CARLOS MARIATEGUI: — La Noticia. — El desfile fúnebre. — Discurso del Secretario General de la Confederación General de Trabajadores del Perú. — DOCUMENTOS. — La prisión de Esteban Pavletich y la Liga Antimperialista de las Américas. — El Terror en Cuba. — Solidaridad con los militantes y revolucionarios mexicanos en huelga del hambre. — Las persecusiones en Panamá. — MANIFIESTOS: A todas las organizaciones revolucionarias antimperialistas. — AUDICIONES: Música y Poemas de Carlos Sánchez Málaga. — MARGINALIA: Correspondencia abierta.

LIBROS Y REVISTAS: Crónicas de libros.

1 9 3 0

R e v i s t a d e a v a n c e

EDITORES:

Francisco Ichazo

Félix Lizaso

Jorge Mañach

Juan Marinello

Apartado 2228

L A H A B A N A

FOTOGRABADOS DE "AMAUTA"

Ofrecemos en venta los clisés utilizados en "AMAUTA" desde el primer número. La colección de la revista puede servir de pauta para la selección y para los pedidos de provincias que deberán especificar el N.º de "AMAUTA" en que han parecido y la leyenda que llevan.

AMAUTA

30

LIMA ABRIL-MAYO 1930

TERCERA ETAPA

CON la muerte de José Carlos Mariátegui, AMAUTA ingresa a su tercera época.

La primera corresponde a aquella en que, casi solo Mariátegui inicia la publicación de su revista, animado de una voluntad firme y un plan estrictamente constructivo, armonizado a los intereses del proletariado que se debaten en la actualidad.

En Mariátegui se opera un interesante proceso dialéctico, que le conduce directamente a la concepción materialista del mundo, a la interpretación marxista de los hechos y de las clases Iniciado en el periodismo a los catorce años, animado de una gran inquietud intelectual y de una séria curiosidad instructiva, es ganado por el socialismo, cuyas primeras manifestaciones nos ofrece en NUESTRA EPOCA, bajo la influencia de la "España" de Araquistain, como él mismo reconoció.

Al año siguiente, es decir, en 1919, aparece "LA RAZON". En ella se ve a Mariátegui completamente atraído por las carrienets renovadoras que comienzan a surjir, aunque incipientemente, en el proletariado peruano, como consecuencia de la evolución de nuestra economía, acelerada por la guerra. La jornada de 8 horas, las huelgas posteriores, el grito vehemente con que los hombres de trabajo se llaman unos a otros para apretar sus filas, despiertan en el joven escritor una gran simpatía hacia esta energía nueva.

En "LA RAZON" apoya la Reforma Universitaria y la lucha de los empleados de comercio. La acción popular para el abaratamiento de las subsistencias nos lo presentan al flanco del proletariado. Su diario es el único que defiende sin reservas el movimiento.

Diversas circunstancias le llevan a Europa. Se dedica al estudio de idiomas, política, filosofía, economía. Adquiere una brillante cultura marxista. En Italia entra en relación con el Partido Socialista. Asiste a las históricas sesiones del Consejo de Livorno. Estudia concienzudamente. Se pone en contacto directo con el movimiento proletario internacional. Recorre Alemania, Francia, Austria. Analiza el desenvolvimiento de las luchas sociales. Lo que al dejar el Perú es en él un sentimiento de simpatía, se transforma en fé. Es un hombre con "una filiación y una fe". Contrae, con algunos peruanos del extranjero, que vemos hoy militar en la política criolla, el compromiso de volver al Perú a organizar el partido del proletariado.

Mariátegui regresa. Vuelve como no saben regresar otros: libre. Ningún convencionalismo, ningún interés creado le ata. Se siente incorporado definitivamente a la gran lucha histórica. A ella dedicará su vida, su tranquilidad, su pobreza. No es capaz de compromisos con el pasado. Vive para la acción del presente. Vive para la victoria del futuro.

Se incorpora inmediatamente a la Universidad Popular. Sus Conferencias inician dentro de la mísma, un viraje efectivo hácia la ideología de clase del proletariado. Lo primero que orienta, a su regreso, es la organización y la conciencia del trabajador. La U. P. acercaba al estudiante inquieto con el obrero descontento. Mariátegui se da inmediatamente cuenta de la desorientación de unos y otros. De cómo las buenas intenciones no bastan para resolver la cuestión social.

Trae, por primera vez a ella, la concepción de la lucha de clases, la dictadura del proletariado, el gobierno obrero-campesino. Memorables fueron sus lecciones, entre la hostilidad de los obreros anarquistas que veían escapársele el control de las masas; de los estudiantes sin programa; de los luchadores sin finalidad. Mariátegui está allí en medio de los descontentos No para ser arrastrado, sino para arrastrar No para transigir con la ignorancia complaciente, sino para orientarla. No para callar en complicidad con el engaño, sino para derribar mitos y trazar caminos.

Mariátegui va a los obreros, íntegramente. Va a sus filas, no a figurar, sino a servir obscuramente. Muchos estudiantes, muchos intelectuales se acercan por curiosidad a este movimiento preñado de esperanzas. Todos llegan a travez de su subjetivismo. Por eso, las desviaciones posteriores, las traiciones a la causa histórica, no nos sorprenden. Mariátegui, en cambio, va objetivamente, conscientemente. De ahí su persistencia, su seriedad intelectual, su honradez personal en la posición adoptada. De ahí que la muerte lo coja en su puesto.

Luchas. Prisiones. Su vieja enfermedad hace crisis. El trabajo violento. La responsabilidad de orientar una generación proletaria y un movimiento de trascendencia, vencen su naturaleza. Casi a la muerte, es encadenado en una silla de ruedas. Esta silla se convierte en una tribuna heroica. Desde su silla de inválido nace la historia.

Y después, "Escena Contemporánea". AMAUTA surje cuando la obra de preparación del ambiente comienza. En torno a Mariátegui se agrupan algunos elementos atraídos, más por su cordialidad que por sus ideas, especialmente la pequeña burguesía intelectual. En su "Presentación" declara que AMAUTA representa un "movimiento" "una corriente" "la voz de un movimiento y de una generación". Y su "filiación y su fe" personales, las incorpora desde el primer momento en la revista.

AMAUTA aparece como una bandera de polémica, de selección. de combate en el plano de la doctrina. AMAUTA es una tribuna de orientación revolucionaria clasista. Implica una afirmación vigorosa y multitudinaria frente al enquistamiento ideológico y científico de la Universidad. Frente a la mediocridad de los intelectuales burgueses y pequeño burgueses Una vigorosa negación dialéctica de la chatura mental y política de hombres e ideas.

Con esta filiación, con la experiencia de sus conferencias en la U. P., con el desenvolvimiento de una vida y una obra inseparables, comprendemos, a más de la perspicacia necesaria de que "al Perú le nace una revista histórica", que las palabras "movimiento" "espíritu"

"generación" son, suscritas por Mariátegui, otras tantas expresiones animadas de una intención de clase, conque él certifica la iniciación de la conciencia política en las masas asalariadas, vale decir, en el proletariado peruano.

En dicha etapa se lleva a cabo una "criba" de "los hombres de vanguardia—militantes y simpatizantes". Se "separa la paja del grano". Se "produce y precipita un fenómeno de polarización y concentración". AMAUTA comienza a disponer ya de algunos hombres listos para "meter su sangre en sus ideas". Esto es, abanderarse consciente y lealmente en la clase heroica que hará la historia.

El Primer Acto termina con el número nueve. Se habla, por primera vez en el Perú, de complot comunista. AMAUTA es clausurada junto con las organizaciones proletarias y la prensa sindical, probando así su estrecha vinculación con los intereses de las masas oprimidas.

La Segunda Etapa se inicia con el número diez, después de seis meses de receso universitarios, del tipo de los que cuando el escepticismo y la cobardía de todas las ideas de renovación. La gran voluntad de Mariátegui, que le hacía liberarse de la influencia adversidad, desarmar con serena energía, desde su situación conservadora, a sus adversarios, su resolución de salir, mutilado y empobrecido, a dueños extranjero para continuar publicando en Buenos Aires su revista, vencieron las dificultades. Y comienza lo que él llamó el "segundo acto".

AMAUTA se convierte cada vez más en un factor de orientación política del proletariado nacional, al margen de la influencia y de los intereses de otras clases sociales. El editorial, del número diez y siete, declara, como decía el mismo Mariátegui, "cumplido el proceso de 'definición ideológica', afirmándose, categóricamente, marxista". Si, como consta en su "Presentación", "la historia no ha bautizado definitivamente", a los "fautores de esta renovación", en el número diez y siete surje el nombre ya, resultado de un proceso orgánico de selección ideológica, con su calificativo justo.

AMAUTA encarna, pues, "una idea histórica, confiesa una fé activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo". Colocada incondicionalmente al servicio de los intereses vitales del proletariado, repúdia toda terminología vaga, todo calificativo confusionista, universitario y pequeño-burgués. Ya no es "revista de la nueva generación" de la "vanguardia" de la "izquierda" ni de la juventud renovadora andina o del apra. "Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista". Así, seguro de disponer de un cuadro de luchadores marxistas, fija con precisión el rol de nuestra revista en el antagonismo de clases del país.

En esta época publica SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA. Escribe su DEFENSA DEL MARXISMO. Comienza a imprimir en España su libro sobre la historia política del Perú hasta hoy, que viene a ser la segunda parte de SIETE ENSAYOS. Polemiza con el oportunismo pequeño burgués. Define su posición en la cuestión de la lucha de clases que iremos poniendo de manifiesto en trabajos posteriores.

No se puede interpretar a Mariátegui en crónicas como las que han aparecido hasta la fecha, desprovistas de criterio, de sentido, de profundidad. Su personalidad revolucionaria se destacará en el trascurso de nuestra lucha con la derecha reaccionaria y la izquierda socializante

Cuando haya que batir con energía las adulteraciones y mixtificaciones que ya se ponen en evidencia. No permitiremos que el nombre de Mariátegui sirva de disfraz a los contrabandistas de ideas y oportunismos.

Aquí no hacemos sino trazar un itinerario para localizar la posición de AMAUTA en su obra. Porque Mariátegui no ha sido un "intelectual" sino un ideólogo proletario, un revolucionario, un marxista de la Tercera Internacional—sabedlo de una vez por todas, estimados señores intelectuales pequeño-burgueses— En la lucha que hemos de llevar a cabo al lado de la obra y de la vida de Mariátegui, defenderemos su "herencia" que pertenece al obrero, al campesino y al intelectual revolucionarios.

Las etapas de AMAUTA reflejan exactamente el movimiento de la evolución de la conciencia sindical y política operada en las masas oprimidas, de acuerdo con el desarrollo de las fuerzas de producción del país, la transformación parcial provocada en la economía por la penetración del capital extranjero. Todos nosotros sabemos qué papel de animador ha cabido a Mariátegui en este hecho Su entierro es una prueba concluyente. Mientras más nos acercamos al proletariado, más cerca nos sentimos del camarada desaparecido.

Ahora se alzarán contra él y contra nosotros los enemigos del proletariado. No se manifestaban anteriormente en público, por temor a su palabra y a su pluma. Estamos listos a defender no sólo su memoria y su obra, sino la ideología a la que consagró su vida toda.

Comienza el Tercer Acto. AMAUTA se define una vez más como tribuna del movimiento de la clase trabajadora. Mantendrá la independencia del proletariado en la lucha social. Rechazará toda intervención extraña a sus intereses inconfundibles. Reinvindica, desde este número, su categoría de revista de clase.

Muerto Mariátegui, velaremos su obra. Seremos dignos de su herencia. La defenderemos dondequiera estemos. Aquí o en el extranjero.

"Amauta".

JOSE CARLOS MARIATEGUI

LA CRISIS MUNDIAL Y EL PROLETARIADO PERUANO

Primera Conferencia en la Universidad Popular

EN esta conferencia —llamémosla conversación más bien que conferencia—voy a limitarme a exponer el programa del curso al mismo tiempo que algunas consideraciones sobre la necesidad de difundir en el proletariado el conocimiento de la crisis mundial. En el Perú falta, por desgracia, una prensa docente que siga con atención, con inteligencia y con filiación ideológica el desarrollo de esta gran crisis; faltan, así mismo, maestros universitarios, del tipo de José Ingenieros, capaces de apasionarse por las ideas de renovación que actualmente transforman el mundo y de liberarse de la influencia y de los prejuicios de una cultura y de una educación conservadoras y burguesas; faltan grupos socialistas y sindicalistas, dueños de instrumentos propios de cultura popular, y en aptitud, por tanto, de interesar al pueblo por el estudio de la crisis. La única cátedra de educación popular, con espíritu revolucionario, es esta cátedra en formación de la Universidad Popular. A ella le toca, por consiguiente, superando el modesto plano de su labor inicial, presentar al pueblo la realidad contemporánea, explicar al pueblo que está viviendo una de las horas más trascendentales y grandes de la historia, contagiar al pueblo de la fecunda inquietud que agita actualmente a los demás pueblos civilizados del mundo.

En esta gran crisis contemporánea el proletariado no es un expectador; es un actor. Se va a resolver en ella la suerte del proletariado mundial. De ella va a surgir, según todas las probabilidades y según todas las previsiones, la civilización proletaria, la civilización socialista, destinada a suceder a la declinante, a la decadente, a la moribunda civilización capitalista, individualista y burguesa. El proletariado necesita, ahora como nunca, saber lo que pasa en el mundo. Y no puede saberlo a travez de las informaciones fragmentarias, episódicas en la mayoría de los casos, y provenientes siempre de agencias reaccionarias, encargadas de desacreditar a los partidos, a las organizaciones y a los hombres de la revolución y desalentar y desorientar al proletariado mundial.

En la crisis europea se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo. El desarrollo de la crisis debe interesar pues, por igual, a los trabajadores del Perú que a los trabajadores del Extremo Oriente. La crisis tiene como teatro principal Europa; pero la crisis de las instituciones europeas es la crisis de las instituciones de la civilización occidental. Y el Perú, como los demás pueblos de América, gira dentro de la órbita de esta civilización, no solo porque se trata de países políticamente independientes pero económicamente coloniales, ligados al carro del capitalismo británico, del capitalismo americano o del capitalismo francés sino porque europea es nuestra cultura, europeo es el tipo de nuestras instituciones. Y son precisamente, estas instituciones democráticas, que nosotros copiamos de Europa, esta cultura, que nosotros copiamos de Europa también, las que en Euro-

pa están ahora en un período de crisis definitiva, de crisis total. Sobre todo, la civilización capitalista ha internacionalizado la vida de la humanidad; ha creado entre todos los pueblos lazos materiales que establecen entre ellos una solidaridad inevitable. El internacionalismo no es solo un ideal; es una realidad histórica. El progreso hace que los intereses, las ideas, las costumbres, los regímenes de los pueblos se unifiquen y se confundan. El Perú, como los demás pueblos americanos, no está, por tanto, fuera de la crisis; está dentro de ella. La crisis mundial ha repercutido ya en estos pueblos. Y, por supuesto, seguirá repercutiendo. Un período de reacción en Europa será también un período de reacción en América. Un período de revolución en Europa será también un período de revolución en América. Hace más de un siglo, cuando la vida de la humanidad no era tan solidaria como hoy, cuando no existían los medios de comunicación que hoy existen, cuando las naciones no tenían el contacto inmediato y constante que hoy tienen, cuando no había prensa, cuando éramos aún expectadores lejanos de los acontecimientos europeos, la Revolución Francesa dió orígen a la Guerra de la Independencia y al surgimiento de todas estas repúblicas. Este recuerdo basta para que nos demos cuenta de la rapidez con que la transformación de la sociedad europea se reflejará en las sociedades americanas. Aquellos que dicen que el Perú, y América en general, viven muy distantes de la revolución europea, no tienen noción de la vida contemporánea, ni tienen una comprensión, aproximada siquiera, de la historia. Esa gente se sorprende de que lleguen al Perú los ideales más avanzados de Europa; pero no se sorprende en cambio de que llegue el aeroplano, el transatlántico, el telégrafo sin hilos, el radium, todas las expresiones más avanzadas, en fin, del progreso material de Europa. La misma razón para ignorar el movimiento socialista habría para ignorar, por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein. Y estoy seguro de que al más reaccionario de nuestros intelectuales,—casi todos son impermeablemente reaccionarios— no se le ocurrirá que debe ser proscrita del estudio y de la vulgarización la nueva física, de la cual Einstein es el más eminente y máximo representante.

Y si el proletariado, en general, tiene necesidad de enterarse de los grandes aspectos de la crisis mundial, esta necesidad es aún mayor en aquella parte del proletariado, socialista, laborista, sindicalista o libertario que constituye su vanguardia; en aquella parte del proletariado más combativa y consciente, más luchadora y preparada; en aquella parte del proletariado encargada de la dirección de las grandes acciones proletarias; en aquella parte del proletariado a la que toca el rol histórico de representar al proletariado peruano en el presente instante social; en aquella parte del proletariado, en una palabra, que cualquiera que sea su credo particular, tiene consciencia de clase, tiene consciencia revolucionaria. Yo dedico, sobre todo, mis disertaciones, a esta vanguardia del proletariado peruano. Nadie más que los grupos proletarios de vanguardia necesita estudiar la crisis mundial. Yo no tengo la pretensión de venir a esta tribuna libre de una universidad libre a enseñarles la historia de esa crisis mundial, sino a estudiarla yo mismo con ellos. Yo no os enseño, compañeros, desde esta tribuna la historia de la crisis mundial; yo la estudio con vosotros. Yo no tengo en este estudio sino el mérito modestísimo de aportar a él las observaciones personales de tres años y medio de vida europea, o

sea de los tres años y medio culminantes de la crisis, y los ecos del pensamiento europeo contemporáneo.

Yo invito muy especialmente a la vanguardia del proletariado a estudiar conmigo el proceso de la crisis mundial por varias razones trascendentales. Voy a enumerarlas sumariamente. La primera razón es que la preparación revolucionaria, la cultura revolucionaria, la orientación revolucionaria, de esa vanguardia, se ha formado a base de la literatura socialista, sindicalista y anarquista anterior a la guerra europea. O anterior por lo menos al período culminante de la crisis. Libros socialistas, sindicalistas, libertarios, de vieja data son los que, generalmente, circulan entre nosotros. Aquí se conoce un poco de literatura clásica del socialismo y del sindicalismo; no se conoce a la literatura. La cultura revolucionaria es aquí una cultura clásica, además de ser, como vosotros, compañeros, lo sabéis muy bien, una cultura muy incipiente, muy inorgánica, muy desordenada, muy incompleta. Ahora bien, toda esa literatura socialista y sindicalista anterior a la guerra, está en revisión ahora. Y esta revisión no es una revisión impuesta por el capricho de los teóricos, sino por la fuerza de los hechos. Esa literatura, por consiguiente, no puede ser usada hoy sin beneficio de inventario. No se trata, naturalmente, de que no siga siendo exacta en sus principios, en sus bases, en todo lo que hay en ella de ideal y de eterno; sino que ha dejado de ser exacta, muchas veces, en sus inspiraciones tácticas, en sus consideraciones históricas, en todo lo que significa acción, procedimiento, medio de lucha. La meta de los trabajadores sigue siendo la misma; lo que ha cambiado, necesariamente, a causa de los últimos acontecimientos históricos, son los caminos elegidos para arribar, o para aproximarse siquiera, a esa meta ideal. De aquí que el estudio de estos acontecimientos históricos, y de su trascendencia, resulte indispensable para los trabajadores militantes en las organizaciones clasistas.

Vosotros sabeis, compañeros, que las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional Obrera reformista, colaboracionista, evolucionista y otra Internacional Obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria. Entre una y otra ha tratado de surgir una Internacional intermedia. Pero que ha concluído por hacer causa común con la primera contra la segunda. En uno y otro bando hay diversos matices; pero los bandos son neta e inconfundiblemente solo dos. El bando de los que quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía; y el bando de los que quieren realizar el socialismo conquistando íntegramente para el proletariado el poder político. Y bien, la existencia de estos dos bandos proviene de la existencia de dos concepciones diferentes, de dos concepciones opuestas, de dos concepciones antitéticas del actual momento histórico. Una parte del proletariado crée que el momento no es revolucionario; que la burguesía no ha agotado aún su función histórica; que, por el contrario, la burguesía es todavía bastante fuerte para conservar el poder político; que no ha llegado, en suma, la hora de la revolución social. La otra parte del proletariado cree que el actual momento histórico es revolucionario; que la burguesía es incapaz de reconstruir la riqueza social destruída por la guerra e incapaz, por tanto, de solucionar los problemas de la paz; que la guerra ha originado una crisis cuya solución no puede ser sino una solución proletaria, una solución socialista; y que con la revolución rusa ha comenzado la revolución social.

Hay, pues, dos ejércitos proletarios porque hay en el proletariado dos concepciones opuestas del momento histórico, dos interpretaciones distintas de la crisis mundial. La fuerza numérica de uno y otro ejército proletario depende de que los acontecimientos parezcan o no confirmar su respectiva concepción histórica. Es por esto que los pensadores, los teóricos, los hombres de estudio de uno y otro ejército proletario, se esfuerzan, sobre todo, en ahondar el sentido de la crisis, en comprender su carácter, en descubir su signifación.

Antes de la guerra, dos tendencias se dividían el prodeminio en el proletariado: la tendencia socialista y la tendencia sindicalista. La tendencia socialista era, dominantemente, reformista, social-democrática, colaboracionista. Los socialistas pensaban que la hora de la revolución social estaba lejana y luchaban por la conquista gradual a través de la acción legalitaria y de la colaboración gubernamental o, por lo menos, legislativa. Esta acción política debilitó en algunos países excesivamente la voluntad y el espíritu revolucionario del socialismo. El socialismo se aburguesó considerablemente. Como reacción contra este aburguesamiento del socialismo, tuvimos al sindicalismo. El sindicalismo opuso a la acción política de los partidos socialistas la acción directa de los sindicatos. En el socialismo se refugiaron los espíritus más revolucionarios y más intransigentes del proletariado. Pero también el sindicalismo resultó en el fondo un tanto colaboracionista y reformístico. También el sindicalismo estaba dominado por una burocracia sindical sin verdadera psicología revolucionaria. Y sindicalismo y socialismo se mostraban más o menos solidarios y mancomunados en algunos países, como Italia, donde el partido socialista no participaba en el gobierno y se mantenía fiel a otros principios formales de independencia. Como sea, las tendencias, más o menos beligerantes o más menos próximas, según las naciones eran dos: sindicalista y socialista. A este período de la lucha social corresponde casi íntegramente la literatura revolucionaria de que se ha nutrido la mentalidad de nuestros proletarios dirigentes.

Pero, después de la guerra, la situación ha cambiado. El campo proletario, como acabamos de recordar, no está ya dividido en socialistas y sindicalistas; sino en reformistas y revolucionarios. Hemos asistido primero a una escisión, a una dicisión en el campo socialista. Una parte del socialismo se ha afirmado en su orientación social-democrática, colaboracionista; la otra parte ha seguido una orientación anticolaboracionista, revolucionaria. Y esta parte del socialismo es la que, para diferenciarse netamente de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo. La división se ha producido, también, en la misma forma en el campo sindicalista. Una parte de los sindicatos apoya a los social-demócaticos; la otra parte apoya a los comunistas. El aspetco de la lucha social europea, ha mudado, por tanto radicalmente. Hemos visto a muchos sindicalistas intransigentes de antes de la guerra tomar rumbo hacia el reformismo. Hemos visto en cambio a otros seguir al comunismo. Y entre estos, se ha contado, nada menos, como en una conversación lo recordaba no hace mucho al compañero Fonkén, el más grande y más ilustre teórico del sindicalismo: el francés George Sorel. Sorel, cuya muerte ha sido un luto amargo para el proletariado y para la intelectualidad de Francia, dió toda su adhesión a la Revolución Rusa y a los hombres de la Revolución rusa.

Aquí, como en Europa, los proletarios tienen, pues, que dividirse no en sindicalistas y socialistas—clasificación anacrónica—sino en

colaboracionistas y anti-colaboracionistas, en reformistas y maximalistas. Pero para que esta clarificación se produzca con nitidez, con coherencia, es indispensable que el proletariado conozca y comprenda en sus grandes lineamientos la gran crisis contemporánea. De otra manera, el confusionismo es inevitable.

Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un período revolucionario. Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis social-democráticas, de todas las tesis reformistas, de todas las tesis evolucionistas. Antes de la guerra, estas tesis eran explicables, porque correspondían a condiciones históricas diferentes. El capitalismo estaba en su apogeo. La producción era super-abundante. El capitalismo podía permitirse el lujo de hacer sucesivas concesiones económicas al proletariado. Y sus márgenes de utilidad eran tales que fué posible la formación de una numerosa clase media, de una numerosa pequeño-burguesía, que gozaba de un tenor de vida cómodo y confortable. El obrero europeo ganaba lo bastante para comer discretamente y en algunas naciones, como Inglaterra y Alemania, le era dado satisfacer algunas necesidades del espíritu. No había, pues, ambiente para la revolución. Después de la guerra, todo ha cambiado. La riqueza social europea ha sido, en gran parte, destruída. El capitalismo, responsable de la guerra, necesita reconstruir esa riqueza a costa del proletariado. Y quiere, por tanto, que los socialistas colaboren en el gobierno, para fortalecer las instituciones democráticas; pero nó para progresar en el camino de las realizaciones socialistas. Antes, los socialistas colaboraban para mejorar, paulatinamente, las condiciones de vida de los trabajadores. Ahora colaborarían para renunciar a toda conquista proletaria. La burguesía para reconstruir Europa necesita que el proletariado se avenga a producir más y consumir menos. Y el proletariado se resiste a una y otra cosa y se dice a sí mismo que no vale la pena consolidar en el poder a una clase social culpable de la guerra y destinada, fatalmente, a conducir a la humanidad a una guerra más cruenta todavía. Las condiciones de una colaboración de la burguesía con el proletariado son, por su naturaleza, tales, que el colaboracionismo tiene, necesariamente, que perder, poco a poco, su actual numeroso proselitismo.

El capitalismo no puede hacer concesiones al socialismo. A los Estados europeos para reconstruirse les precisa un régimen de rigurosa economía fiscal, el aumento de las horas de trabajo, la disminución de los salarios, en una palabra el restablecimiento de conceptos y de métodos económicos abolidos en homenaje a la voluntad proletaria. El proletariado no puede, lógicamente, consentir este retroceso. No puede ni quiere consentirle. Toda posibilidad de reconstrucción de la economía capitalista está, pues, eliminada. Esta es la tragedia de la Europa actual. La reacción va cancelando en los países de Europa las concesiones económicas hechas al socialismo; pero, mientras de un lado, esta política reaccionaria no puede ser lo suficientemente enérgica ni eficaz para restablecer la desangrada riqueza pública, de otro lado, contra esta política reaccionaria, se prepara, lentamente, el frente único del proletariado. Temerosa a la revolución, la reacción cancela, por esto, no solo las conquistas económicas de las masas, sino que atenta también contra las conquistas políticas. Asistimos, así, en Italia a la dictadura fascista. Pero la burguesía socaba y mina y hiere así de muerte las instituciones democráticas. Y pierde toda su fuerza moral y todo su prestigio ideológico.

Por otra parte, en el orden de las relaciones internacionales, la reacción pone la política externa en manos de las minorías nacionalistas y anti-democráticas. Y estas minorías nacionalistas saturan de chauvinismo esa política externa. E impiden, con sus orientaciones imperialistas, con su lucha por la hegemonía europea, el restablecimiento de una atmósfera de solidaridad europea, que consienta a los estados entenderse y acerca de un programa de cooperación y de trabajo. La obra de ese nacionalismo, de ese reaccionarismo, la tenemos a la vista en la ocupación del Ruhr.

La crisis mundial es, pues, crisis económica y crisis política. Y es, además, sobre todo, crisis ideológica. Las filosofías afirmativas, positivas, de la sociedad burguesa, están, desde hace mucho tiempo, minadas por una corriente de excepticismo, de relativismo. El racionalismo, el historicismo, el positivismo, declinan irremediablemente. Este, es, indudablemente, el aspecto más hondo, el síntoma más grave de la crisis. Este es el indicio más definitivo y profundo de que no está en crisis únicamente la economía de la sociedad burguesa, sino de que está en crisis íntegramente la civilización capitalista, la civilización occidental, la civilización europea.

Ahora bien. Los ideólogos de la Revolución Social, Marx y Bakounine, Engels y Kropoktine, vivieron en la época de apogeo de la civilización capitalista y de la filosofía historicística y positivista. Por consguiente, no pudieron prever que la ascensión del proletariado tendría que producirse en virtud de la decadencia de la civilización occidental. Al proletariado le estaba destinado crear un tipo nuevo de civilización y cultura. La ruina económica de la burguesía iba a ser al mismo tiempo la ruina de la civilización burguesa. Y que el socialismo iba a encontrarse en la necesidad de gobernar nó en una época de plenitud, de riqueza y de plétora, sino en una época de pobreza, de miseria y de escasez. Los socialistas reformistas, acostumbrados a la idea de que el régimen socialista más que un régimen de producción lo es de distribución, creen ver en esto el síntoma de que la misión histórica de la burguesía no está agotada y de que el instante no está aún maduro para la realización socialista. En un reportaje a "La Crónica" yo recordaba aquellas frases de que la tragedia de Europa es esta: el capitalismo no puede más y el socialismo no puede todavía. Esa frase que dá la sensación, efectivamente, de la tragedia europea, es la frase de un reformista, es una frase saturada de mentalidad evolucionística, e impregnada de la concepción de un paso lento, gradual y beatífico, sin convulsiones y sin sacudidas, de la sociedad individualista a la sociedad colectivista. Y la historia nos enseña que todo nuevo estado social se ha formado sobre las ruinas del estado social precedente. Y que entre el surgimiento del uno y el derrumbamiento del otro ha habido, lógicamnte, un período intermedio de crisis.

Presenciamos la disgregación, la agonía de una sociedad caduca, senil, decrépita; y, al mismo tiempo, presenciamos la gestación, la formación, la elaboración lenta e inquieta de la sociedad nueva. Todos los hombres, a los cuales, una sincera filiación ideológica, nos vincula a la sociedad nueva y nos separa de la sociedad vieja, debemos fijar hondamente la mirada en este período trascendental, agitado e intenso de la historia humana.

L E N I N

LA figura de Lenin está nimbada de leyenda, de mito y de fábula. Se mueve sobre un escenario lejano que, como todos los escenarios rusos, es un poco fantástico y un poco aladinesco. Posee las sugestiones y atributos misteriosos de los hombres y las cosas eslavas. Los otros personajes contemporáneos viven en roce cotidiano, en contacto inmediato con el público occidental. Lloyd George, Poincaré, Mussolini, nos son familiares. Su cara nos sonríe consuetudinariamente desde las carátulas de las revistas. Estamos abundantemente informados de su pensamiento, su horario, su menú, su palabra, su intimidad. Y se nos muestran siempre dentro de un marco europeo: un hotel, una villa, un automóvil, un pullmann, un boulevard. Lenin, en cambio, está lejos del mundo occidental, en una ciudad mitad asiática y mitad europea. Su figura tiene como retablo el Kremlin, y como telón de fondo el Oriente. Nicolás Lenin no es siquiera un nombre sino un pseudónimo. El leader bolchevique se llama Vladimir Illicht Ulianow, como podría llamarse un protagonista de Gorky, de Andrejew o de Korolenko. Hasta físicamente es un hombre un poco exótico: un tipo mongólico de siberiano o de tártaro. Y como la música de Balakirew o de Rimsky Korsakow, Lenin nos parece más oriental que occidental, más asiático que europeo. (Rusia irradia simultáneamente en el mundo su bolchevismo, su arte, su teatro y su literatura. Sincrónicamente se derraman, se difunden y se aclimatan en las ciudades europeas los dramas de Checow, las estatuas de Archipenko y las teorías de la Tercera Internacional. Agentes viajeros del alma rusa, Stravinsky seduce a París, Chaliapine conquista Berlín, Tchicherine agita a Lausanne).

Lenin ejerce una fascinación rara en los pueblos más lontanos y abstrusos. Moscou atrae peregrinos de Persia, de la China, de la India. Moscou es actualmente una feria de abigarrados trajes indígenas y de lenguas esotéricas. La celebridad de Oswald Spengler, de Charles Maurras o del general Primo de Rivera no es sino una celebridad occidental. La celebridad de Lenin, en tanto, es una celebridad unánimemente mundial. El nombre de Lenin ha penetrado en tierra afgana, siria, árabe. Y ha adquirido timbres mitológicos.

Quienes han asistido a asambleas, mitines, comicios, en los cuales ha hablado Lenin, cuentan la religiosidad, el fervor, la pasión que suscita el leader ruso. Cuando Lenin se alza para hablar, se suceden ovaciones febriles, espasmódicos, frenéticas. Las gentes vitorean, gritan, sollozan.

Pero Lenin no es un tipo místico, un tipo sacerdotal, ni un tipo hierático. Es un hombre terso, sencillo, cristalino, actual, moderno. W. T. Goode, en el "Manchester Guardian", lo ha retratado así: "Lenin es un hombre de estatura media, de cincuenta años en apariencia, bien proporcionado. A la primera mirada, los lineamientos recuerdan un poco al tipo chino; y los cabellos y la barba en punta tienen un tinte rojizo oscuro. La cabeza bien poblada de cabellos y la frente espaciosa y bien modelada. Los ojos y la expresión son netamente simpáticos. Habla con claridad y con voz bien modulada: en todo nuestro coloquio no ha tenido nunca un momento de agitación. La única neta impresión que me ha dejado es la de una inteligencia cla-

ra y fría. La de un hombre plenamente dueño de sí mismo y de su argumentación que se expresa con una lucidez extraordinariamente sugestiva". Arthur Ransome, también en el "Manchester Guardian", ha dado estos datos físicos y psicológicos del caudillo bolchevique: "Lenin me pareció un hombre feliz. Volviendo del Kremlin a mi alojamiento, me preguntaba yo qué hombre de su calibre tiene un temperamente alegre como el suyo. No encontré ninguno. Aquel hombre calvo, arrugado, que voltea su silla de aquí allá, riendo ora de una cosa, ora de otra, pronto en todo momento a dar un consejo serio a quien lo interrumpa para pedírselo,—consejo bien razonado que resulta más imperioso que cualquier orden—respira alegría; cada arruga suya ha sido trazada por la risa, no por la preocupación".

Este retrato de un periodista británico, circunspecto y anastigmático como un objetivo Zeiss, nos ofrece un Lenin, sana y contagiosamente jocundo y plácido, muy disímil del Lenin hosco, feroz y ceñudo de tantas fotografías. Ni taciturno, ni alucinado, ni místico, Lenin es, pues, un individuo normal, equilibrado, expansivo. Es, además, un hombre bien abastecido de experiencia y saturado de modernidad. Su cultura es occidental; su inteligencia es europea. Lenin ha residido en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania, en Suiza. Su orientación no es empírica ni utopista sino materialista y científica. Lenin crée que la ciencia resolverá los problemas técnicos de la organización socialista. Proyecta la electrificación de Rusia, Bertrand Russell, que califica de ideológico este plan, juzga a Lenin un hombre genial.

La vida de Lenin ha sido la de un agitador. Lenin nació socialista. Nació revolucionario. Proveniente de una familia burguesa, Lenin se entregó, sin embargo, desde su juventud, al socialismo y a la revolución. Lenin es un antiguo leader, no sólo del socialismo ruso, sino del socialismo internacional. La segunda Internacional, en el congreso de Stuttgart de 1907, votó esta moción suya y de Rosa Luxemburgo: "En el caso de que estalle una guerra europea, los socialistas están abligados a trabajar por su rápido fin y a utilizar la crisis económica y política que la guerra provoque para sacudir al pueblo y acelerar la caída del régimen capitalista". Esta declaración contenía el gérmen de la revolución rusa y de la Tercera Internacional. Fiel a ella, Lenin explotó las consecuencias de la guerra para conducir a Rusia a la revolución. Timoneada por Lenin, la revolución rusa arribará en noviembre a su sexto aniversario. La táctica diestra y cauta de Lenin ha evitado los arrecifes, las minas y los temporales de la travesía. Lenin es un revolucionario sin desconfianza, sin vacilaciones, sin grimas. Pero no es un político rígido ni inmóvil. Es, antes bien, un político ágil, flexible, dinámico, que revisa, corrige y rectifica sagaz y continuamente su obra. Que la adapta y la condiciona a la marcha de la historia. La necesidad de defender la revolución lo ha obligado a algunas transacciones, a algunos compromisos. Sobre él pesa la responsabilidad de un generalísimo de millones de soldados que, mediante retiradas, fintas y maniobras, oportunas, debe preservar a su ejército de una acción imprudente. La historia rusa de estos seis años es un testimonio de su capacidad de estratega y de conductor de muchedumbres y de pueblos. Lenin no es un ideólogo sino un realizador. El ideólogo, el creador de una doctrina carece, generalmente, de sagacidad, de perspicacia y de elasticidad para realizarla. Toda doctrina tiene, por eso, sus teóricos y sus políticos. Lenin es un político; no es un teórico. Su obra de pensador es una obra polémica. Lenin ha escrito muchos li-

bros y, con frecuencia, interrumpe fugazmente su actividad de presidente del soviet de comisarios del pueblo, para reaparecer en su tribuna de periodista en "Pravda" o "Izvestia". Pero el libro, el discurso, el artículo no son para él sino instrumentos de propaganda, de ofensiva, de lucha. Su temperamento polémico es característica y típicamente ruso. Lenin es agresivo, áspero, rudo, tundente, desprovisto de cortesía y de eufemismo. Su dialéctica es una dialéctica de combate, sin elegancia, sin retórica, sin ornamento. No es la dialéctica universitaria de un catedrático sino la dialéctica desnuda de un político revolucionario. Lenin ha sostenido un duelo resonante con los teóricos de la Segunda Internacional: Kaustky, Bauer, Turati. La argumentación de éstos ha sido más erudita, más literaria, más elocuente. Pero la disertación de Lenin ha sido más original, más guerrera, más penetrante.

Lenin es el caudillo de la Tercera Internacional. El socialismo, como se sabe, está dividido en dos grupos: Tercera internacional y Segunda Internacional. Internacional bolchevique y revolucionaria e internacional menchevique y reformista. La doctrina de una y otra rama es el marxismo. Su divergencia, su disentimiento, no son, pues, de orden programático sino de orden táctico. Algunos atribuyen al bolchevismo una idea mesiánica, milagrista, taumatúrgica de la revolución. Creen que el bolchevismo aspira a una transformación instantánea, violenta, súbita del orden social. Pero bolchevismo y menchevismo son gradualistas. Solo que el bolchevismo es gradualista revolucionariamente y el menchevismo es gradualista reformísticamente. El bolchevismo sostiene que no es posible utilizar la máquina actual del Estado para reformar la sociedad sino que es indispensable sustituirla con una máquina adecuada; que el Estado proletario, distinto del Estado burgués en sus funciones, tiene que ser también distinto en su arquitectura. El tipo de Estado proletario creado por los bolcheviques es el Estado sovietal. La República de los Soviets es la federación de todos los soviets locales. El soviet local es la asociación de obreros, empleados y campesinos de una comuna. En el régimen de los sovits no hay dualidad de poderes. Los soviets son, al mismo tiempo, un cuerpo administrativo y legislativo. Y son el órgano de la dictadura del proletariado. Lenin, dice, defendiendo este régimen, que el soviet es el órgano de la democracia proletaria, tal como el parlamento es el órgano de la democracia burguesa. Así como la sociedad contemporánea y la sociedad medioeval han tenido sus formas peculiares, sus instrumentos típicos, sus instituciones características, la sociedad proletaria tiene que crear también las suyas.

Y esta resistencia al parlamento no es originalmente bolchevique. Desde hace varios años se constata la crisis de la democracia y la crisis del parlamento. Y se sugiere la creación de un tipo de parlamento profesional o sindical basado en la representación de los intereses más que en la representación de los electores. Joseph Caillaux sostiene que es necesario "mantener asambleas parlamentarias pero no dejándoles sino derechos políticos, confiar a nuevos organismos la dirección completa del Estado económico y hacer en una palabra la síntesis de la democracia occidental y del sovietismo ruso". La aparición del Estado bolchevique coincide, pues, con una intensa predicación anti-parlamentaria y una creciente tendencia a dar al Estado una extructura más económica que política. El parlamento, en fin, es atacado, de una parte, por la revolución, y de otra parte por la reacción.

El fascismo es esencialmente antidemocrático y antiparlamentario. Mussolini conquistó el poder extra-parlamentariamente. Primo de Rivera acaba de seguir la misma vía. Los organismos de la democracia, son declarados inaparentes para la revolución y para la reacción.

Lenin y Mussolini, el caudillo de la revolución y el caudillo de la reacción, oponen una dictadura de case a otra dictadura de clase. El choque, el conflicto entre ambas dictaduras inquieta a muchos pensadores contemporáneos. Se presiente que este choque, que este conflicto de clases reducirá a escombros a la civilización y sumirá el mundo occidental en una oscura Edad Media. El Occidente se distrae de su drama con sus boxeadores, y se anestesia con sus alcaloides y su música negra. Y, en tanto, como escribía Luis Araquistain a don Ramón del Valle Inclán en julio de 1920, "por Oriente otra vez el evangelio asoma como hace veinte siglos el cristianismo".

1923.

LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL DE LA INDIA

SOBRE las perspectivas de 1930, el más fácil pronóstico, es el de que este año señalará una etapa culminante del movimiento nacionalista hindú. La reunión del Congreso Nacional Hindú está rodeada de la más grande expectación mundial por la gravedad de las decisiones que esta vez le tocará. Desde hace dos años la lucha por la emancipación nacional de la India ha entrado en una fase de decisiva aceleración. Las deliberaciones del Congreso Nacional reunido en Madrás en diciembre de 1927 tuviron un acentuado tono revolucionario. Malgrado la resistencia abierta o disfrazada de los líderes modernos, propugnadores de una política de transacciones, el Congreso se pronunció en esa oportunidad a favor de la completa independencia de la India. Aprobó también el Congreso una moción de solidaridad con los revolucionarios chinos y con la Liga Mundial contra el Imperialismo, en cuyo segundo congreso celebrado en Frankfort en julio de 1929, las masas revolucionarias hindús han estado conspicuamente representadas.

El año 1928 se caracterizó por la agitación del proletariado industrial de Calcuta y Bombay, focos de la acción sindical hindú. Centenares de miles de obreros de las fábricas de tejidos reafirmaron en las jornadas de 1928 su espíritu combativo y su programa clasista. Este proletariado es, sin duda, el que desde el primer congreso sindical pan-hindú de octubre de 1920 comunica un sentido de clase, un fondo social y económico al movimiento nacionalista de la India.

El gobierno de Baldwin encargó a una comisión parlamentaria, en el mismo año, el estudio de la cuestión hindú y la proposición de las medidas que la Gran Bretaña debe adoptar. El nombramiento de esta comisión significa el reconocimiento de la insuficiencia y del fracaso de la reforma conque la Gran Bretaña creyó cumplir en 1919 las promesas hechas a la India, como a todas sus colonias, durante la guerra, para asegurarse su cooperación y obediencia. Los organismos nacionales acordaron el boycott de esta comisión, de la que la India no podía esperar sino una morosa encuesta y algunas tardías sugestiones. La comisión Simon fué recibida con demostraciones hostiles, trágicamente selladas por la muerte del gran líder nacionalista Lala Lajpat Rai, a consecuencia de los maltratos sufridos en manos de la policía inglesa.

Lala Lajpat Rai, o Lalaji como se le llamaba usualmente, a los 63 años, con una foja de servicios políticos eminentes de cuarenta años, podía haberse abstenido de concurrir personalmente a las protestas de su pueblo contra la nueva maniobra del imperialismo británico. Pero hombre de acción ante todo, tenía que entregar a la causa de la libertar hindú sus últimas energías. Participó en persona en la manifestación conque el pueblo recibió a Mr. John Simon y sus acompañantes en la estación de Lahore el 30 de octubre de 1928. Los golpes de los policías ingleses causaron su muerte el 17 de noviembre. Todos los adalides de la India lo despidieron con emocionadas y reverentes frases de reconocimiento de su obra. Rabindranath Tagore, Mahatma Gandhi, Motilal Nehru tradujeron con elocuencia concisa el sentimiento del pueblo hindú.

El Congreso Nacional Hindú, cuyas resoluciones son aguardadas esta vez, con tanta ansiedad, no ha surgido, como se sabe, directamente de la agitación de las masas nacionalistas. Durante largos años, prevaleció en el un espíritu favorable a los intereses de la Gran Bretaña. Era una asamblea de la burguesía hindú, que tenía su origen en los sentimientos del sector liberal de ésta, pero a la que el Imperio Británico, cuyo poder en la India se apoyaba en la colaboración de las castas privilegiadas y de la riqueza, pudo mirar con mucho tiempo sin aprensión. Pero, a medida que la corriente nacionalista empezó a acentuarse y precisarse, y a movilizar a las masas, la actitud del Congreso Nacional Hindú frente a la dominación británica cambió completamente. En 1918 el Congreso tomó una posición revolucionaria. En las años siguientes, siguió la política de Ghandi y adoptó la fórmula de la no cooperación. Las fallas de este programa, en cuya aplicación retrocedió el propio Gandhi, alarmado por las actos de violencia de las masas, han demostrado luego a las masas la absoluta necesidad de una línea nueva. Al ensancharse las bases del Congreso, que representa en cada reunión un número mayor de sufragios, las reivindicaciones de las masas han comenzado a pesar cuantiosamente en sus deliberaciones. El partido obrero y campesino, organizado en los dos años últimos, y cuya fuerza es un índice del declinamiento del gandhismo, actúa activamente en el seno del Congreso. La derecha colaboracionista, pierde terreno y autoridad fatalmente, a pesar de que Gandhi y sus partidarios, mediando entre los dos sectores extremos, prolonga la táctica de compromiso y la esperanza en las concesiones británicas. Precisamente en el Congreso de Calcuta, hace un año, la tendencia derechista hizo un esfuerzo por predominar, con un proyecto que establecía la autonomía dentro del Imperio. Pero los partidarios de la independencia total insurgieron vigorosamente contra esta maniobra. Y la derecha tuvo que limitar el alcance de su propuesta, fijando un plazo de un año para su realización.

En estas condiciones, se reune hoy el Congreso. El año previsto ha trascurrido. La comisión Simon no ha hecho aún sus conclusiones. Una declaración del Virrey de la India anunciando el propósito del Gobierno de conceder a la India el régimen de un Dominio, ha provocado la protesta de liberales y conservadores, que acusan al gobierno laborista de proceder como si existiera la comisión Simon. Los laboristas se han visto obligados a atenuar al mínimum la declaración de Lord Irwin. La Gran Bretaña les regatea a los hindús el estatuto de Dominio, en plena creciente del movimiento nacionalista por la emancipación completa. En las labores preparatorias del Congreso, Gandhi ha reasu-

mido un rol de mediador. Pero esta vez la existencia en el Congreso de una fuerza revolucionaria compacta, apoyada en las masas obreras y campesinas, y el desprestigio de las fórmulas conciliadoras, están destinadas a imprimir un nuevo curso a los debates.

1930.

DIALECTICA POSTUMA DE JOSE CARLOS MARIATEGUI, por H. Pacheco.

PARECE sólo la muerte de José Carlos Maráteguí haber permitido, a una falange de críticos y "observadores", enjuiciar públicamente su existencia y su obra. Mariátegui nunca trató de atenuar el conflicto que lo enfrentaba—a el y a su pensamiento—con la estructura de la sociedad en que vivía. La opinión de las capas sociales disidentes respecto a la posición ideológica de Mariátegui, opinión que ha colaborado con todo el peso de su silencio para tratar de mantener este conflicto en estado latente, parece buscar—ahora—con técnica freudiana, la "liberación" y "resolución" de ese conflicto, al "llevarlo a la luz" de un análisis póstumo, para "sublimarlo" tendenciosamente.

Por otro lado, muchos hombres que con Mariátegui y su obra no han tenido sino el contacto de referencias indirectas e incompletas, se acercan, hoy, a su biografía con el interés y respeto que merece la figura de este pensador y luchador peruano de relieve internacional.

No intentaré esbozar un perfil apresurado y "en raccourci" de este hombre puro, sereno, valiente. Frente a la pregunta ¿quien es Mariátegui? solo me detendré en buscar el valor y el sentido de esta interrogación, a través de las contestaciones que han dado sus contemporáneos.

El contenido del jucio que cada uno emita como contestación implica—en último análisis—una formulación más precisa y explícita de esta pregunta genérica. Estamos, hoy, frente a una serie de juicios póstumos. Al discriminarlos con criterio dialéctico, es posible constatar que están agrupados en sistemas. Hay que buscar las contradicciones internas y externas de estos sistemas de juicios. Hay que investigar a que estructuras básicas corresponden respectivamente estas superestructuras ideológicas. Del diálogo humano sobre la tumba de Mariátegui brota la idea-síntesis de su persona social. Desde los que hablan del "señor José Carlos Mariátegui, distinguido periodista nacional", hasta los que hacen referencia a su marxismo integral, toda una gama de puntos de vista enfoca su personalidad.

Es posible que alguien haya llorado en Voltaire la desaparición de un adjedrecista hábil, o que el club de hombres calvos de Saint-Jacques-sur-Marne haya enviado oportunamente su condolencia a la señora Krupskaia. Así mismo, no ha faltado, en un sector del Perú, quien nos pintara a Mariátegui como un "criollo" descontento no fal-

(Pasa a la pág. 40).

JOSE CARLOS MARIATEGUI

1904

1918

1929 (Foto Malanca)

1930 (Foto Sal y Rosas)

JOSE CARLOS MARIATEGUI, por Abelardo Solís.

UNA onda de angustia y de dolor ha recorrido el país. Tan intensa ha sido esa conmoción de nuestros espíritus, que a la certidumbre de la muerte del gran escritor, del leader y del compañero nobilísimo, todavía nuestros afectos y nuestra admiración por él, se resisten a aceptar esa amarga verdad.

¡Ha muerto Mariátegui! Y éstas palabras se desploman en el alma de los trabajadores peruanos como enormes rocas sobre el mar. Aún parece que hemos de leer y escuchar sus nuevas palabras. Ahí está aún suspensa el alma de todos los que esperan la renovada lección, como contenido el respirar, volviendo a la duda desgarradora y anhelante. Sin embargo el silencio envuelve y sigue a la cruel certidumbre de que ha caído para siempre, el heraldo magnífico de una nueva fe. Y así, como para destacarse más su obra de la realidad limitada en que ha desaparecido su vida trascendente y ejemplar, ha quedado palpitando de modo imponderable el ademán resuelto, impuesta la dirección sugerente y vigorosa de su pensamiento. Cabe, pues, a propósito de la muerte de Mariátegui, decir que ella se ha producido cuando sus ideales comenzaban a germinar incontenibles, promisoramente en la serena y rica expresión del pensamiento socialista de José Carlos Mariátegui.

González Prada inicialmente representó la conciencia y el idealismo patriótico y radical a lo Waldeck Rousseau. El agresivo pensador de "HORAS DE LUCHA", estaba imbuído de las claras ideas del republicanismo radical francés que acababa de liquidar los viejos residuos de la monarquía. En el seno de una sociedad frailuna, desorganizada y agitada por el caudillaje populachero, el apostolado radical de González Prada, se erguía hosco y solitario, atemperando los extravíos de las masas, con solo el gesto y la actitud inconforme. Su intensidad pasional cobraba fuerza y esa profunda convicción de los grandes espíritus cuyas protestas nacen de lo más íntimo del alma de una nacionalidad. El desastre, la cuotidiana farándula de la política criolla en que vivíamos, determinaban la sagrada indignación que expresó el verbo de González Prada. El dolor nacional tenía sus símbolos de martirio en los combatientes de Angamos y de Arica. Grau y Bolognesi "eran el Perú del 79". La república democrática y radical, el Estado laico, eran las preocupaciones dominantes de la época. Resonaba en el mundo entero el lirismo de Víctor Hugo, más aún, cada vez que en América, por ejemplo, se encarnaba como al travez de una extraña metempsícosis, el alma de Napoleón, el pequeño, en cada tiranuelo. Salmerón, Joaquín Costa, Carducci, Cavour, Gambetta, entre otros, ennoblecían reparadoramente la historia del mundo. El escepticismo francés, elegante y mesurado, era el disolvente más eficaz de los viejos dogmatismos que había legado el ancient régime; así como la cultura humanista traía, con la influencia del paganismo helénico, el sentido de la armonía, del equilibrio y de una alta valoración de la vida, cuando el peso de las tradiciones feudales la habían deformado y escarnecido. La vanguardia de ayer, se oponían así a la supervivencia de la tradición.

La Unión Nacional de la que González Prada era el animador insuperable, intentó representar vanamente el núcleo organizador de una nueva corriente política. Pero fuera de su propaganda anticlerical y nacionalista, no tuvo el suficiente élan que le diera mayor influencia entre las masas. El estetismo aristocrático del maestro, tenía forzosamente que contraponerse al sentido pragmático, necesario en toda política militante. Los afiliados de la Unión Nacional, prontos a la dispersión y al oportunismo —salvo contadas excepciones— tenían que devenir en tránsfugas para enrolarse en los rangos de otras agrupaciones donde el éxito les era propicio. González Prada no era, no podía ser, un caudillo de ambigua y flexible catadura moral. Su poderosa mentalidad se conducía libre y suntuosamente por sendas más abiertas que las que podían entrever la miope y torba mirada de los entusiastas que se le habían aproximado. González Prada, el libre pensador, devino en anarquista. No puede extrañarnos tal proceso espiritual, si se considera que es lógico y congruente el seguir de un liberalismo agudo, de un radicalismo catastrófico, al anarquismo. Reclús, Bakounine, Proudhom, Kropotkine, eran los profetas del mesianismo anarquista e influían decisivamente en las mentalidades más altas de aquel tiempo, del mismo modo que de la Rusia zarista solo escapaban las noticias de las tragedias en que el nihilismo era protagonista. Así en la obra de González Prada, después de la encendida protesta contra los partidos políticos de su tiempo, del panegírico de nuestros héroes, de la nota anticlerical siempre dominante en toda su obra, no se percibe —entre las breves alusiones a un socialismo utópico, solo por un afán de reivindicación y de ataque a los opresores— sino un ánima anarquista, vale decir, individualista. El apóstrofe seductor, la frase escultórica, bruñida y elegante, el panfleto avasallador que combate la idolatría reinante; he ahí los razgos característicos de la obra del gran iconoclasta. Su trascendencia, su influencia, fué la de sugerir nuevas corrientes de opinión; de hacernos pensar más sobre nuestra realidad social. Porque había escrito con sangre, según decía Nietzche; porque había tenido el culto de los héroes que exaltó Carlyle; porque había sido discípulo de Renán, su vida tolstoyana, más que su obra misma, impuso una dirección a las juventudes que le atendieron y comprendieron.

Al pasar el tiempo, pudo sucederle lo que a esa estatua a la que él aludía y que continuaba señalando la ruta de un camino abandonado, sino le uniera al espíritu de nuestros días, su fervoroso amor a la verdad, a los derechos de los pobres; su odio a las injusticias, a la explotación de los hombres, a la opresión que sufren los débiles, a los despotismos que viven como monstruos de la edad terciaria en la fauna política de la América Latina. Y como él dijera de Vigil, quedó para el mismo González Prada éstas sus propias palabras: "Puede atacarse la forma y el fondo de sus escritos, puede tacharse hoy sus libros de anticuados o insuficientes, puede en fin, derribarse todo el edificio levantado por su inteligencia; pero una cosa permanecerá invulnerable y de pié, el hombre". José Carlos Mariátegui es quien distinguió así, al maestro de "PAGINAS LIBRES", cuando acababa de pasar la racha de confusionismo respecto de la obra de González Prada. De entonces proviene un critero más sereno y reflexivo que hace necesario recordar éstas palabras de Papini sobre los discípulos: "La suerte, no sabiendo como hacer pagar a los grandes su grandeza, los castiga con sus discípulos. Cada discípulo, por el mero hecho de serlo, no comprende to-

do, sino solamente, y en el mejor de los casos, a medias, es decir, a su manera, según la capacidad de su espíritu; y por ello, aún sin quererlo, traiciona la enseñanza del maestro, la deforma, la rebaja, la empequeñece, la corrompe. El discípulo tiene, casi siempre, compañeros, y no siendo el único, tiene celos de los otros; quisiera ser al menos el primero entre los segundos; y por eso difama a sus compañeros y les tiende lazos. Cada uno cree ser, o por lo menos quiere ser creído, el único intérprete del maestro.

"En todo discípulo, aún en aquellos que parecen más sumisos y leales, se esconde siempre el gérmen de un Judas".

González Prada, el maestro, como se le llamó farisiacamente desde la derecha patriotera, hasta la izquierda desorientada, fué el primer hito de nuest o pensamiento social contemporáneo. A él, había de sucederle la auroral etapa socialista, el tiempo de lucha y de organización del proletariado. Y corresponde a José Carlos Mariátegui, significar sobresalientemente con su obra, esfuerzo de tal magnitud en la historia de nuestras ideas políticas.

Con Mariátegui aparece en nuestra escena nacional, una nueva y poderosa visión de las cosas y de los hombres. Su labor, a la que su muerte no le arrebatará jamás, trascendencia y fecundidad, ha tenido la virtud de concentrar la atención de millares de trabajadores del Perú entero.

Es innegable el hecho de que precedieron a la obra de Mariátegui los esfuerzos de agitadores destacados y de organizaciones proletarias incipientes. Hubo un partido socialista que formuló las bases de sus programas —máximo y mínimo— en momentos en que una gran huelga en Lima, era la eclosión de protestas memorables. La cultísima inteligencia de Luis Ulloa, intentaba orientar a los trabajadores. Pero ni el momento histórico de aquel intento, ni la esporádica y naciente agrupación, tuvieron propicio ambiente para extender su influencia. Las masas seguían el equivocado derrotero de otras propagandas. El caudillaje oportunista y extraño al programa socialista, encendía una esperanza entre el exaltado y confuso clamor tumultuario, oscureciéndose de ésta suerte, la débil antorcha de los precursores.

Hubo también la hora de un "populismo" **soit disant,** cuando desde sus sonoras tribunas, rotuladas como cátedras universitarias populares, los estudiantes discípulos de González Prada, señalaban donde estaban nuestros problemas y planteaban la cuestión que debía interesarnos. La propaganda anarco-sindicalista, por otra parte, seguía como un coro a la exultante inquietud social. Todo empero, ataba fuertemente un impulso que necesitaba la orientación precisa y justa que la historia ha demostrado en otros países.

La utilidad, la importancia de esos antecedentes, no podía perdurar ni decidir en el desarollo de una gran causa social. Los "populistas" de ayer, habían concluído su misión de plantear los problemas del campesinado y de los obreros de las fábricas, minas y demás industrias. La prédica iconoclasta, vaga y oportunista, causaba confusiones, inhibiciones, recelos, sospechas; y era propicia para los fáciles éxitos, para los exhibicionismos de ególatras y ambiciosos agitadores.

Las posturas anarco-sindicalistas, como su propaganda, confinaban a los trabajadores a permanecer dentro del círculo de hierro de la tradicional lucha por el salario, con daño y olvido de sus derechos y de la misión del proletariado en nuestros tiempos.

En tal ambiente, cupo a una enérgica mentalidad, disciplinada en el estudio de nuestras realidades, como la de Mariátegui, trazar las grandes líneas del sendero nuevo. Mariátegui no era un parvenu del socialismo. La austeridad de su espíritu superior, le había librado siempre ser un meneur exhibicionista y bullanguero. Ningún gran revolucionario ha sido un propagandista de sus éxitos, de su nombre y de sus virtudes, para suplir, con tales propagandas, el auto-elogio que es signo de frivolidad y de ineptitud.

Sus viajes por Europa habían enriquecido las insospechadas y vírgenes entrañas de su inteligencia luminosa. Muy pronto, su labor despertó por eso, una atención fervorosa en todo éste continente, para sorpresa y estupor de la descendencia espiritual del importante señor Alvez Pacheco.

La producción intelectual de Mariátegui adquiría interés y valor nuevos ante la atención vigilante de un público acostumbrado a gárrulas y viejas retóricas. Esa aceptación forzada era la mejor consagración a que podía aspirar un escritor extraño a esos círculos intelectuales, viveros de maledicencia y de cobardía y donde convencionalismos de toda especie, sustituyen los verdaderos méritos. En tanto, por otra parte, esa misma producción intelectual de Mariátegui, era saludada con la adhesión espiritual más reveladora y sostenida que se haya visto entre nosotros, en éstos tiempos. De ahí el rol director, la actitud de guía, de leader, que en él reconoció nuestro proletariado. De ahí que la confusa derecha formada por liberales y conservadores de ayer y de hoy, considerase con respeto superior a sus íntimas repugnancias y a sus convicciones, la orientación nueva que indicaba éste pensador.

Ese ascendiente adquirido en la continua búsqueda de la verdad, en la infatigable lucha por la justicia, tiene un signo explicatorio y representativo, en el asombro de aquel viejo político é intelectual peruano que al enterarse de la resonancia que tenía entre las masas la palabra de Mariátegui, decía en París, ausente de la patria y de sus juventudes: "¿Es posible que se atienda tanto a Mariátegui? ¿Es qué la juventud y el pueblo del Perú, han enloquecido?". Quien así se preguntaba y con él nuestros reaccionarios, sabían que una frase, un artículo de Mariátegui, tenían toda la solvencia que da la verdad y la sinceridad; en tanto, cada día, se constataba que discursos y mensajes y manifiestos imbuídos de las ideas políticas de las burguesías, llevaban con su descrédito, los razgos de la mediocridad, de la simulación, cuando no, los de la estulticie y del egoísmo.

Mariátegui hizo entender que el proletariado en el Perú, debía encaminar su acción recta y organizadamente, hacia el socialismo; que su misión histórica era esencialmente política en nuestro tiempo. El ejercicio del poder, la acción política, correspondió en la antigüedad, a las teocracias y a las aristocracias feudales, a las monarquías, a las castas privilegiadas. Con la democracia y la república liberal, entraba en la historia, la burguesía, los pequeños propietarios, las clases ricas. Y del industrialismo, del seno de la sociedad capitalista, nacía luego el proletariado, el socialismo, que importaba el ingreso de la clase trabajadora en la historia, el desplazamiento del sino histórico de una clase por otra, en la dirección predominante, en el ejercicio de las funciones políticas de los nuevos Estados.

Contra el carácter de inhibición que recetaba la propaganda anarco-sindical, prescribiendo el abstencionismo político de los trabajado-

res; contra el gaseoso "populismo" de las pequeñas burguesías radicaloides y oportunistas, que también pregonaban una confusa fe en la "justicia social"; contra el socialismo adocenado, ramplón e inepto de los "reformistas" y "revisionistas", Mariátegui sostuvo siempre la vigorosa teoría marxista de la lucha de clases. El proletariado tiene una misión política primordial en nuestra época; y debe realizar y hacer cuotidianamente **su política.** Era la enseñanza leninista que orientó la organización y la táctica de la social-democracia rusa, antes de la célebre Revolución.

Por eso, nuestros anarco-sindicalistas, nuestros "populistas", nuestros "reformistas", nuestros "nacionalistas", opusieron a su modo, la tacha de que Mariátegui era un importador de exóticas doctrinas que la idiosincracia de nuestro medio las haría impracticables. Así tacharon la obra de Mariátegui de europeizante. Pero el criollo argumento no esperó, no reparó, en el contenido sugerente, en el desmentido rotundo que hay en éstas palabras del que había comenzado su prédica instándonos a **peruanizar el Perú:** "No faltan quienes me suponen un europeizante, ageno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme, contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos ú occidentales. Sarmiento que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fué en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino". Cuando la imbecilidad o el engaño, adopten el disfraz de **nacionalismo** y se denomine **nacionalista** a lo que es ignorancia, explotación y abuso, éstas palabras de Mariátegui repercutirán siempre en todos los que entienden su labor, como una obra de verdadero nacionalismo. Frente al bárbaro gaucho, a Rosas o a Quiroga, estarán Sarmiento y Alberdi, aunque los "salvajes unitarios" no hayan llamado nacionalista a su propaganda; como en el Perú, frente a la aceitosa y hueca retórica de los que se titulan nacionalistas para encerrar al país en una muralla china, estarán esas palabras de Mariátegui, sencillas y llenas de verdad.

Mariátegui, el europeizante que explicó el desarrollo de la política del mundo con su "ESCENA CONTEMPORANEA", cuando en nuestro ambiente intelectual eran como signos incomprensibles, cabalísticos, las noticias del cable que publicaban los periódicos; el defensor del marxismo que orientó las ideas y aspiraciones del proletariado evitándole el seguir, con la fe del carbonero, creyendo en la sofistería y los artiluguios de los "revisionistas"; el sociólogo de los "7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA", realizó además, una labor educadora con sus variados estudios sobre el arte y la literatura de éstos tiempos. Siempre atento y acertado en la apreciación de los acontecimientos artísticos y literarios de nuestros días, su labor superó a la lenta y retardada nutrición que se hace en los claustros universitarios. No tuvo la opinión incolora y anodina de los comunes glosadores de hechos é ideas de nuestro tiempo. Sus observaciones estuvieron siempre teñidas del color vivo de sus ideales. "Mis juicios —dijo— se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones". Ageno a la "técnica profesoral y al espíritu universitario", según afirmó, sin embargo fué entre los universitarios, como entre los obreros, donde éste escritor tuvo las más caras adhesiones; donde más se le admiró y comprendió. Por eso los estudiantes, con toda justicia

aunque sin éxito, reclamaron para él una cátedra; y su sola presencia en las viejas aulas, fué siempre saludada con cálidas aclamaciones.

Su obra tendrá por la rotundidad y sinceridad con que se produjo, exageración y pujanza, como todo lo destinado a pervivir. Experiencias nuevas y nuevas verdades la rectificarán o integrarán fecundamente, como sucede a todo lo que no es precisamente dogmático ni infalible; pero de ella surgirán florecientes, los gérmenes de una nueva conciencia social. Y así como el mejor elogio de la vida de José Carlos Mariátegui está en el intenso dolor social que causó su muerte; en la reafirmación de fé, que hubo como apoteósis, en torno de sus restos; ésta celebre frase de Cecilio Acosta, cabe como valoración de su obra, como expresión muy propia y que parece haberse escapado de su tumba: **"Lo que yo escribo, queda".**

Abril—1930.

DUELO AMERICANO, por Luís E. Valcárcel.

LA figura más grande de la intelectualidad del Perú de esta generación—José Carlos Mariátegui—ha desaparecido. Pensador y apóstol, la juventud de América veía en él, con legítimo orgullo, el rebrote feliz del genio del continente que, unas veces, crea a Bolívar y, otras, a Juárez, que hoy anima a Ingenieros y antes a Martí, que alumbra a Montalvo con expontánea complacencia que a Rubén, que tan pronto esquiva su fecundidad y se la niega a los políticos como se la prodiga a los artistas. América del futuro, América eterna vivió en Mariátegui, y por eso en él se contempló la juventud de este hemisferio.

En esta década, el Perú sólo fué citado con honor cuando aparecía el nombre de José Carlos Mariátegui. Y lo que salva al Perú, lo que salva la responsabilidad de la juventud peruana, es el apostolado de Mariátegui, su obra doctrinaria, su élan de cultura y de creación, su fervor y desinterés, su apoyo del oprimido y su intuición admirable de todos los problemes cardinales de América. Mariátegui los estudia y los resuelve.

Vida-vértice, en su ancha comprensión de la realidad contemporánea, no escapa a su gran visualidad el panorama de los pueblos y las razas. Por encima de las diferencias que impone la geografía, Mariátegui, como los pensadores ecuménicos de este siglo, percibe las comunes inquietudes. Afronta Mariátegui las cuestiones peruanas con conocimiento profundo de nuestra particular modalidad; pero imprime en el proceso que conduce a la solución la praxis del tiempo. Socialista, comunista, rusófila, no puede ser de otro modo la juventud de la época, como fué la del ochocientos demócrata, libertad y jacobina. Los métodos para la acción impuestos por Mariátegui, con la energía del convencido, eran y siguen siendo métodos exclusivamente socialistas. No pueden ser otros, porque—como dice Wells—apenas habrá perso-

na que se respete, es decir, que sea capaz de pensar con altura o con profundidad, que no se sienta inclinada al socialismo. Y es así como José Carlos Mariátegui, de regreso de Europa donde bebió el dolor de las clases oprimidas, de los hombres sacrificados a millones en monstruosa guerra, sienta en el Perú cátedra de marxismo, tribuna de doctrina radical, nítida, sin fluctuaciones y sin transigencias pávidas.

Y cerca a Mariátegui la juventud y el proletariado forman la valla invencible. Es lo único que no perece, es lo único que persistirá. Mariátegui, inválido, enfermo, centuplica su esfuerzo intelectual. Exangüe, moribundo, trasfunde toda su vitalidad al ambiente juvenil hasta enfervorecerlo por ideas y programas que exigen sacrificio, labor disciplinada, estudio, acción metódica.

El hogar de Mariátegui tórnase en santuario. Ahí se habla de lo porvenir con unción mística y se prepara la evulsión, consciente del peligro. El ejemplo de esta vida sin mácula, presencia de ese hombre puro espíritu—el cuerpo es un güiñapo—la tragedia implícita de un alma grande que carece de organismo que le permita mayores floraciones, la testigo invisible, presentida, la muerte próxima, convertían el hogar del joven pensador en un verdadero santuario. Un santuario en que la Idea Americana había hallado su símbolo.

De un extremo a otro del continente la voz de este hombre débil—era escuchada con fervor. Había destruído las fronteras de América. Pocos como él despertaban la conciencia de la unidad amerindia. Y nadie consiguió subrayar mejor las grandes similitudes de las masas oprimidas, de las razas y de las clases despiadadamente explotadas. Y casi ninguno que hallara, con tanta exactitud, la verdadera clave: sólo se redimiría el indio incorporándolo a la causa del proletariado universal. Voces armónicas de Rolland, de Barbusse, de Mariátegui!

Si es intenso el dolor que aflige a la juventud peruana, no tiene límites la consternación de cuantos íntimamente convivimos con el creador de "AMAUTA". Acostumbrados a verle reducido a un mínimo de vitalidad física, no nos resignamos a su final extinción. Sólo nos consuela el convencimiento de que Mariátegui revivirá en cada uno de los actos trascendentales que le cumple realizar a la juventud americana en su lucha titánica contra la opresión y la injusticia.

EN TORNO DE LA OBRA DE JOSE CARLOS MARIATEGUI, por Carlos Arbulú Miranda.

NO es el perfil mental de José Carlos de un simple y escueto valor literario, de una epidérmica categoría intelectual. Dentro del plano ideológico donde él ha elaborado y construído sus tesis y dentro del vasto espacio teórico donde él ha creado y nutrido su doctrina revolucionaria, al valorarlo con exactitud en lo que atañe al pensamiento socialista y marxista de la época, traspasa, su confrontación, el contorno reducido del mero escritor espectacular y contemplativo, para crearse su perfil neto y auténtico de ideólogo, su notorio matiz de pensador.

Es explicable y lógico que para el propio sector burgués y burocrático de nuestra crítica literaria, José Carlos no sea otra cosa que un ensayista fronterizo, un estudioso localizado y límite, un escritor de cenáculo. No siendo ella capaz y apta para valorizar su recia mentalidad revolucionaria, fuera de sus cánones anquilosados y pétreos, la figura apostólica y clarividente de Mariátegui la encuadra en sus viejos marcos retóricos y la circunscribe en sus círculos cortesanos. Y es que nuestra crítica literaria, por lo mismo que, en parte, es una secuencia exacta y un rezago categórico del ánima feudal dislocada ya; y por lo mismo, de otro lado, que responde al fraseario demo-liberal, no puede jamás estimar y comprender en toda su multiplicidad constructora la importancia doctrinal de José Carlos, y sobre todo, su enardecida y firme propulsión marxista.

Para quien ha seguido atentamente el proceso mental lúcido de Mariátegui, desde su arribo de Europa hasta las recientes páginas de "Amauta", constata este hecho preciso, esta conclusión definitiva: José Carlos es el más alto exponente del marxismo en Latino-América, y en consecuencia, el que mejor, hasta hoy, ha enfocado los problemas nacionales desde puntos de vista novísimos, estrictamente socialistas, de acuerdo con el ritmo histórico de la época.

Tampoco es la visión panorámica de Mariátegui, su acerada proyección mundial, un orepelesco atisbo internacionalista, un desvitalizado y cancilleresco recetario demo-burgués para uso de autocracias y de estados. Su compacta estructuración teórica, su enjundioso acierto realista para profundizar y captar en sus contornos típicos todos los procesos históricos actuales le hacen, inequívocamente, diferenciable de toda aquella grey intelectualoide y cortesana que, fracasada en su mística wilsoniana, ha asumido su papel servil y mercenario de los caudillajes y de las patrioterías.

La posición doctrinaria de José Carlos rebasa toda delimitación sectaria, toda tendencia de cenáculo, de grupo, de escuela. No es tipo de intelectual enclavado dentro de una teoría sin fuerza accional propulsora, sin conxión íntima con el estallido revolucionario de estos tiempos. Quienes, pretendiendo restarle importancia y disminuírle su trascendencia ideológica, lo han catalogado como un marxista típicamente ortodoxo, como un teórico perfectamente inflexible, irreductible, ignoran en absoluto que la dialéctica es fuerza intrínseca de la historia y que el marxismo, ampliado y superado conforme los hechos humanos van realizándose, es la praxis científica universal, con su contenido cósmico, bajo la que se auspician, se larvan y se acrecentan todos los movimientos auténticamente revolucionarios, vale decir socialistas, en su más clara y rotunda acepción.

El ritmo creador y constructor de la historia es eminentemente dialéctico, es eminentemente materialista. Su evidencia es el élan económico que sacude, nutre e impulsa todos los demás procesos. Si Marx, al decir de Lenín, culminó, rectificándolas y superándolas desde luego, tres corrientes diversas de su siglo: la tendencia clásica británica y el socialismo utópico francés de Saint Simón y de Fourrier, también Marx, al interpretar y ahondar entrañablemente la esencia económica de los fenómenos históricos todos, no creó una sistematización rígida, eterna, inmutable como lo pretenden ciertos críticos que han desbarrado lamentablemente. Marx dió nacimiento a una teoría, a una doctrina que no eran fruto de abstractas especulaciones mentales, sino expresión

ahondada y fiel de los propios acontecimientos históricos que nadie, como él, supo penetrarlos, examinarlos y comprenderlos en toda su complejidad. Y por cuanto el marxismo o socialismo científico o materialismo histórico, como se quiera, es la más alta autoridad doctrinaria de estos tiempos y su enunciado teórico comienza recién a cumplirse, a plasmarse en obra viva y dinámica con la descoyuntura y quiebra que experimenta a estas horas el Capitalismo Mundial, todos sus portavoces más conspícuos, desde Engels y Lafargue hasta Lenin y los demás investigadores fieles como Mariátegui, son unas de las más enjundiosas antenas del Pensamiento Contemporáneo.

Confrontada así brevemente la trabazón, la contextura ideológica de José Carlos, fácil es deducir su consiguiente posición socialista ante los problemas nacionales. Pero si bien esta posición económica de Mariátegui, y por lo tanto, social, adquiere y tiene una claridad nítida e intransfundible, en contraposición abierta con los ponentes del credo demo-liberal y los caudillos universitarios de la casta latifundiaria y colonialista que todavía superviven entroncados en la nacionalidad, aplazamos, por ahora, la urgencia de presentarlo en este aspecto, para darlo en su actitud frente a los hechos mundiales, de cuya constatación novedosa y fresca aún, su primer libro "La Escena Contemporánea", es un documento valiosísimo, trascendente.

La repercusión, la resonancia, la simpatía indiscutibles que esta obra se conquistó en los más importantes sectores latino-americanos no obedecieron a su atrayente manera expositiva, a su brillante forma para describir los personajes y los procesos. El éxito, no popular, por cierto, que alcanzó, fué originado por su aguda y certera perforación mental para comprender todo el contorno de un suceso y los móviles, los objetivos, las intenciones de los varios tipos que estudia. En "La Escena Contemporánea" todo está proyectado desde un mirador principista. Se descubre todo y todo se ensambla, se perfila netamente a través de una ánima enardecida de su fé revolucionaria, consciente y convicta de su credo ampliamente marxista. No hay allí el más leve asomo ecléctico y conciliatorio, ni aquel escepticismo frío y nebuloso que, por ejemplo, se constata en Francisco García Calderón. Mariátegui se ha vertido por entero en la escena mundial, ha sabido coger la esencia, la médula de los fenómenos y de los hombres, dándonos en su obra la más clara demarcación de los hechos contemporáneos, la más viva y palpitante realidad.

Y es que José Carlos no podía eludir jamás sus imperativos básicos de socialista, de marxista. En toda la obra su trayectoria revolucionaria queda evidenciada, su fé, su posición ideológica están constatadas. Ya aboque el suceso fascista en Mussolini, D'Anunzzio o Marinetti; ya haga la requisitoria del liberalismo con Lloyd George y del laborismo con Mac Donald; ya se venga hasta la figura singular de Mustafá Kémal y la agitación turca o perfile la silueta de Wilson con su mesianismo democrático, la actitud doctrinaria de José Carlos está bien afirmada, compactamente esbozada.

Pero donde cobra sus mejores quilates clasistas y revolucionarios esta visual interpretativa de Mariátegui es al presentarnos la verdad bolchevique de Rusia y sus líderes. Aquí se ensancha más su aptitud valoradora y se certifica su frente polémico, socialista. Y así, yendo de Barbusse a Mahatma Gandhi; de Jaques Sadoul a Lenin o Zinovief

y de la bancarrota democrática hasta la "actitud" sionista, el perfil marxista de José Carlos queda traslucido, evidenciado con claridad.

Por otra parte, ¿quién en el sector nacional y hasta la aparición de "La Escena Contemporáea" intentó darnos así un trazo, una semblanza de los acontecimientos históricos y sus protagonistas más significativos? Podrá argüirse que García Calderón en su obra "Profesores de Idealismo". Pero García Calderón, con su criticismo acomodaticio y escéptico, un tanto desbarrado y otro tanto nebuloso, no tiene personalidad doctrinaria, carece de agudeza captante, le falta impulso simpatizante, élan cordial para enfrentarse a Mariátegui. Mientras en éste todo se resuelve y se solventa por ese prurito auténticamente marxista que tenía, por ese dón lógico de comprensión que le suscitaba su fé científica, su fuerza dialéctica, en el otro, el hecho que pinta es impreciso, desvitalizado, desvertebrado y el personaje salta envuelto en retórica malabaresca y confusionista, en un abigarramiento declamatorio y bizantino que impotentizan toda clara deducción. No caben, pues, confrontaciones y es necia toda similitud que se pretenda efectuar.

Antes de Mariátegui no existió entre nosotros un intento auscultador y frondoso de los múltiples acontecimientos históricos, conectados todos y entroncados bajo un solo imperativo ideológico. Se hicieron sí, y muchas, tentativas diversas para coger un proceso o explicar una inteligencia. Pero fueron tentativas académicas, universitarias, rebalsadas de erudición libresca y de memorismo acróbata que nada de originalidad y de revelación impulsoras traían. Es sólo a la publicidad de "La Escena Contemporánea" cuando vínose a constatar no exclusivamente el vacío, la ineptitud de nuestras mentalidades más notorias en ese aspecto, sino, más bin, evidencióse el rico y vigoroso potencial de José Carlos que tan lúcidamente nos abría en amplitud la perspectiva del mundo para poder penetrarla resuelta y libremente, con verdadero afán cordial y bien sincera intención comprensora.

Pimentel — 930.

NOTICIA, por Ernesto Reyna.

HUMEA la lámpara de querosene. En la taberna sórdia mugrienta. Naipes descoloridos. Bronces mozos de mar, humo de cigarrillos. Las aventuras pescadoras chispean forforecentes, remos que chocan en la mar negra, cabrilleo de escamas verde-rojas, rumor de grandes caracoles.

Como un oso el Caminero se dejó caer en la tarima, traía noticias nuevas, diarios de la capital. ¿Qué me cuenta usted? ¿Qué se dice? . . .

Noticias, noticias, complots, muertes, comentarios, noticias, comentarios. "Quieren que un campesino sea el Presidente de la República". Silencio. El Caminero con su voz cansada... "lo enterraron con una bandera roja, y los hombres cantaban. . . Mi sobrino me dijo, "vamos tío al entierro de un gran hombre, defensor del proletariado" . . . Cantaban los obreros no sé qué canto triste, y las banderas rojas. . .

Interrumpen, ruido de sables. Uniformes galoneados, voces militares. Los naipes descoloridos y mugrientos sobre el tapete. La lámra se aviva...

La voz rota del Caminero continúa... "lo enterraron con banderas rojas, y los hombres cantaban no sé que canción..."

Humo de cigarrillos. Bronces mozos de mar. Mi corazón anclado, desató su amarra, y fuese velero, por la ruta anochecida, a buscar los recuerdos.

Washington, izquierda. Casa proletaria. El timbre no funciona. Golpeo con mis manos la puerta. Una voz aguda: "Abre"... Adentro en el patiezuelo, juegan niños. ¡Qué nebulosa está la tarde! Pero la risa de los niños es un cantar de gorriones.

Estoy en el estudio del escritor. Libros, revistas en francés, libros, motivos inkaikos, libros...

Carrito de enfermo. Ojos profundos. Naríz aquilina. Un rebelde mechón de cabellos sobre la frente pálida. Tiene algo de ave de presa y de Cristo...

¡Compañero! ¡Compañero! Nos estrechamos la mano... Traigo una carga de tempestades serranas. El es el mar ancho, donde van los torrentes.

Obreros, obreras. Reclamos. Injusticias que atacar. Derechos que defender. Escritores y Obreros fraternizamos. Bajo la pantalla roja se forja "Amauta". Tácito jefe de la Vanguardia. Rebelde: Lo asecha la policía secreta, y lo asecha la Muerte. Pero no capitula. Rebelde. Rebelde. Ante la mirada aviesa y amarilla de los soplones—que representan el poder aquí en la tierra—y las gorras afiladas de la Muerte—policía del otro mundo. El canta su canción roja y bebe el vino de la santa alegría.

Ya lo escribí otra vez: En el camino sintió luz en sus ojos. Y de fátuo, perseguidor de Amautas, tornóse también Amauta.—Cortáronle pies y manos, más quedó su boca para hablar la verdad. Su palabra recorre el mundo, y arma de fortaleza muchos brazos.—Arrojó el falso pudor de la sociedad corrompida. Limpio de pecado, al oir la Gran Voz, no tuvo vergüenza de mostrarse desnudo. No pulió frases. No hizo de sus palabras malabarismos vanos. Dejó que los modistos y damiselas hiciéranse un idioma bonito, y que los académicos retocasen las palabras, como se hermosean el rostro las muchachas públicas. El, Amauta, dijo su ruda verdad. Y lo comprendieron".

¡Compañero! vuelve mudo mi velero, de los puertos del recuerdo enlutadas sus banderas, trayendo como icono tu figura de Cristo bolchevique.

Charlan los galones militares, humo de cigarros, barajas mugrientas. Como fantoche el "Capitán" saltó de las caricaturas del periódico. Un eructo. Las barbas erizadas. Deletreando... Canciones rojas... banderas subversivas... José, Carlos... Vomitó todo el odio que tenía en el estómago. Odiaba a José Carlos porque había "metido su sangre en las ideas"...

Un aletazo. Debo defender al amigo y compañero. Y, protesto vibrante. Mis palabras se atropellan como potros. En la taberna tiemblan las luces, se disipa el humo, y en los ojos de los mozos del mar se prende la inquietud.

La caricatura autoritaria me amenaza, sonando el sable, vuélvese en un momento deyección.

Me faltan las palabras, surge la fiera. Como una flecha váse mi mano vengadora. Y en la peluda mejilla de la caricatura galoneada, suena el insulto sangriento de una bofetada.

Hay un motín de figuras. Las barajas mugrientas quieren matarme. La "K", la "Q" y la "J" armados de fuetes. Todos los chistes malos de las revistas, salen blandiendo garrotes, y chillan despavoridas las copas y las botellas. La panza del Caminero se atraca en la puerta pidiendo misericordia... Un fogonazo. Relucen los revólveres.

—¡¡A mí, hombres de la mar!! Cuatro pares de valientes ojos, cubren mi retirada...

Noche encubridora. Negra noche de ladrones. Perseguido. Por las playas abandonadas, como un perro vagabundo y solitario...

Noche hermosa... Las estrellas me hacen guiños. ¡Qué alegre siento mi corazón en esta noche huída!

Grito fuerte, saludando a las estrellas. ¡Compañero! ¡José Carlos! Se sonríen las estrellas. Gritería de gaviotas desveladas. Rugidos de lobos marinos. El mar. El rumor inconmensurable del mar. Rompo a cantar. ¡La Internacional!!!

JOSE CARLOS MARIATEGUI CONSTRUCTOR PROFETA, por Carmen Saco.

UE arquitecto místico, soñador ardiente de la idea, lírico apasionado de la raza. Atrevido y genial se aventuró a levantar desde los cimientos, sobre pilares aislados en nuestro inmenso territorio, el edificio de nuestra esperanza; él los unió con su palabra abrasada de amor. Este edificio que él construyó con su inteligencia, con su médula y con su sangre, fué día a día enriqueciéndose con nuevos dones, en una amalgama sublime la que canalizó todas las aspiraciones de la gente nueva, con la palabra Revolución. Creación de la nueva clase social; la clase proletaria consciente.

La bandera de la nueva orientación, el hogar de los sentimientos nuevos, fué Amauta. La lucha por las nuevas ideas tuvo su campo en Amauta, porque acogiendo los nuevos impulsos, los nuevos valores artísticos y sociales, los creó y los lanzó al ruedo, sin que hubieran tenido una crítica previa de la prensa burguesa, porque a Amauta no llegaron los consagrados oficiales. Mariátegui fué enemigo de los protocolos y sólo aceptó los valores verdaderos y que fueran revolucionarios. Para apreciarlos su jucio fué infalible; estaba clarificado por incontables días de estudio, en una concentración intelectual. tal vez la más profunda que se pueda alcanzar, y por sus largos viajes, que se plasmaron en la Escena Contemporánea.

La cultura, la concentración de Mariátegui se enriquecen con los mensajes del mundo, los que crearon su sentimiento de internacionalismo. La liberación de la India, de la China fueron como ondas vitales reforzadoras de sus esperanzas en el acuerdo futuro. Fluídos actualizantes y libertadores palpitaron en sus venas impacientes; las que se consumieron ideando la formación de la conciencia de la nueva clase proletaria.

Mariátegui estuvo siempre de pié, frente a todas las reacciones, políticas, artísticas e intelectuales; desafiándolo todo, porque para él no había más vida que la de la justicia social, basada en la ciencia, porque la ciencia era necesaria, para que triunfara la idealogía de amor. Y para que ella fracase la organizó, porque Mariátegui era un organizador en su apostolado de amor.

Su destino fué mesiánico, porque su palabra de esperanza llegó al hombre de la meseta, al hombre hollado, solitario, desconectado. El los vinculó a nuestra corriente con su razón de justicia y le dijo en el silencio y el sueño,, levántate y anda que la tierra te pertenece, como el aire y como la luz, que tienes derecho a ella lo mismo que todos. Así fué como llegó la palabra del Maestro, a los cuatro caminos, porque su palabra escueta cargada de ciencia, era una palabra de amor. A su conjuro nacieron las nuevas flores de nuestra historia social. Todos los departamentos despertaron y dieron su cosecha nueva de espíritu, y él la encarriló y fué árbitro y consejero de ella. Y las nuevas marejadas dejaron su zumo en las páginas de "Amauta". El nuevo río que nació y fluyó con todas las fantasías e ideologías, se hizo viable, en una cosa real y concreta.

Mariátegui escribió siempre cosas claras y trascendentales, unificadas al fín único de construcción y demolición. Y el edificio nuevo que él ha dejado tiene la solidez de la catedral gótica, porque traza el nuevo camino de la historia, la que avanza sin cesar. El nuevo edificio está solo señalando la nueva aurora, que pronto será mediodía. Su poder es ilimitado porque no se trata como en el pasado del poder de unos pocos, del bienestar de algunos sino de la libertad y de la posibilidad de todos en un desplazamiento de valores justiciero en una nueva edad, anunciada por nuestro profeta.

Mayo 1930.

NUESTRO JOSE CARLOS, por Julio del Prado.

CON su joven inquietud, un hombre se va a Europa. Va a realizarse. En el vívido laboratorio del viejo Continente, este hombre estudioso, inteligente, abierto al horizonte de vanguardia, se cristaliza en un sentido y en una fé. La única fé posible para el que marcha de acuerdo con la dialéctica: la fé socialista.

Y nuestro José Carlos, americano, regresa a su tierra feudal en misión de amor productivo. Nuestro José Carlos en América, en el Perú se propone la destrucción de la era latifundista y precapitalista, la destrucción del devenir capitalista; se propone la marcha al socialis-

mo. Para esto no bastaba un programa dogmático y Mariátegui estudia y vive nuestra realidad social pese a su estado doloroso de inmovilidad física, pese a la apología simplista de esta circunstancia hecha por los poetas que saben de lo épico de su silla; pese a la actitud lógica de los intelectuales y periodistas pequeño burgueses que dejan traslucir acusaciones chismosas y poco comprensivas de la mentalidad enorme del que se fué y que llegan al colmo en un Porras que sólo puede encontrar un "criollo".

José Carlos Mariátegui va plasmando la revolución a base de todos nuestros aspectos vitales. La calle Wáshington es el lugar de cita de los artistas e intelectuales que tienen algo nuevo que decir, algo bello que exponer y Wáshington mata el santuario romántico del café para imponer la casa limpia del estudio, de la inquietud disciplinada y productiva. En Wáshington tiene un hogar José María Eguren el poeta fino de otra edad. El rincón rojo da asiento a todos los valores de la nueva generación.

El aspecto estudiantil es acogido vivamente también allí. Los universitarios que viven para el desarrollo de una ética revolucionaria que remueva y termine con las osamentas de los claustros de San Marcos, son recibidos por el Maestro.

José Carlos Mariátegui, empero, se levanta magnífico por sobre todo esto y su formidable cerebro tiene un fin, un punto luminoso que lo impulsa para dar impulso: la creación, el desarrollo de una conciencia de clase en el proletariado peruano que lo guíe hacia la realización de la revolución social. Todos sus aspectos: el José Carlos crítico y artista, el Mariátegui doctrinario y hasta el José familiar se desenvuelven con arreglo a esta norma. El hecho de la vitalidad organizada del asalariado demostrable en multitud de aspectos que lo reducido de este elogio no permite realizar, el hecho del dolor enardecido de los trabajadores que le dieron el adiós con precisa justeza en la "Internacional", nos dicen dolorosa e imperativamente que es **nuestro José Carlos** el que se fué.

1930.

LA SONRISA DE JOSE CARLOS, por Angela Ramos.

José Carlos es la redención del Perú. Su vida grande y pura un ejemplo para la hora de verguenza que vivimos. Vivió como quiso, es decir de la manera más noble, y no como quisieron los demás. Fustigado por la vida y perseguido por los que le temían, no conoció nunca el miedo ni el desaliento, por eso fué un vencedor. Luchó durante todos los minutos de toda su existenca, hasta cuando la muerte le hirió.

No necesitó palabras para hacerse oír de los humildes sobre cuyos hombros llegó a la última mansión. Su vida heroica fué su único discurso escuchado hasta el último rincón del país por millares de se-

res que estremecidos hoy por la muerte del Maestro esperan su hora.

Los que estuvimos y estaremos siempre con él, ya conocmos una ruta por la que habrán de seguir nuestros hijos, la nueva generación.

Si quemó su vida en llamaradas de amor y de fé, ávido de encender cerebros y corazones, la roja antorcha que prendió para alumbrar el sendero pasará de mano en mano triunfadora entre las falanges de los hombres de hoy que no saben temblar, que no saben suplicar; que sólo saben que el mañana es suyo aunque tengan que dejar girones de vida en el sendero.

José Carlos no ha muerto. Queda para nosotros como un ejemplo y como un mandato. José Carlos fué un símbolo, hoy es una señal.

¡Risa luz de José Carlos! Le brotaba del alma y le llegaba a los ojos hecha llama. Por sobre su miseria física, por sobre la miseria moral de los otros, que siempre le acechaba, su risa extendida como un sol.

Risa que alumbró todos los caminos, que iluminó todas las inteligencias, que confortó todos los corazones. Era la aurora de mejores días presentidos por él; era su bandera, su canción.

Yo veo más que el rostro, la risa de José Carlos optimista, triunfadora. Era toda una gama: la bondad, la ternura, la ironía, la burla, la expresaban sus labios finos y maestros en el arte de reir. Y cuando la risa pasaba de los labios, se adentraba, eran gorjeos de pájaro loco, seguro de su libertad apesar de su prisión. ¡Cuanta alegría, cuanta fuerza, cuanta fé!

Es que para reir así se necesita haber visto la verdad a la cara sin temblar. Sólo ríen así los héroes y José Carlos fué gran héroe. Pudo haber escogido el camino de mártir, pero le repugnó. Era demasiado fuerte y el martirologio está desacreditado.

Triunfador, vencedor, esa fué su arma más peligrosa. Con élla fustigó cobardías, con élla alentó y abrió derroteros desconocidos a los hombres nuevos. Los que marchan por los caminos vírgenes, van riendo con la risa del Maestro.

Río siempre, río en todo momento, hasta instantes antes que la muerte llegara. ¡Me imagino su gran risa desde adentro de la caja al contemplar a la Lima carcomida santiguarse al paso de las banderas rojas y de los fuertes sones de la Internacional! Debió haber sido su risa definitiva.

José Carlos: al golpe de tu risa se ha abierto un Mundo.

EL MENSAJE DE JOSE CARLOS MARIATEGUI, por María Wiesse.

SINCERA y ferviente, clara y sencilla, robustecida por una amplia cultura y una avanzada orientación ideológica la palabra de José Carlos Mariátegui se imponía hasta a sus mismos adversarios. Se le combatía, se discutían sus ideas—esta lucha y estos ataques daban más fuerza a su pensamiento, más lucidez a su verbo—pero el acento de su mensaje tenía la virtud de penetrar en todos los espíritus. Es que ese mensaje era el de un hombre honrado y puro, de un hombre entregado

con pasión a una obra y a un ideal. Vocablo manoseado y profanado por cuantos falsos profetas y retóricos es este de "ideal". Se vacila antes de usarlo. Pero en Mariátegui el ideal era una realidad; era la verdad de su vida. El sí que podía declararse sin jactancia: "marxista convicto y confeso". Cada frase que él echaba al papel, cada página escrita por su pluma eran dictadas por una profunda convicción. Nunca disfrazó sus ideas, ni se compuso una "actitud" que le atrajese la admiración de los demás. Hasta los mismos pecados literarios de su adolescencia fueron llenos de sinceridad y de fervor.

Por su nobleza, por su elevación, por su emoción el mensaje de Mariátegui está llamado a perdurar. No en vano hizo José Carlos Mariátegui el sacrificio de su vida—salud, bienestar económico de los suyos, tranquilidad, confort—a una idea.

Abril 16—1930.

MARIATEGUI, IDEOLOGO PROLETARIO, por M. Arroyo Posadas.

Los grandes revolucionarios son objeto, durante su vida, de constantes persecuciones por parte de las clases opresoras; sus enseñanzas provocan una rabia y un odio furiosos y ataques ininterrumpidos en los cuales desespeñan un papel principal la falsedad y la calumnia. Después de su muerte, se hacen tentativas para convertirlos en mansos corderos, para, por decirlo así, canonizarlos, para rodear de gloria sus nombres con objeto de "consolar" a los oprimidos y engañarlos. En efecto el fin que con ello se persigue no es otro que el de desnaturalizar la esencia real de las teorías y el de mellar el filo de las armas revolucionarias.

"El Estado y la Revolución" — V. I. Lenin.

REIVINDICAMOS, ante todo, para nuestro primer teórico marxista su puesto de combatiente de la revolución socialista. Iniciado desde muy joven en el periodismo superó, progresivamente, la acción renovadora de sus primeros años de luchador; viajando por Europa estudió, en el escenario mismo, la lucha de clases, la lucha entre el proletariado y la burguesía. La clase proletaria europea había adquirido una sólida conciencia de clase y se aprestaba a la conquista de sus derechos ante el espectáculo de podredumbre del régimen burgués. La gran catástrofe se había encargado de mostrar en toda su desnudez la organización capitalista de la sociedad en la que no hay más democracia que la irritante desigualdad de las clases.

José Carlos Mariátegui representa en el Perú el primer caso de escritor que supera el decadentismo de su época y llega al socialismo para entregarse a la preparación clasista del proletariado, al que sirvió con singular apasionamiento y la más rigurosa lealtad. Antes de él, los trabajadores habían luchado por instinto de clase, las doctrinas científicas del socialismo eran desconocidas. Sobre esta experiencia instintiva del proletariado peruano, Mariátegui propaga la ciencia revolucionaria marxista. Difunde la economía, la filosofía, la literatura revolucionarias. Es entonces que se liquidan las tendencias oportunistas y reformistas de los líderes del proletariado. (Anarquismo, anarco-sindicalismo). El es quien liquida la experiencia nefasta del colaboracionismo entre el proletariado y el revolucionarismo universitario, producto de la radicalización de la pequeña-burguesía, proletarizada por el capital financiero. Los líderes estudiantiles alejados del escenario nacional se concretan a una labor oposicionista contra el estado de cosas imperante o cuando más a un caudillismo tropical de la peor especie. Mariátegui, consciente de su destino histórico, se declara ageno a estas preocupaciones, a esta "bohemia revolucionaria", suprime las palabras inútiles y las reemplaza por la idea germen. Se entrega a una labor seria de autodidacta, de maestro de la ciencia socialista.

Su obra de periodista y de escritor es coreada por una gama de escritores burgueses o decadentes y socialistas. Mariátegui polemiza aportando sus puntos de vista marxistas. Combate enérgicamente contra el pasado y todas las formas de hacerlo vivir. Contra el clericalismo a cuya clientela intelectual riduculiza. Postula la liquidación del feudalismo, desde un punto de vista político a base de una revolución democrático-burguesa, bajo la absoluta hegemonía del proletariado.

El movimiento de "Reforma Universitaria", glosado por él en varios artículos y recopilado posteriormente por el "Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas" de Buenos Aires nos muestra su afán de conseguir la superación de este movimiento que representa específicamente como lo habíamos puntualizado la insurrección de la clase media. Las conclusiones de este estudio demuestran que es ingenuo hablar de reformas educacionales sin la liquidación del régimen capitalista de la sociedad. El problema de la educación es un problema social, antes que meramente administrativo: "la cultura de toda sociedad es la expresión ideológica de los intereses de la clase dominante, la cultura actual es la expresión idológica de la clase capitalista, la última guerra imperialista rompiendo el equilibrio de la economía burguesa, ha puesto en crisis su cultura correlativa; esta crisis solo puede superarse con el advenimiento de una cultura socialista.

En setiembre de 1926 funda la revista "Amauta", para conseguir la definición ideológica de los propugnadores de la renovación social, que hasta ese momento no tienen un programa conocido y a quienes acerca a Mariátegui solo una vaga inquietud por lo nuevo. De las firmas nacionales aparecidas en "Amauta" deducimos la diferenciación de dos generaciones en contraste, de dos realidades económicas distintas. Y es entonces que catedráticos jóvenes, estudiantes reformistas y políticos inquietos coquetean con él, por supuesto completamente extraños a sus especulaciones revolucionarias. A esta concentración no son extraños los líderes obreros casi todos de tendencia anarco-sindical. Posteriormente el proletariado militante joven auna sus fuerzas y se une a la acción de los escritores proletarios. Muerto Mariátegui, desapa-

recido el jefe, no le queda sino realizar el pensamiento y defender su obra de toda mistificación por parte de las clases opresoras.

El crecimiento capitalista a que asistimos en el Perú (La Teoría del Crecimiento de la Miseria Aplicada a Nuestra Realidad, por R. Martínez de la Torre) y consiguientemente la aparición de un numeroso y aguerrido proletariado sugiere a Mariátegui la necesidad de reivindicar las libertades de prensa obrera, organización sindical, de huelgas, de reunión y todas las reivindicaciones primarias de un proletariado consciente. Consecuente con esto, funda el quincenario "LABOR", periódico que progresivamente resultó defendido por el campesinado y el proletariado revolucionarios. Su brillante defensa de los derechos de los trabajadores mineros de Morococha, víctimas de la más primitiva expoliación por el capital yanqui lo vincula estrechamente con este proletariado que funda, tras una huelga victoriosa su "Federación de Trabajadores Mineros del Centro". Las denuncias de los abusos cometidos por el gamonalismo hace de "LABOR", el periódico de los campesinos. En su página "El Ayllu" aparece la defensa de éstos. Esta página debía convertirse en un periódico autónomo y "LABOR", de acuerdo con el proyecto de Mariátegui habría llegado a ser el órgano de un partido de clase y seguramente un diario obrero. Habíase esforzado por la constitución de una "Oficina de Autoeducación", de acuerdo con las conclusiones de la Internacional Sindical Roja. Las "Universidades Populares" que un grupo de estudiantes sostuvo en años anteriores había degenerado en una organización incolora y hasta oportunista y concretamente no significaba sino la tutela que pretendía ejercer la pequeña-burguesía, experimento que en todos los países donde se puso a prueba dió los peores resultados. "Amauta", seguía siendo la revista de una generación hasta que en su número 17 liquida su vinculación con el oportunismo de algunos elementos, que traicionaron el movimiento obrero. Reivindica su independencia absoluta de todo confusionismo y emprende su campaña marxista que lo vincula con los elementos realmente revolucionarios nacional e internacionalmente. Sus artículos publicados en "Amauta" sobre "Defensa del Marxismo" harán un libro orgánico en el que tendrán mucho que aprender todos los social-traidores, y secuaces del aprismo.

El mismo año de fundación de "Amauta", Mariátegui publica a instancia de sus amigos "La Escena Contemporánea", interpretación cinematográfica, periodística del panorama social, político, literario de la Europa de post-guerra. Este libro fué recibido con alboroso por la intelectualidad americana, mas, el escenario nacional resultaba estrecho para comprender esta obra. La defensa de la gran Revolución Rusa, su adhesión declarada a la Tercera Internacional, el examen del fascismo, la revolución y la inteligencia, el sionismo, todos estos temas aportan enseñanzas a las mentes ávidas. Mariátegui se convierte rápidamente en el escritor más serio y mejor documentado. Su segundo libro "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", sobre temas nacionales desmiente la crítica fácil de "europeizante" con que lo tachan. El exámen del problema de la tierra, de la educación, de la literatura nacionales se realiza por primera vez a la luz de las teorías de Carlos Marx. Muchos, como el uruguayo Jaime L. Morenza, hacen de las conclusiones para el Perú, soluciones para todos los países latino-americanos.

El retraso de América respecto de la realidad europea es sin duda lo que le lleva a su propaganda. "Creo que no hay salvación para In-

doamérica —dice— sin la ciencia y el pensamiento europeos ú occidentales". Luego agrega "El socialismo no es ciertamente una doctrina americana. Pero ninguna doctrina, ni ningún sistema contemporáneo lo es, ni puede serlo. Y el socialismo aunque haya nacido en Europa como el capitalismo, no es tampoco específica ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental". Frente a estas conclusiones se debate la gama de oportunistas y diletantes burgueses que agrupados al rededor de un "indigenismo", más o menos, reaccionario, destilan su ignorancia en cuestiones sociales. El populismo se diferencia profundamente del socialismo. Mariátegui, las contesta: "el problema no es racial sino social y económico; pero la raza tiene su rol en él y en los medios de afrontarlo".

Por supuesto que el autor de "El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy" no pudo tener sino una excesiva tolerancia para las aseveraciones audaces de todos los "pensadores" de diversos matices que pululan en América. Les opuso resueltamente la teoría y la praxis del proletariado mundial. Por eso Mariátegui no fué un escritor "puro" y antes que un literato y un apóstol fué un militante consciente del socialismo marxista. Había reclamado un puesto responsable en la lucha social. Y si algún mérito hay que reclamar para la obra de Mariátegui es éste precisamente y es seguramente el mejor elogio que puede hacerse de él. Mientras Mariátegui metió toda su sangre en sus ideas, mientras su vida y su obra constituyeron un único proceso, todos los intelectuales pequeño-burgueses que sirven a la feudalidad tanto como el capitalismo llorarán su muerte, pero no realizarán su obra. Al proletariado organizado y a los escritores proletarios es a quienes toca esta herencia, es a la "Confederación General de Trabajadores del Perú", a la q' con tanto fervor sirvió, es a los sindicatos revolucionarios, es a las Ligas campesinas a quienes queda toda la responsabilidad de esta labor inmensa. Estamos seguros que los intelectualoides tomarán lo formal y lo contingente de la obra de Mariátegui, estamos convencidos que hoy que ya no existe serán los primeros en desviar su pensamiento. Frente a la acción negativa de los oportunistas estará siempre alerta la vanguardia organizada del proletariado y su órgano central haciendo realidad su gran sueño de hacerse oír en su "invitación a la vida heroica" y hoy más que nunca el pensamiento del líder, del jefe agrupará en un solo haz las fuerzas socialistas del Perú que agitarán su nombre como bandera de acción revolucionaria.

SEGANDO MALEZA, por G. Ratto Ciarlo.

NO pretendo, en pocas palabras y menos con mis modestos medios, agregar nada a lo que fué, es, la múltiple activa figura de José Carlos Mariátegui. Quiero sencillamente contribuir a limpiar el terreno para que los venideros, sobre la esplanada libre puedan construir el sólido monumento-recuerdo, hecho de doctrinas realizadas, de actos combatidos, de posiciones conquistadas.

Se ha querido juzgar a José Carlos (así se permiten llamarle los que lo amaban). Muchos han opinado, obligados por la circunstancia; periodistas, literatos profesionales, representativos, consagrados para los cuales es de obligación hablar en cada funeral; otros han opinado también sin ser preguntados. José Carlos Mariátegui fué un literato, un "causeur", un humorista; fué un occidental para unos, americanista e indigenista para otros; fué poeta y místico, y sería también, según opinó alguien, un revoltoso criollo, una especie de capitán de montonera, inquieto a caballo de su desbocado sillón.

Pero todas estas definiciones no llegan a preocuparme. Son las definiciones de hombres del pasado o de un presente que está agonizando. Ninguna de ellas sobrevivirá porque nunca ha tenido vida. Nosotros sabemos que Mariátegui es un revolucionario constructor; dejó para otros la verbosa anárquica disconformidad con el medio. El, visto que el medio no venía hacia él, se fué hacia su verdadero medio, de la burguesía al proletariado. José Carlos es hombre del futuro; el evangelio social-económico que él ha promulgado es la primigenia luz para una sociedad en gestación, cuyos primeros movimientos recién se notan en el proletariado peruano. José Carlos ha hablado (literariamente o no) para los que vendrán: su obra no se ha manifestado en las altas capas laureadas; se ha prodigado, se ha sacrificado para dar vida al nuevo Perú. Por eso su labor, hoy obscura, no ha sido vista, entendida, amada por muchos. Hombres del pasado, hombres moribundos no entienden la fecundación del futuro. Como muere la semilla para renacer en espiga, ha muerto José Carlos Mariátegui para renacer en el proletariado peruano.

DIALECTICA POSTUMA DE JOSE CARLOS MARIATEGUI

(Viene de la pág. 16)

to de ingenio y de agudeza (la agudeza, y no la superficialidad, sería la característica de la expresión "criolla"); ni ha faltado quien lo mancomunara con un poeta mediocre y un artista "en eclosión", para integrar una tríada de gente bien intencionada sorprendida por la muerte antes del fructífero desarrollo de su talento, yendo a engrosar las filas de una generación de fracasados.

Muchos ven en Mariátegui al escritor de crónicas literarias brillantes, al glosador inteligente de acontecimientos internacionales. Algunos le conceden una actitud de agitación honrada en favor del "bienestar del pueblo". Casi todos coinciden en reconocerle cultura profunda, pureza de vida, serenidad estóica, energía, valor.

En cambio, en otro sector se dice que Mariátegui fué el primero en aplicar a la realidad peruana el método dialéctico del materialismo histórico, que fué el primero en hablar a las masas trabajadoras el lenguaje preciso de la conciencia de clase; se insiste en que su marxismo teórico, nutrido de experiencia cotidiana, demostró una vez más la falacia de los disfraces tropicales para fenómenos universales; que su vida entera, puesta al servicio de la causa proletaria, siguió una línea recta del verbo a la acción, sin reticencias ni claudicaciones.

Esta rápida y esquemática reseña permite agrupar una cantidad de opiniones aisladas o fragmentarias en dos sistemas de juicios, orgánicos y coherentes. Uno de ellos juzga a Mariátegui independientemente de su posición de clase: el otro define el aspecto clasista de su figura y de su obra. Estos dos puntos de vista, distintos y opuestos—frente a la pregunta ¿quien es Mariátegui?—son igualmente lógicas. Dialécticamente considerados, son los criterios de dos clases distintas.

El proletariado y los intelectuales situados a su lado reconocen en él a su genuino representante y su más gallardo luchador. La burguesía adopta, a este respecto una actitud agnóstica, por convenir así a sus intereses. Este fenómeno está completamente de acuerdo con el rol de cada clase, ya que cada capa dentro de la estructura económica implica un tipo determinado de cultura, de "ideas" y de opiniones.—Hay más; este análisis nos permite evaluar los rasgos peculiares de la evolución económico-cultural en nuestro medio. Vemos a un proletariado, poco numeroso y en franco desarrollo, reivindicar concientemente sus valores espirituales más genuinos. Vemos a una burguesía,—cuya economía ha sido desorganizada y en gran parte absorbida por el imperialismo y cuya crisis de cultura es decididamente avanzada,—incapaz de rechazar y estigmatizar la herejía del apóstata que al salir de su seno la reniega, limitándose a reparos y restricciones decadentes respecto a la personalidad de su genuino enemigo. Ni, falta, dentro de este aspecto, un detalle ameno que ilustra la situación apuntada. El sector pequeño-burgués, desvinculado de la economía capitalista, pero oprimido por ella y afectado por su crisis, gravita—como en análogas circunstancias históricas—hacia el proletariado; y—como es de rigor en estos casos—se aferra del héroe proletario para mezclar su aureola con la de su olvidado caudillo oportunista y mediocre.

El cuadro de las opiniones es completo. Las ideologías clasistas se afirman, una vez más, en todo su rigor histórico. La muerte de Mariátegui agita el fluir dialéctico de los sistemas reales potencializando sus contradcciones externas y acentuando, ocasionalmente, su cohesión interna. La muerte de Mariátegui acelera la ruptura del equilibrio inestable de cada clase. El proletariado escribe un mayúsculo signo positivo con los miles de obreros que lo llevaron en hombros hasta su tumba. La burguesía prolonga el signo negativo de su propio equilibrio, al adoptar sus intelectuales una mezquina actitud de compromiso en el enjuiciamiento público de este hombre.

La pregunta ¿quien es Mariátegui? significa históricamente: ¿a que clase pertenece? Hay dos contestaciones. Una rotunda, categórica, afirmativa: otra anodina, homeopática, evasiva. En este debate, como en cualquiera, rechazo las opiniones hermafroditas: estoy por la afirmación viril.

Es inegable que José Carlos Mariátegui—hombre integérrimo, escritor, esteta, y algunas cosas más—fué ante todo un pensador marxista, fué el hombre de acción que desde su sillón de mutilado, no solo trazó rumbos claros sino, cooperó en forma tan poderosa, a crear y vivificar la organización del proletaraido peruano dentro de su más genuino sentido de clase. Y fué precisamente por esta ideología definida, fué por lo efectivo y directo de su expresión de las necesidades y anhelos del proletariado con todas sus proyecciones históricas, que ha sido combatido especialmente desde todos aquellos sectores intelectuales que con las masas proletarias coquetean en forma más o menos impúdica y, a la postre, inútil.

Todos se dan cuenta—admiradores o detractores—que la biografía de Mariátegui no termina con su muerte. Mariátegui sigue viviendo en el proletariado peruano que lo ha engendrado y que, a su vez, ha extraído de él la más clara orientación para su conciencia de clase. Seguirá viviendo en el proletariado, a través de su lucha, hasta su afirmación económica y política. La biografía de Mariátegui terminará cuando termine la biografía del proletariado como clase.

SENTIDO DE LA OBRA DE MARIATEGUI, por A. Navarro Madrid.

CON Mariátegui comienza para el Perú un nuevo ciclo histórico, de mucha más trascendencia sin duda que el inaugurado por la Independencia. Así como González Prada es el primer hito de rebelión contra el colonialismo supérstite, Mariátegui es el portavoz de la Revolución Socialista en el Perú, que prosigue aquella rebelión superándola totalmente. El radical de Páginas Libres que devino ácrata traduce la primera manifestación nacional, anti-colonial, antiespañola, que acaso por la misma circunstancia de ser la primera no podía mostrarse sino un tanto vaga y confusa. Quizás a González Prada se le mostraron las relaciones sociales demasiado anfibológicas o así las encontró su temperamento de literato y su actitud aristocrática. Mariátegui, en cambio, representa el advenimiento de una nueva fuerza social, el proletariado, que imprime al debate político un rumbo nuevo. Ya no es la simple protesta a nombre de la mayoría nacional delegada; es la requisitoria del proletariado contra el feudalismo adaptado a las condiciones burguesas, y que lejos de cancelar sus relaciones anteriores las mantiene, por lo que la mueva clase asume la tarea histórica que la burguesía larvada fué impotente de realizar. Mariátegui vive la época de excacerbación de las contradicciones del sistema de producción internacional que también alcanzan al Perú, ya que éste no es extraño a la órbita de la economía mundial. Y, lógicamente, aporta un planteamiento nuevo de los problemas del país, discutiendo por primera vez, desde una posición neta, los fundamentos de todo lo que se venía aceptando desde la Colonia. Porque, como él precisamente lo ha esclarecido, la Colonia se prolonga a través de la República. La lucha por la independencia no fué una lucha de clases, no se hizo en beneficio de las masas explotadas, de los nativos oprimidos. Fué, sencillamente, la revuelta de la misma clase colonialista que no por romper con la metrópoli respondía a premisas distintas. La República continuó tan colonial en su contenido como el Virreynato. El caudillismo político que es su característica no es sino la expresión del feudalismo económico. En el Perú no hubo una clase burguesa lo bastante sólida para realizar su Reforma o implantar el Tercer Estado. La aristocracia terrateniente se adaptó a las relaciones burguesas manteniendo incólumes sus posiciones de dominio y hegemonía territorial. La secular monotonía de este cuadro interrumpe la protesta de González Prada y remata la categórica concepción clasista de Mariátegui que franquea el camino de su liquidación ya que refleja la pugna his-

tórica de una nueva fuerza social aparecida en el seno de nuestra realidad. Así, Mariátegui traduce la antítesis, la negación de las clases aristocráticas y feudal-burguesas; es la conciencia del proletariado, su verbo magnífico.

Y los representantes de las clases de las cuales Mariátegui encarna la negación deberán sentirlo, como a Gonzáles Prada, europeizante, exótico, "el menos peruano", extrauniversitario, etc. Pero no podría ser de otro modo. El marxismo sería desmentido si la burguesía feudal y sus acólitos los intelectuales y profesores lo hiciesen a Mariátegui prócer nacional, si adoptasen su pensamiento sin deformarlo o contrahacerlo. Es cierto que Mariátegui es extraño al pensamiento y hecho peruanos, si lo peruano está representado exclusivamente por las minorías que han monopolizado hasta ahora el predominio en el Perú. Mas en nuestro devenir histórico aparece una nueva clase social, el proletariado, tan peruana y nacional y con mucho más título sin duda que los que hasta ahora se han bautizado nación o pueblo. Y uno de los méritos del espíritu superior de Mariátegui está precisamente en haber sido el primero en adherir a la nueva clase que surgía y contribuído poderosamente a su afirmación.

La mentalidad colonial de nuestras gentes se explica este gesto de Mariátegui como un apostolado "popular", como una vocación plebeyista gratuitamente atribudas a quien más lejos estuvo de incurrir en la demagogia. Y bajo este aspecto, se complacen de que Mariátegui no lograra hacerse comprender por el pueblo". Mas el proletariado no es el pueblo, no es el paria ni el siervo, aún cuando iza la bandera de las reivindicaciones de éstos. El proletariado no es solo el explotado. Ya Sorel se burlaba de esta ciencia profesoral según la que hasta las prostitutas de la más baja estopa serían proletariado. El productor no poseyente no aparece sino bajo el régimen de producción capitalista como la antítesis de la burguesía, llamada a sucederla y sobrepasarla. En nuestro caso donde no ha habido una burguesía sólida, el proletariado está llamado además a realizar las tareas que ésta fué impotente de asumir. Y el proletariado peruano ya tiene su Mariátegui. Las nuevas relaciones sociales han tenido su más soberbia expresión justamente a través del cerebro más lucido del continente. José Carlos es la medida de las posibilidades de la nueva clase social emergida en nuestra historia.

En su escolasticismo universitario y profesoral, nuestros intelectuales se duelen de la ausencia de una tradición como para reclamarse de ella, ya que hasta sus más representativos personajes no han sino copiado el modelo europeo, sin darse cuenta que aquellos en realidad, ni siquiera han sabido copiarlo. El error no está tanto en la imitación sino en la imitación insuficiente. Y la causa de esta falla no reside en la voluntad de quienes representaron la influencia europea, sino en la supervivencia colonial que mantenía junto con las instituciones la mentalidad adheridas al medioevo, no propio y original tampoco, sino español, y que traicionaba y frustraba toda tentativa de adaptación al ritmo posterior de Europa, como el marcado por el liberalismo y la democracia burguesas. Este mismo fondo económico gravita sobre el populismo librealbedrista de la gente "renovadora" o de la "nueva generación" que contrapone al europeismo de Mariátegui la edificancia e idealización de lo propio, de lo integral, etc., y, lo que es peor, ni siquiera consecuentemente a su xenofobia, sino trai-

cionándola a cada paso, acogiéndose a Spengler o a Keyserling. Pero las nuevas condiciones materiales determinadas por la evolución, sea parcial, de las fuerzas productivas crean al proletariado y hacen posible la aparición de mentalidad tan potente como la de nuestro primer teórico del socialismo.

Mariátegui excede las posibilidades tradicionales del ambiente peruano y se escapa de los contornos prosaicos de la historia para alzarse desconcertante y fascinador. Su caso extraordinario está impregnado también de heroismo. Postrado en su sillón de ruedas, blandiendo su pensamiento socialista a prueba de todo riesgo hasta caer aniquilado en su puesto de combate, se destaca magestuoso y sublime.

Pero Mariátegui no ha sido ningún apostol, ningún alucinado místico. Contrariamente a lo que cabría imaginarse por sus artículos polémicos o por su vida dramática, José Carlos siempre fué sencillo, consciente de su poder, exento de vaniloquios. El héroe que hay en él muchas veces obscurece su significación, su rol revolucionarios, que es donde reside el secreto y la razón de su heroismo. Los admiradores de Mariátegui apenas se detienen en la leyenda épica que aureola su figura. Pero Mariátegui, según sus propias palabras, se mantuvo siempre indiferente al aplauso, atento solo a sus responsabilidad. Ya Sorel había dicho que "es necesario que los socialistas estén persuadidos de que la obra a la cual se consagran es **grave, temerosa y sublime,** porque solo así pueden soportar los innúmeros sacrificios reclamados por una propaganda que no proporciona honores, provechos, ni aún satisfacciones intelectuales inmediatas". Y cuando su profesión de agitador exigió su vida, Mariátegui la jugó hasta perderla con esa sencillez sublime de todos sus actos.

AUTOPSIA DEL SUPERREALISMO,

por César Vallejo.

LA inteligencia capitalista ofrece, entre otros síntomas de su agonía, el vicio del cenáculo. Es curioso observar cómo las crisis más agudas y recientes del imperialismo económico, — la guerra, la racionalización industrial, la miseria de las masas, los cracs financieros y bursátiles, el desarrollo de la revolución obrera, las insurecciones coloniales, etc.,— corresponden sincrónicamente a una furiosa multiplicación de escuelas literarias, tan improvisadas como efímeras. Hacia 1914, nacía el expresionismo (Dvorck, Fretzer). Hacia 1915, nacía el cubismo (Apollinaire, Reverdy). En 1917 nacía el dadaísmo (Tzara, Picabia). En 1924, el superrealismo (Breton, Ribemont Dessaignes). Sin contar las escuelas ya existentes: simbolismo, futurismo, neosimbolismo, unanimismo, etc. Por último, a partir de la pronunciación superrealista, irrumpe casi mensualmente una nueva escuela literaria. Nunca el pensamiento social se fraccionó en tantas y tan fugaces fórmulas. Nunca experimentó un gusto tan frenético y una tal necesidad por estereotiparse en recetas y clisés, como si tuviera miedo de su libertad

o como si no pudiese producirse en su unidad orgánica. Anarquía y desagregación semejantes no se vió sino entre los filósofos y poetas de la decadencia, en el ocaso de la civilización greco--latina. Las de hoy, a su turno, anuncian una nueva decadencia del espíritu: el ocaso de la civilización capitalista.

La última escuela de mayor cartel, el superrealismo, acaba de morir oficialmente.

En verdad, el superrealismo, como escuela literaria, no representaba ningún aporte constructivo. Era una receta más de hacer poemas sobre medida, como lo son y serán las escuelas literarias de todos los tiempos. Más todavía. No era ni siquiera una receta original. Toda la pomposa teoría y el abracadabrante método del superrealismo, fueron condenados y vienen de unos cuantos pensamientos esbozados al respecto por Apollinaire. Basados sobre estas ideas del autor de Caligramas, los manifiestos superrealistas se limitaban a edificar inteligentes juegos de salón relativos a la escritura automática, a la moral, a la religión, a la política.

Juegos de salón,— he dicho e inteligentes también: cerebrales — debiera decir. Cuando el superrealismo llegó, por la dialéctica ineluctable de las cosas, a afrontar los problemas vivientes de la realidad — que no dependen percisamente de las elucubraciones abstractas y metafísicas de ninguna escuela literaria, — el superrealismo se vió en apuros. Para ser consecuente con lo que los propios superrealistas llamaban "espíritu crítico y revolucionario" de este movimiento, había que saltar al medio de la calle y hacerse cargo, entre otros, del problema político y económico de nuestra época. El superrealismo se hizo entonces anarquista, forma ésta la más abstracta, mística y cerebral de la política y la que mayor se avenía con el carácter ontológico por excelencia y hasta ocultista del cenáculo. Dentro del anarquismo, los superrealistas podían seguir reconociéndose, pues con él podía convivir y hasta consustanciarse el orgánico nihilismo de la escuela.

Pero, más tarde, andando las cosas, los superrealistas llegaron a apercibirse de que, fuera del catecismo superrealista, había otro método revolucionario, tan "interesante" como el que ellos poponían: me refiero al marxismo. Leyeron, meditaron y, por un milagro muy burgués de eclecticismo o de "combinación" inextricable, Breton propuso a sus amigos la coordinación y síntesis de ambos métodos. Los superrealistas se hicieron inmediatamente comunistas.

Es sólo en este momento, — y no antes ni después, — que el superrealismo adquiere cierta trascendencia social. De simple fábrica de poetas en serie, se trasforma en un movimiento político militante y en una pragmática intelectual realmente viva y revolucionaria. El superrrealismo mereció entonces ser tomado en consideración y calificado como una de las corrientes literarias más vivientes y constructivas de la época.

Sin embargo, este concepto no estaba exento de beneficio de inventario. Había que seguir los métodos y disciplinas superrealistas ulteriores, para saber hasta qué punto su contenido y su acción eran en verdad y sinceramente revolucionarios. Aun cuando se sabía que aquello de coordinar el método superrealista con el marxismo, no pasaba de un disparate juvenil o de una mistificación provisoria, quedaba la esperanza de que, poco a poco, se irían radicalizando los flamantes e imprevistos militantes bolcheviques.

Por desgracia, Breton y sus amigos, contrariando y desmistiendo sus estridentes declaraciones de fe marxista, siguieron siendo, sin poderlo evitar y subconcientemente, unos intelectuales anarquistas incurables. Del pesimismo y desesperación superrealista de los primeros momentos — pesimismo y desesperación que, a su hora pudieron motorizar eficazmente la conciencia del cenáculo — se hizo un sistema permanente y estático, un módulo académico. La crisis moral e intelectual que el superrealismo se propuso promover y que (otra falta de originalidad de la escuela) arrancara y tuviera su primera y máxima expresión en el dadaísmo, se anquilosó en psicopatía de bufete y en clisé literario, pese a las inyecciones dialécticas de Marx y a la adhesión formal y oficiosa de los inquietos jóvenes al comunismo. El pesimismo y la desesperación deben ser siempre etapas y no metas. Para que ellos agiten y fecunden el espíritu, deben desenvolverse hasta transformarse en afirmaciones consecutivas. De otra manera, no pasan de gérmenes patológicos, condenados a devorarse a sí mismo. Los superrealistas, burlando la ley del devenir brutal, se academizaron, repito, en su famosa crisis moral e intelectual y fueron impotentes para excederla y superarla con formas realmente revolucionarias, es decir, destructivo-constructivas. Cada superrealista hizo lo que le vino en gana. Rompieron con numerosos miembros del partido y con sus órganos de prensa y procedieron en todo, en perpetuo divorcio con las grandes directivas marxistas. Desde el punto de vista literario, sus producciones siguieron caracterizándose por un evidente refinamiento burgués. La adhesión al comunismo no tuvo reflejo alguno sobre el sentido y las formas esenciales de sus obras. El superrealismo se declaraba, por todos estos motivos, incapaz para comprender y practicar el verdadero y único espíritu revolucionario de estos tiempo: el marxismo. El superrealismo perdió rápidamente la sola prestancia social que habría podido ser la razón de su existencia y empezó a agonizar irremediablemente.

A la hora en que estamos, el superrealismo—como movimiento marxista — es un cadáver. (Como cenáculo meramente literario, — repito — fué siempre, como todas las escuelas, una impostura de la vida, un vulgar espanta-pájaros). La declaración de su defunción acaba de traducirse en dos documentos de parte interesada: el Segundo Manifiesto Superrealista de Breton y el que, con el título de Un cadáver, firman contra Breton numerosos superrealistas, encabezados por Ribemont-Dessaignes. Ambos manifiestos establecen, junto con la muerte y descomposición ideológica del superrealismo, su disolución como grupo o agregado físico. Se trata de un cisma o derrumbe total de la capilla, y el más grave y el último de la serie ya larga de sus derrumbes.

Breton, en su Segundo Manifiesto, revisa la doctrina superrealista, mostrándose satisfecho de su realización y resultados. Breton continúa siendo, hasta sus postreros instantes, un intelectual profesional, un ideólogo escolástico, un rebelde de bufete, un dómine recalcitrante, un polemista estilo Maurras, en fin, un anarquista de barrio. Declara, de nuevo, que el superrealismo ha triunfado, porque ha obtenido lo que se proponía: "suscitar, desde el punto de vista moral e intelectual, una crisis de conciencia". Breton se equivoca: Si, en verdad, ha leído y se ha suscrito al marxismo, no me explico cómo olvida que, dentro de esta doctrina, el rol de los escritores no está en suscitar crisis morales e intelectuales más o menos graves o generales, es decir,

en hacer la revolución **por arriba**, sino, al contrario, en hacerlo **por abajo**. Breton olvida que no hay más que una sola revolución: la proletaria y que esta revolución la harán los obreros con la acción y no los intelectuales con sus "crisis de conciencia". La única crisis es la crisis económica y ella se halla planteada — como hecho y no simplemente como noción o como "diletantismo" — desde hace siglos. En cuanto al resto del Segundo Manifiesto, Breton lo dedica a atacar con vociferaciones e injurias personales de policía literario, a sus antiguos cofrades, injurias y vociferaciones que denuncian el carácter burgués y burgués de íntima entraña, de su "crisis de conciencia".

El otro manifiesto titulado **Un cadáver**, ofrece lapidarios pasajes necrológicos sobre Breton. "Un instante — dice Ribemont-Dessaignes, — nos gustó el superrealismo: amores de juventud, amores, si se quiere, de domésticos. Los jovencitos están autorizados a amar hasta a la mujer de un gendarme (esta mujer está encarnada en la estética de Breton). Falso compañero, falso comunista, falso revolucionario, pero verdadero y auténtico farsante, Bretón debe cuidarse de la guillotina: ¡qué estoy diciendo! No se guillotina a los cadáveres".

"Breton garabateaba, — dice Roger Vitrac. — Garabateaba un estilo de reaccionario y de santurrón, sobre ideas suversivas, obteniendo un curioso resultado, que no dejó de asombrar a los pequeños burgueses, a los pequeños comerciantes e industriales, a los acólitos de seminario y a los cardíacos de las escuelas primarias".

"Breton — dice Jacques Prevert — fué un tartamudo y lo confundió todo: la desesperación y el dolor al hígado, la Biblia y los Cantos de Maldoror, Dios y Dios, la tinta y la mesa, las barricadas y el divan de madame Sabatier, el marqués de Sade y Jean Lorrain, la Revolución Rusa y la Revolución superrealista... Mayordomo lírico, distribuyó diplomas a los enamorados que versificaban y, en los días de indulgencia, a los principiantes en desesperación".

"El cadáver de Breton — dice Michel Leiris — me da asco, entre otras causas, porque es el de un hombre que vivió siempre de cadáveres".

"Naturalmente — dice Jacques Rigaut — Breton hablaba muy bien del amor, pero en la vida era un personaje de Courteline".

Etc., etc., etc.

Sólo que estas mismas apreciaciones sobre Bretón, pueden ser aplicadas a todos los superrealistas sin excepción, y a la propia escuela difunta. Se dirá que este es el lado clownesco y circunstancial de los hombres y no el fondo histórico del movimiento. Muy bien dicho. Con tal de que este fondo histórico exista en verdad, lo que, en este caso, no es así. El fondo histórico del superrealismo es casi nulo, desde cualquier aspecto que se le examine.

Así pasan las escuelas literarias. Tal es el destino de toda inquietud que, en vez de devenir austero laboratorio creador, no llega a ser más que una mera fórmula. Inútiles resultan entonces los reclamos tonantes, los pregones para el vulgo, la publicidad en colores, en fin, las prestidigitaciones y trucos del oficio. Junto con el árbol abortado, se asfixia la hojarasca.

Veremos si no sucede lo propio con el populismo, la novísima escuela literaria que, sobre la tumba recién abierta del superrealismo, acaba de fundar André Therive y sus amigos.

París, febrero de 1930.

LA REFORMA UNIVERSITARIA EN LA ARGENTINA, por Ricardo Martínez de la Torre.

TENEMOS que desarrollar en el presente capítulo, en forma sintética, un esquema crítico del movimiento de la reforma universitaria. Fué ésta el punto de partida del "revolucionarismo" pequeño-burgués latinoamericano, que pretende suplantar al proletariado en el campo de la lucha de clases.

1.—ORIGENES DE LA REFORMA

Para que nosotros penetremos profundamente el espíritu que anima la Reforma Universitaria, iniciada en 1918 en la Universidad de Córdoba, urge precisar el medio ambiente en que se desarrolla.

La Argentina es, entonces, un país de economía esencialmente ganadera. La clase dominante está constituída por grandes latifundistas. La guerra tiene un influjo decisivo en la economía del país. Viene un cambio en la correlación de fuerzas. El ganadero comienza a ser desplazado por capitalistas industriales y agrícolas. Se forma una burguesía financiera. Una nueva clase capitalista no ligada directamente a la tierra. La pequeña burguesía se desarrolla con rapidez.

El "viejo régimen" vacila. El poder se le escapa. La Unión Cívica Radical, representante de las fuerzas nuevas, irrumpe desivamente en el escenario político. "El irigoyenismo, apoyándose especialmente en la pequeña burguesía urbana, nació como una reacción contra el régimen de las oligarquías terratenientes-ganaderas gobernantes. Su nacionalismo se produce tras el paso de la Argentina, de su condición de país ganadero, a la de agrícola-ganadero. Alrededor del radicalismo se han reunido fuerzas sociales de lo más heterogéneo, especialmente en los últimos tiempos. Sin embargo, puede, en líneas generales, decirse que el irigoyenismo representa la reacción de las fuerzas nuevas, de la burguesía y pequeña burguesía urbana, contra el predominio agropecuario" (1).

El irigoyenismo imprime su carácter a la Reforma Universitaria. La lucha por el poder se lleva a cabo con la Unión Cívica Radical que "como factor social, cumplió la misión de cavar un abismo en el cual quedaba definitivamente sepultada la generación que había manejado el país desde el 80 hasta 1916". (2), reflejándose invariablemente en la juventud que llena las aulas universitarias.

La aparición de la grande y pequeña burguesía desarrolladas rápidamente con la especulación de la guerra, es un fenómeno que sacude al país hasta en sus raíces más profundas. "De nación pastoril, dice, Gonzalez Alberdi, pasa a ser la Argentina una región agrícola. Nace así la clase de los agricultores—chacareros etc.—situada entre

(1).—EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO LATIAMERICANO.—Editorial "Sudam".—Buenos Aires—1919.

(2).—Julio V. Gonzales: LA REFORMA UNIVERSITARIA, Edición de la Revista "Sagitario" — Buenos Aires, 1927, pág. 51, tomo I.

los latifundistas y los trabajadores agrícolas y que oscila, por su propia situación económica, entre la ideología de una y otra de estas clases. En las ciudades se produce un abarrotamiento de habitantes, desproporcionado a la población total de la República. Buenos Aires, Rosario, etc. son núcleos enormemente grandes para una nación que apenas llega a la docena de millones de habitantes. La industria recién nace. No son, pues, obreros industriales los que forman el grueso de la población de las ciudades. Predominan en ellas las llamadas clases medias. Es numeroso el porcentaje de pequeños comerciantes, de pequeños industriales, de pequeña burguesía en una palabra dentro de la población urbana. La burocracia es frondosa y numerosos los empleados de comercio" (3).

La clase en el poder se resiste a entregarlo a estos advenedizos. Hasta entonces, ha sido la directora de la política. Ha realizado su voluntad Ha distribuído entre sus miembros los puestos públicos. Considera la nación como un feudo que le pertenece. Como su propiedad privada. La pequeña burguesía quiere tener también su parte en el poder. Reacciona contra esta conclusión. Necesita asegurarse un disfrute tranquilo de sus rentas. Garantizar su seguridad personal y sus riquezas. Disponer, en una palabra, a su antojo, del aparato del Estado. "Esa enorme población pequeño burguesa a que nos hemos referido, aspira evidentemente a participar en el gobierno. Y este continúa, sin embargo, a comienzos de este siglo, en manos de las viejas familias "patricias" de terratenientes y hacendados, que lo mantienen en sus manos mediante el fraude y la violencia. La ley del voto secreto hace pasar a la pequeña burguesía al primer plano, en cuanto a su importancia en la vida política del país. El radicalismo, con su demagogia, sus indefiniciones, etc. recibe su apoyo y asume el poder con el espíritu pequeño burgués de las grandes masas de población no proletarias. Entre el entusiasmo consigue, desde luego, numerosos adeptos el Partido Radical" (4).

El irigoyenismo influencia a las mases pequeño-burguesas, a la clase media, al artesanado. Su característica principal es la demagogia. El radicalismo utiliza con habilidad la adulación. Atrae a su lado las masas explotadas en las ciudades, en las fábricas, en las haciendas, cuyos intereses momentáneos coinciden en esos instantes. De tal modo el movimiento pequeño-burgués se siente incondicionalmente apoyado por todas las clases. Esta política demagógica le lleva a la coronación de sus esfuerzos.

La "vieja clase" es desalojada de sus posiciones. Cuando el apoyo en las clases oprimidas no es una cuestión de vida o muerte para el radicalismo, cuando los intereses del momento dejan de coincidir, se produce una reconciliación entre algunos elementos del "viejo régimen" y del nuevo. "Mas hoy, y esto se explica por los factores que hemos enumerado y especialmente por la fuerza que conserva la burguesía agropecuaria, se produce alrededor del gobierno irigoyenista, una concentración de todas las fuerzas burguesas del país, al mismo tiempo que entra en el período de su desagregación, por no serle posible continuar en el tren de demagogia que llevaba a cabo con fines

(3).—P. Gonzales Alberdi, LA REFORMA UNIVERSITARIA, inserto en la REVISTA DE FILOSOFIA, Año XIV, N°. 3, Mayo de 1928, pág. 257, Buenos Aires, Imp. L. J. Rosso.
(4).—P. Gonzales Alberdi, ob. cit. pág. 257.

electorales. El proletariado, los campesinos pobres, nucleos importantes de la pequeña burguesía urbana, se alejan del irigoyenismo, o son la base de las esciciones que fermentan en el mismo" (5).

En el momento de iniciarse la Reforma Universitaria, la pequeña burguesía, por medio del Partido Radical, acaba de tomar el poder. "El viejo régimen" aun no ha podido ser desolajado de su última fortaleza: la Universidad. A ello se aprestan los jovenes de la Nueva Generación, respaldados por el apoyo gubernamental.

2—COMPOSICION SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD

Este cambio en la correlación de las fuerzas sociales dentro del país, se refleja en las universidades argentinas. La pequeña burguesía revolucionaria se apodera, una tras otra, de todas las posiciones. La Universidad, que descansa en las bases de que la ha dotado el "viejo régimen" es una rémora para la juventud estudiantil y para el Partido Radical. (6)

Sobre esta juventud, que se autocalifica "Nueva Generación", ejerce una decisiva influencia la demagogia irigoyenista, que traduce sus intereses de clase. También pesa en la balanza la Revolución de Octubre, la agitación pacifista internacional, la amenaza de que el ejemplo de Rusia llevará prontamente al proletariado de los demás países al logro de su emancipación social, económica y política. Estos tres factores, reconocidos por los comentadores de la Reforma, como luego veremos, ejercen influencia en diversos grados durante el movimiento, y en determinadas zonas de la generación estudiantil.

Hasta entonces, la clase "patricia" ha suministrado casi en su totalidad el elemento que llena los claustros universitarios. Los hijos de la burguesía ocupan un segundo término. La pequeña-burguesía, una representación insignificante. La guerra, al transformar la economía, no respetó a la Universidad. "Los hijos de esa pequeña burguesía de las ciudades y los hijos de chacareros, van en número elevado a las universidades a proveerse de un título profesional. A estas llegan también algunos hijos de obreros calificados, pertenecientes a la "aristocracia obrera" y algunos hijos de la naciente burguesía industrial. Cambia así la composición social del estudiantado. Ya no son

(5).—I Conferencia Comunista Latinoamericana, pág. 146.

(6).—"Es evidente que entre el alumnado de las universidades argentinas del siglo pasado, o del viejo colegio nacional y del colegio de Concepción del Uruguay y el actual estudiantado universitario, hay un mundo de diferencia. Eran los alumnos de aquella época, hijos de las familias "bien", que se capacitaban especialmente para ejercer el gobierno y las funciones públicas, por designación de aquellas célebres tertulias del Jockey Club, que hacían parlamentarios, ministros y profesores. En cambio, estos estudiantes de ahora han salido de la mayoría de las clases medias, cuyas situación es cada día peor, en virtud de haber terminado la época en que con poco escrupulo y alguna decisión se "hacía la América"; porque la crisis del 13 se hizo sentir; porque la concentración capitalista es fatal para el pequeño burgués de la ciudad y para los chacareros de las campañas del país; porque el avance imperialista aumenta las cargas fiscales con sus empréstitos y estruja cada día con sus tarifas de transporte, no solo a las clases obreras, sino también a los pequeños productores llamados independientes. Existía así el malestar en la peueña burguesia y en los funcionarios y profesionales, cuyos hijos, son la mayoría de la población universitaria". P. Gonzales Alberdi, ob cit. pág. 259.

solo estudiantes los hijos de la gran burguesía terrateniente. El crecimiento del número de profesionales se acentúa y nace un proletariado intelectual" (7).

La generación Universitaria sufre esta transformación general operada en el equilibrio de las clases en todo el país. La Universidad sigue siendo de hecho, una máquina al servicio del "viejo régimen". La lucha de clases se traslada del campo político al universitario. La Reforma aparece aquí como el último ataque a la resistencia enemiga. La Nueva Generación, que trae una conciencia y un programa opuestos a la anterior, se ve detenida por la Universidad arcaica, teológica, medioeval. El pathos social del movimiento universitario revela, a poco de iniciado, su progenie pequeño-burguesa.

"La renovación universitaria fué bien pronto renovación social; el repudio revolucionario de los dogmas de orden y autoridad, proclamado dentro de la casa de estudios, lo fué igualmente y en el mismo tono frente a los que sojuzgan en la sociedad; la condenación del obscurantismo religioso que ahogaba la libertad de conciencia desde la cátedra, se repitió ampliando su eco contra el mismo que asfixia desde el púlpito y desde el seno de la clase aristocrática; el desprecio hacia los maestros del aula, se trocó en el escenario nacional, en un hondo e irreconciliable divorcio entre la nueva y la vieja generación; el nuevo sentido de la democracia, creado sobre nuevos conceptos de disciplina, jerarquía y voluntad popular, enunciados como base de la llamada democracia universitaria, fué lema de combate en el ambiente social, evidenciados en forma de una interpretación propia de las fuerzas vivas de la comunidad". (8) Este es el error capital en que incurren los teóricos de la Reforma. La revolución universitaria es primero agitación social. Después se hace agitación universitaria, sin desligarse de la lucha que sostienen las clases por el poder.

El Partido Radical necesita de la Univedsidad, no sólo para desalojar a sus enemigos, sino para imponer a la nueva generación su propia ideología. El movimiento estudiantil refleja este estado de cosas. La composición social de la Universidad garantiza de antemano la agitación en beneficio del irigoyenismo. El hecho de no encerrarse en su cauce universitario, el impulso de buscar en todo momento el apoyo de la masa—clase media, pequeña industria, artesanado, comerciantes, aristocracia obrera, proletaria—está demostrando en forma palpable que su punto de partida es, no la Universidad, sino la Sociedad. Y a la Sociedad regresa el impulso que de ella ha partido.

La reforma Universitaria no es sólo una lucha contra los malos maestros y los métodos antiguos. Es sobre todo contra el orden social en ellos encarnado. (9) Representan una clase que acaba de perder el poder a los golpes del radicalismo. Y como la masa acompaña

---

(7).—Gonzalez Alberdi, ob. cit. pág. 257.
(8).—Julio V. Gonzales, ob. cit. pág. 60 y 61.
(9).—Dice Gonzales Alberdi en su ensayo citado: "La burocracia del nuevo partido gobernante substituye en todas las reparticiones a la burocracia nombrada por los gobiernos de las familias patricias. La Universidad, con su gobierno a cargo de profesores del "viejo régimen", con su autonomía que le concede la Ley Avellaneda, es una Bastilla difícil de tomar. Las universidades son, pues, supervivencias antes del 18, del poderío de las familias de abolengo de terratenientes y estancieros, de las que han salido la gran mayoría de los profesores en la época prereformista. pág. 257 y 258.

al Partido Radical en su lucha, es lógico que la Reforma solicite la ayuda de la masa, a fin de desalojar juntos, estudiantes y obreros, al enemigo común. "En nombre de la Reforma Universitaria, incitaban al pueblo a tomar la Bastilla, a barrer con las oligarquías, a descubrir las mentiras sociales, a concluir con los privilegios, a extirpar los dogmas religiosos, a realizar ideales americanos de renovación social, a impulsar esta corriente revolucionaria hasta los reductos universitarios donde se atrincheraba el viejo régimen, a convertir la universidad en la casa del pueblo" (10). Este nexo entre el movimiento estudiantil y el que se opera en el país, lo reconocieron los mismos directores de la Reforma (11).

3—LOS FACTORES QUE INFLUYERON

Hemos dicho que fueron tres los factores que influyeron en la Reforma: el movimiento político nacional radical, cuyo caudillo era Irigoyen, la agitación pacifista de los intelectuales de todos los partidos y la Revolución Comunista (12).

Bien poco se conocía de esta última. Lo poco que los pueblos sabían estaba envuelto en las más variadas versiones calumniosas de la reacción, interesada en ocultar la verdad. El proletariado, ocupado en consolidar su victoria, no podía desenmascarar esta mentira standarizada por las agencias de noticias y la prensa burguesa.

La pequeña burguesía, la clase media, el artesanado argentino se sienten extremecidos por vientos de emancipación que hinchan sus pulmones y sus ideas. La pequeña burguesía, la clase media, el artesanado, con su mentalidad pronta a la exaltación y el romanticismo, acogen sin discernir, todas las palabras, todos los retazos de pensamientos que resuenan con más gusto en su fantasía. Así, en su obra, la Reforma, se entremezclan unos con otros. Lo que es un juego de fuerzas económicas, influenciando el pensamiento y expresado con el lenguaje de las clases, para la Nueva Generación se traduce en largas tiradas de frases brillantes y actitudes espectaculares e indecisas.

(Concluirá en el próximo número)

---

(10).—Julio V. Gonzalez, ob. cit. pág. 64.

(11)—"No podrá separarse nunca la Reforma Universitaria de la Reforma Social, porque ambas fueron emprendidas simultáneamente y nacieron por lo tanto unidas", dice Julio V. Gonzales, en su obra cita. Por otra parte, P. Gonzales Alberdi—que formó parte de la izquierda marxista en el movimiento—coincide también: "La Reforma Universitaria del 18 traspuso evidentemente los límites de la Universidad y de la Pedagogía. Fué, ante todo, un movimiento social y político". ob. cit. pág. 255 y 256.

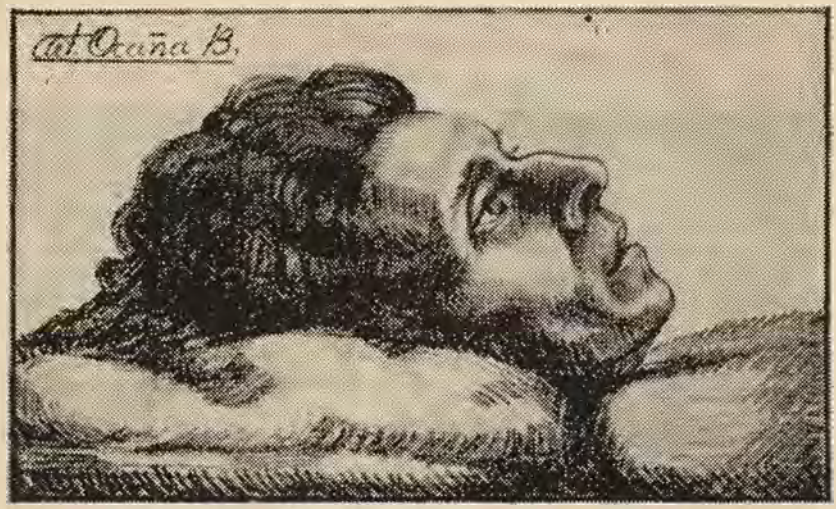
(12)—"Pero, evidentemente, se precisaba la conmoción ideológica, la corriente romántica si se quiere, que hiciera de ese malestar que se manifestaba vagamente, que lo sentía el universitario, pero sin conocerlo o ignorando sus orígenes, todo un movimiento. Y esa remoción del pensar y esa inflamación de sentimientos, se produjo merced a dos acontecimiento: la guerra y la Revolución Rusa". P. Gonzales Alberdi, ob. cit. pág. 259.

1924.—Mariátegui en su primera crisis.

SIMBOLO, por Nicolás Gonzales.

Oleo de Julia Codesido.

MAQUETTE de Artemio Ocaña.



AGONIA, por Ocaña.

MASCARILLA, por Ocaña.

LA EDIFICACION DEL SOCIALISMO

¿QUE ES EL PLAN QUINQUENAL?

I

EL PROLETARIADO EN EL PODER Y SU ECONOMIA

UN hermoso domingo la pequeña ciudad industrial de Tver se pone en traje de fiesta. Todas las casas se hallan empavesadas de rojo. Diez mil obreros desfilan en medio de un entusiasmo de lucha, llevando consigo un verdadero bosque de banderas rojas y de carteles transparentes. ¿Qué ocurre? ¿Por qué motivo manifiestan los obreros de Tver? No es ni el 1º. de Mayo ni el 7 de noviembre. Ningún gobierno imperialista extranjero ha enviado durante la semana anterior una nota amenazadora. En Moscú, en Leningrado y en las otras ciudades, todo está en calma. Solamente los obreros textiles de Tver desfilan por las calles.

¿De qué combate se trata? Observamos los carteles transparentes. Ofrecen un aspecto algo singular para el trabajador acostumbrado a las manifestaciones obreras de los países capitalistas: "¡Disminuiremos el precio de costo de la producción en un 17% !". (Es decir, produciremos más y más barato de lo que se nos ha prescrito). "¡Viva el contrato de los 58.000!", etc., etc.

Cuando se llega de la Europa capitalista y se ven tales consignas, se tiene la impresión cada vez más fuerte de que uno se encuentra transportado a otro siglo. Algo parecido a lo que les ocurriría a nuestros abuelos, si resucitaran, y de súbito asistieran a una conversación telefónica entre París y New-York.

Los obreros de Tver celebraban ese domingo —era el 8 de abril de 1929— el primer **contrato de masa** que los millones de obreros de la Unión Soviética, entusiasmados, han concertado para elevar la producción de sus fábricas y disminuir el precio de costo.

Los representantes de los 58.000 obreros del textil de Tver, Moscú, Ivanovo-Vosnessensk, en nombre de sus mandatarios, han establecido el contrato siguiente:

"La economía nacional se encuentra en un momento de transformación importante. Después de haber vencido las dificultades de la guerra civil, del hambre, del bloqueo y de la ruina económica, he aquí que pasamos del período de restauración **al de reconstrucción.** El país se encuentra delante de formidables tareas: reconstrucción de la economía nacional, aceleración reforzada de la industrialización del país y transformación socialista radical de la agricultura.

"Para llevar victoriosamente a cabo esas tareas, hay que movilizar todas las fuerzas de la clase obrera en el frente económico. Es necesaria una lucha tenaz, sistemática para intensificar la productividad del trabajo, reforzar la disciplina en el trabajo y disminuír los gastos de producción.

"En nombre de los obreros, empleados, ingenieros y del personal técnico de las empresas:

"Tvejgornia Manufactura, Moscú, 7.124 personas; Manufactura proletaria, Tver, 14.208 personas; fábrica textil Vagjanov, 5,874 per-

sonas; Manufactura de Pervoletsk, 335 personas; Fábricas de Vichnievolotsk, 9.780 personas: Fábricas de Ivanovo-Vosnessensk, 21.068 personas.

"En nombre de un ejército proletario de 58,389 obreros y obreras, nosotros, los abajo firmantes, representantes de los obreros de las fábricas anteriormente mencionadas, conforme a las prescripciones de nuestro maestro Lenin, después de haber movilizado grandes masas obreras para la realización de las tareas de la industrialización que se plantean delante de la Unión Soviética, y en interés de su ejecución lo más eficaz posible, abrimos **un concurso de emulación socialista** entre todas esas fábricas hasta el final de las operaciones de 1928-1929. El concurso tiene por objeto la ejecución, realizada perfectamente, de las tareas prescritas por el partido y el gobierno, consignadas en los planes financiero-industriales de las fábricas.

"Establecemos un contrato económico y político y, fieles a nuestro partido revolucionario, hacemos el solemne juramento revolucionario de llevar íntegramente a cabo los planes financiero-industriales de nuestras empresas.

"Para dar una forma exacta a nuestro concurso, nos comprometemos a cumplir las siguientes obligaciones:

Primera.—De aquí al día de la fiesta proletaria internacional —el 1º. de mayo— realizaremos la disminución de los gastos de producción de modo que pueda ser asegurada la ejecución completa de los planes financiero-industriales. El 1º. de mayo emprenderemos el primer control de la ejecución de los compromisos que hemos adquirido sobre la base de este contrato.

Segunda.—Reforzaremos en nuestras fábricas la disciplina del trabajo suprimiendo toda ausencia arbitraria de la fábrica, combatiendo decididamente toda negligencia en el trabajo, todo despilfarro de las materias primas y de todo género de materiales, toda incuria en el cuidado de las máquinas e instrumentos.

Tercera.—Reduciremos al mínimum la cifra de las mercancías deterioradas y el desperfecto de las máquinas.

Cuarta.—Intensificaremos la productividad por máquina y por obrero, y evitaremos que las máquinas funcionen inútilmente.

Quinta.—Haremos todos los esfuerzos posibles para que ningún obrero, ingeniero o técnico permanezca lejos del trabajo de la conferencia de producción.

Sexta.—Aplicaremos todas las proposiciones de los obreros encaminadas a disminuir el precio de costo de la producción, tanto aquellas que serán presentadas durante el concurso de emulación de las conferencias de producción como las que vengan como consecuencia.

Séptima.—En el curso de la ejecución del concurso de emulación, nos transmitiremos los resultados para publicarlos regularmente en los periódicos **Tverskaia Pravda, Rabotchi Krai y Rabotchina Moskva.**

"Renovando nuestra promesa de cumplir todas las obligaciones indicadas en el presente contrato, prometemos firmemente que, en cualquier circunstancia, ejecutaremos todas las medidas que son necesarias para la realización de las tareas que nos han trazado el partido y el gobierno.

"¡Invitamos a los obreros de la Unión Soviética entera a que sigan nuestro ejemplo!

"¡Adelante hacia nuevas victorias! ¡Por la línea general del partido! ¡Por la disminución de los gastos de fabricación!".

¿Existe ahí una contradicción?

El obrero de la Rusia soviética lucha por una mejor producción y más barata en las empresas. En España, en la Argentina, en Méjico es el patrón quien se ocupa de eso. Los obreros españoles y americanos luchan, hacen manifestaciones, se declaran en huelga con otras finalidades: por un saalrio más elevado, una jornada de trabajo más reducida, etc. Unen esta lucha a la lucha revolucionaria por el derrocamiento de la dominación de los patrones, en tanto que estos últimos persiguen económicamente los mismos objetivos por los cuales los obreros del Tver, henchidos de una combatividad entusiasta, iban en manifestación el 8 de abril.

Esta contradicción aparente tiene aún otro aspecto. En España, en América Latina, los obreros conscientes no dan su apoyo a la racionalización capitalista; al contrario, la combaten por todos los medios. Saben que por regla general cuanto más la fábrica capitalista trabaja en mejores condiciones y más barato, mayor es la miseria, la opresión de la clase obrera es más intensa; cuanto mayor es el número de obreros despedidos, tanto más explotados y extenuados, una vez que ha terminado su trabajo, son los obreros que quedan en la fábrica. Nada caracteriza mejor las relaciones de los obreros con la producción capitalista que la tristemente conocida anécdota:

El hijo de un obrero minero pregunta a su madre:

—Madre, hace frío. ¿Por qué no enciendes el fuego?

—Porque no tenemos carbón. Tu padre está sin trabajo y no podemos comprarlo.

—¿Y por qué está sin trabajo?

—Porque hay demasiado carbón.

Es natural que los obreros conscientes no se interesen en los países capitalistas por "las necesidades de la economía" a pesar de todos los esfuerzos que hacen con vista a eso los rabadanes sindicales socialdemócratas y los otros traidores y enemigos del proletariado para convencer a éste de lo que, según ellos debería hacer. Por el contrario, con frecuencia en su lucha contra un régimen en que los obreros se ven obligados a tiritar de frío "porque hay demasiado carbón", recurren a actos como el sabotaje, la inundación de los pozos y otras medidas parecidas. . .

Hace algún tiempo ha circulado la noticia de que en la cuenca del Donetz, la región minera más importante de la U. R. S. S., algunos pozos habían sido anegados, las máquinas destruídas y que se habían cometido otros actos de sabotaje. ¿Es que no hay aquí una nueva contradicción? En la Rusia soviética no son los obreros los que perpetraron todo eso, sino los ingenieros burgueses, los antiguos propietarios expropiados por la revolución proletaria, empleados después como especialistas en la cuenca minera, o que, refugiados en el extranjero, intentaban por intermedio de los mercenarios a su sueldo, perturbar la economía proletaria. Fueron justamente los obreros quienes, después de descubrir ese crimen, hicieron condenar a muerte por su tribunal revolucionario de clase, una media docena de saboteadores capitalistas. En Inglaterra, los obreros dejan inundar los pozos; en la Unión Soviética, hacen fusilar a los que proceden de ese modo. ¿No quiere esto decir que todo se halla trastornado? . . .

No. **Es que en los países capitalistas** las relaciones de la producción se hallan invertidas. Los medios de producción, las máquinas y las fábricas pertenecen a aquellos que no trabajan, estos últimos hacen producir para ellos a las grandes masas trabajadoras y gozan del fruto del trabajo de los demás. Los proletarios de la Unión Soviética han hecho desaparecer esa contradicción por su revolución de noviembre de 1917 y pusieron en orden las relaciones de la producción. Los medios de producción, la tierra, pertenecen a las masas que crean las riquezas. En la Unión Soviética (excepto una fracción relativamente mínima de la economía y cuya importancia disminuye cada vez más), no hay beneficio capitalista. Antes de la guerra, los parásitos capitalistas rusos que vivían del trabajo de las masas, sólo en el extranjero, despilfarraban en juergas más de mil millones de francos cada año, y una mayor cantidad aún en su país. Todas esas sumas son empleadas hoy día en interés de los trabajadores. Cada progreso, cada extensión de la economía realza al mismo tiempo la situación material y cultural del proletariado y de los otros trabajadores. No puede concebirse en el Estado proletario que un obrero tenga que tiritar porque hay **demasiado carbón.** Por otra parte, ninguna "crisis de superproducción" es posible. Cuanto más baratos y de mejor calidad son los productos, más los proletarios se benefician en una economía cuyo estimulante no es el beneficio, sino la satisfacción racional de las necesidades presentes y futuras de la población trabajadora.

Los obreros, los trabajadores, producen para sí mismos, en la Unión Soviética libertada. Son los dueños de la producción. El entusiasmo, el espíritu de sacrificio que el proletariado soviético manifiesta para obtener la victoria sobre todas las dificultades de la edificación socialista, los contratos de masa y las otras formas de iniciativa de las masas son otras tantas pruebas de que el proletariado se siente verdaderamente el dueño de su país.

II

EL MAPA REFULGENTE

¿Qué es el plan quinquenal?

Esa tensión formidable de las fuerzas de las masas obreras de la Unión Soviética se halla concentrada en la aplicación de lo que se llama el **plan quinquenal.** Esta expresión que es objeto de numerosos comentarios en toda la prensa mundial es la abreviación de: "Plan de edificación durante cinco años de la economía nacional de la Unión Soviética".

Un plan de la edificación de la economía nacional para varios años es algo completamente inconcebible en los países capitalistas. No hay posibilidad alguna de establecer un plan de ese género en una economía cuyo desarrollo se halla dominado por las fuerzas ciegas del mercado.

¿Cómo se determina, en un país capitalista, la cantidad de los diversos productos que deben ser fabricados? Supongamos que en un país cualquiera hay hoy una gran demanda de productos textiles. Los precios en el mercado textil se ponen a subir, las empresas textiles proporcionan a los capitales invertidos en ellas un dividendo superior al dividendo

medio; un cierto número de ramas industriales que se hallan unidas a la producción textil ascienden también hasta el día en que el mercado se encuentra saturado. Entonces comienza una evolución en sentido inverso. Los depósitos rebosan de mercancías. Estalla una crisis. Toda una serie de pequeñas fábricas que disponen de pequeños capitales quiebran. Luego le toca el turno a una parte de la industria mecánica, sobre todo a la de productos de máquinas de hilar y de tejer; y después las consecuencias alcanzan a otras ramas de la producción. El marasmo se apodera de la construcción que a su vez recae sobre la fabricación de materiales de construcción, etc. Toda la economía se halla estremecida por una violenta crisis. Los obreros, por centenares de miles, conocen el paro forzoso. La producción se concentra en las empresas que disponen de mayores capitales, las cuales acaban por absorber las empresas más débiles. Así cada nueva prosperidad se halla acompañada siempre de una crisis económica mayor. En el sistema de la economía capitalista estas crisis tienen por objeto restablecer, aunque sólo momentáneamente, entre la oferta y la demanda, el equilibrio perturbado a costa de los más grandes sufrimientos para la población trabajadora.

En la Unión Soviética el conjunto del sistema económico constituye, a pesar de la enorme diversidad, un todo influenciado sistemáticamente por el Estado proletario o guiado por él en su desenvolvimiento. Existen, ciertamente, algunas partes de la economía soviética que no están aún socializadas y en las cuales reina todavía el interés privado (sobre todo los millones de economías campesinas), pero la industria socialista del Estado, los transportes, los bancos, el crédito, estatizados en 100 %; las cooperativas, los medios de autoridad proletaria en el poder son otros tantos "puestos de dirección" que permiten controlar sistemáticamente, y en medida creciente, los elementos no socialistas de la economía. Se calculan de antemano las posibilidades y las necesidades más importantes de la economía nacional y se establecen luego sobre la base de esos cálculos los planes económicos. La cuestión de saber qué rama industrial deberá ser desarrollada más o menos rápidamente no se determina según que ésta o aquélla de entre ellas produzca un dividendo mayor o menor, sino siguiendo el interés económico y político del conjunto del proletariado de la U. R. S. S., de las masas de los obreros y de los trabajadores, en particular de los campesinos, e incluso también indirectamente **según el interés de la revolución proletaria mundial.**

Durante los dos últimos años se han formado dos tipos de plan económico general del conjunto de la economía nacional.

Desde hace tiempo se establecían ya por adelantado los planes económicos para cada año. Esos planes eran llamados "cifras de control". Posteriormente se ensayó abrazar y determinar por anticipado el desarrollo económico durante cinco años. Han sido elaborados varios planes quinquenales de ese género, pero el plan quinquenal actual, comprendiendo los años económicos que van de 1927-28 a 1932-33 es el primero que ha sido ratificado por los órganos competentes del Partido Comunista y del poder soviético. Se encuentra en vías de ejecución desde el 1º. de octubre de 1928.

Pero sería un grave error ver en el plan quinquenal un simple plan económico elaborado en las oficinas y ejecutado luego por medios burocráticos. En realidad el plan quinquenal es un **plan de la lucha de clases proletaria** en la Rusia soviética para los cinco próximos años, un

plan para la edificación del socialismo. Más aún: constituye una parte esencial de **la lucha de clases internacional.** Ese plan aparentemente se compone de numerosos cuadros estadísticos y de formidables columnas de cifras. Pero precisa que la clase trabajadora internacional comprenda, como lo ha comprendido ya la clase obrera rusa, que **esas cifras representan el arma más acerada, más eficaz en su lucha de clases.**

¿Qué contiene, pues, ese plan quinquenal que apasiona de tal modo a todas las clases de la U. R. S. S., y a las de los países capitalistas?

El contenido del plan ha sido presentado de una manera grandemente impresionante a los delegados del V Congreso de los Soviets de la Unión Soviética, en la primavera de 1929. Krjijanovski, presidente de la Comisión de la Economía racional de la Unión Soviética, informaba sobre el plan quinquenal. Cerca del pupitre se hallaba extendido verticalmente un gran mapa de la Unión Soviética. Cuando refirió el gran número de nuevas estaciones eléctricas que serían construídas en el curso de los cinco próximos años, y que él indicaba los lugares en donde se edificarían, se iluminaban pequeñas bombillas eléctricas en los lugares correspondientes del mapa. Cuando Krjijanovski habló de la construcción de los altos hornos proyectados, brillaban nuevas lámparas eléctricas, ocurriendo lo mismo al indicar las fábricas de máquinas, minas de carbón, pozos de petróleo, fábricas textiles y de productos químicos que se proyectaba construír o que ya estaban en construcción. Cada vez se encendían más y más bombillas en el mapa. Al evocar nuevamente grandes fábricas de cereales que el Estado iba a crear durante los próximos años, la obscuridad de las estepas y de las regiones desiertas deshabitadas desapareció, trocándose en luz vivísima. Así que la parte del informe concerniente al grandioso programa de construcción se acabó, el mapa era una masa refulgente, una profusión de manchas de luz rosáceas, verdes, blancas, multicolores. La solemnidad de ese instante sólo puede ser comparada a los acontecimientos de 1917. Cuando Krjijanovski, enseñando el mapa iluminado dijo en voz baja, como si no se tratara más que de un detalle secundario: "¡He aquí por qué hemos luchado!", se apoderó de los oyentes un entusiasmo indescriptible. Durante un cuarto de hora resonó la tempestad de aplausos. Los ojos de Krjijanovski se arrasaron de lágrimas. Tuvo que interrumpir su exposición durante un instante. Fué uno de los grandes momentos históricos de la revolución proletaria.

La industrialización de la Unión Soviética

El mapa refulgente era la ilustración de la tarea más importante del plan quinquenal: la industrialización de la Unión Soviética. Sin la creación de una poderosa industria, apoyada en las conquistas más modernas de la técnica, toda transformación del antiguo imperio zarista en una Confederación socialista de obreros libres es imposible. La industrialización rápida y enérgica de la Unión Soviética es asimismo una condición preliminar indispensable para que el país en donde el proletariado se halla en el poder pueda mantenerse en él en medio del mundo capitalista. La industrialización significa que ha sido creada la base técnica para la realización del socialismo, ya que el socialismo es un sistema cuya organización económica se halla en un estadio incomparablemente más elevado que el capitalismo: un sistema en el cual el tra-

bajo humano libertado es mucho más productivo, en el cual la utilización de la fuerza humana misma puede dar un rendimiento mucho mayor que en el sistema anárquico de la economía capitalista. El socialismo significa la supresión del antagonismo entre la ciudad y el campo, una agricultura movida por la fuerza mecánica; significa la sustitución de las pequeñas explotaciones campesinas dispersas y trabajadas con el arado, por grandes fábricas de cereales transformadas completamente mediante el empleo de las máquinas. Para realizar eso es necesaria una industria poderosa sobrepasando grandemente a la "maravillosa Norteamérica". Precisa ante todo que se desarrollen rápidamente las ramas industriales en que la Unión Soviética depende aún mucho del capitalismo extranjero: **la industria productiva de los medios de producción.**

Veamos de cerca algunos hechos y algunas cifras a fin de tener una idea de la manera cómo el plan quinquenal hace progresar la industrialización. En las decenas de años que han transcurrido desde la aparición del capitalismo ruso hasta el año económico de 1927-28 (1), la industria que se había desarrollado en Rusia podía realizar una producción de 18.300 millones de rublos durante el año económico mencionado. Cinco años más tarde, esto es, durante el año económico 1932-1933 esta producción anual de la industria se elevará ya a 43.200 millones. Si se tiene en cuenta que lo que ha sido ya realizado del plan ha sobrepasado las previsiones, y que, por consiguiente, el plan quinquenal será llevado a cabo no en cinco años, sino en cuatro o en menos tiempo aún, podemos constatar que cada año la edificación socialista equivale para la industria a decenas de años del desarrollo capitalista. El cuadro I (1ª.) muestra de una manera clara las etapas principales del desarrollo de la industria después del primer año del período de antes de la guerra. En ese cuadro vemos cómo la guerra capitalista y la guerra civil habían hecho recular la industria (2), pero constatamos también que en el año económico que ha precedido al plan quinquenal, esto es, 1927-1928, el proceso de restauración, en general, había ya terminado. El conjunto de la producción, ese año, se calculaba en un 20 % por encima de la del período de antes de la guerra. Ahora bien, en 1932-1933, la producción será ya el **triple de la de antes de la guerra.** De aquí al año 1932-1933 ciertas ramas de la industria decuplicarán (como la turba), otras quintuplicarán (el zinc), otras se multiplicarán por sesenta (los superfosfatos). La industria de máquinas agrícolas, tan importante para la socialización de la agricultura, según el plan, va a septuplicar su producción de antes de la guerra, y quizás llegue a decuplicarla.

El salario real de los obreros industriales fué también seriamente disminuído como consecuencia de la guerra y de la guerra civil. En 1922-1923, no era más que 54,2 %, es decir, la mitad del de la época

---

(1)—En los diez años primeros de la Revolución hubo que cicatrizar las heridas, reparar las devastaciones de la guerra y de la guerra civil y restaurar del todo la industria completamente arruinada. En el año económico 1927-1928, la industria no se halla más que a un nivel algo superior al del período de antes de la guerra.

(1ª.)—Véase la conclusión de este ensayo en el próximo número de "Amauta".

(2)—El año económico mencionado de 1922-1923 no fué con todo el peor. En 1920-1921 la producción fué aún inferior.

de paz. En 1927-1928 se consiguió ya llevarlo a 122,5 %. Los obreros de la Rusia soviética ganan, pues, desde hace dos años, cerca de un cuarto más que antes de la guerra. El plan quinquenal va a elevar el salario real a 208,9 %, esto es, **a más del doble del de antes de la guerra.**

¿Es realizable ese programa? Esa es la cuestión principal, pues el programa más hermoso carece de valor y no prueba nada si queda sobre el papel. La prensa socialdemócrata y una parte de la prensa burguesa han intentado presentar el plan quinquenal como una utopía, como el producto escandaloso de una propaganda demagógica. Pero este alegato se les ha ahogado en la garganta así que se terminó el primer año de aplicación del plan quinquenal y fué fácil darse cuenta de las perspectivas para el segundo.

El plan quinquenal se halla dividido en cinco programas anuales. El primer año, esto es, el año económico 1928-1929, ha transcurrido. Contémplese en el cuadro II (véase el apéndice) cómo se llevó a cabo la intensificación de la producción prevista por el plan. De ese cuadro se desprende que el programa de industrialización para ese año no sólo ha sido generalmente realizado, sino superado en algo.

Si el desarrollo durante el primer año prueba que el plan quinquenal es perfectamente realizable, el segundo año, que comenzó en octubre de 1929, lo evidencia con más firmeza aún.

Las perspectivas del plan quinquenal desde el primer año, han aumentado de un modo tal el entusiasmo y la iniciativa creadora de las masas obreras de la U. R. S. S., que las previsiones del plan para el segundo año han sido consideradas como totalmente insuficientes. Las "cifras de control" (el plan anual) para 1929-1930 presentan ya un desarrollo muy distinto del que calculaba el plan quinquenal, rectificado hace solamente unos meses. Si damos una ojeada al cuadro comparativo, constatamos un avance no menos insignificante, pero formidable, de la realidad con relación al plan. En algunas ramas de la industria importantes como la construcción de tractores, la diferencia representa más del doble.

Esas posibilidades han incitado a la clase trabajadora a determinarse un nuevo objetivo: **"¡El plan quinquenal en cuatro años!"** Tal es la contestación a las mofas de los calumniadores burgueses y socialdemócratas y al escepticismo de ciertos camaradas pusilánines que consideraban como exagerado el programa de industrialización.

III

DEL ARADO AL TRACTOR

La socialización de la agricultura

Si el estado atrasado de la industria es un obstáculo considerable que se interpone en el camino hacia el socialismo, lo es con mayor motivo la técnica y la economía de la agricultura de la Unión Soviética, técnica y economía heredadas del zarismo y que son aún más primitivas que las de la industria. 27 millones de explotaciones campesinas particulares proporcionan la mayor parte de la producción agrícola, millones y millones de esas explotaciones individuales se encuentran sin bestias de carga y con instrumentos de labor completamente primitivos, remontando a la antigüedad. La revolución les dió la tierra, pero no pudo proporcionarles inmediatamente los medios de producción necesarios. Esto podía solamente llevarlo a cabo la edificación socialista.

La producción agrícola dispersada en pequeñas explotaciones individuales es, pues, un gran obstáculo para el aprovisionamiento de las ciudades en víveres y en materias primas. El reparto del suelo entre los campesinos pobres que aspiraban solamente a apoderarse de la tierra fué una medida práctica provisional de la revolución con objeto de asegurar al proletariado la alianza de los campesinos. Pero los bolcheviques tuvieron siempre perfecta conciencia de que una vez que los campesinos, bajo la dirección del Estado proletario, hubiesen sido libertados del yugo de los grandes terratenientes y del Estado burgués feudal, ellos mismos se convencerían de las ventajas de la gran explotación agrícola en común.

Naturalmente, esto no podía ser obtenido simplemente por la educación o por la agitación. La palabra mágica que hace que los campesinos concentren en las grandes economías colectivas sus economías individuales es la **máquina** agrícola, y particularmente el **tractor.** Pero se evidencia que también la máquina —no se parece en la Unión Soviética a la de Alemania y a la de los Estados Unidos— no se encuentra por encima de las clases. En los países capitalistas contribuye a reforzar las relaciones **capitalistas** en la agricultura. Solamente el propietario agrícola o el campesino rico puede pagar máquinas las cuales le hacen aún más rico, ya que gracias a ellas podrá explotar y robar con mayor intensidad a los campesinos más pobres que él.

En la Unión Soviética el proletariado en el poder hace que las máquinas agrícolas no caigan en manos de los grandes propietarios sino, ante todo, en las de los campesinos pobres o medianos. Es evidente que un campesino pobre o mediano, él solamente, no puede hacer nada de una máquina. Precisa que se cree una comunidad junto con otros campesinos, precisa que cree economías colectivas a fin de que las máquinas puedan ser utilizadas de una manera racional. Es así cómo la política de aprovisionamiento en máquinas de la Unión Soviética favorece ya, sin contar otras medidas, la socialización del campo.

Entre otras cosas, el socialismo significa también la supresión de la diferencia entre la ciudad y el campo. Significa que la agricultura tanto como la industria trabaja por medio de grandes empresas pertenecientes a la sociedad por completo y movidas por medio de máquinas.

Si en la industria de la Unión Soviética, el 80 % del conjunto de la producción se halla ya socializado (1) y que ese grado de socialización será llevado, de aquí al fin del plan quinquenal, al 92 %, en la producción agrícola sólo el 2 % ha sido obtenido en las grandes empresas socializadas.

Si hacemos abstracción de la parte de los productos agrícolas que no son consumidos en el campo mismo, sino que son vendidos para cubrir las necesidades de la industria y de la población urbana, etc., la parte suministrada por la agricultura socializada es un poco más elevada, pero muy poco. Claro está que los bienes del Estado y las economías colectivas pueden vender sus productos en cantidad relativamente superior que el campesino mediano, que frecuentemente no produce aún suficiente para el consumo de su familia.

El plan quinquenal va a provocar aquí un cambio serio. En cin-

(1)—En la industria pesada, más de 92 %.

co años, una cuarta parte del total de las economías campesinas va a crear, en las grandes regiones deshabitadas hasta ahora, explotaciones soviéticas gigantescas, "fábricas de cereales". Mientras que en el año económico 1927-1928 los bienes soviéticos y las explotaciones colectivas disponían de una superficie cultivada de 2.3 millones de hectáreas, según el plan quinquenal, dispondrán en el año 1932-1933 de una superficie cultivada de 27 millones de hectáreas. El plan quinquenal, en lo que concierne a la agricultura, es ya superado desde el segundo año (1929-1930). Desde 1929-1930 será posible entregar el 50% de la totalidad de la cosecha de cereales por medio de economías soviéticas y colectivas, en vez del 43% previsto primeramente sólo para 1932-1933. A causa de eso se podrá, con la ayuda de la "contratación" (contratos de compra de cereales en el Estado obrero y los campesinos pequeños y medianos), llenar casi la totalidad de las necesidades de cereales sin estar obligado a pasar por las economías de los "kulaks".

Ahora bien, si la mitad de los cereales llegados al mercado son entregados no por los campesinos, propietarios privados individuales, sino por las economías colectivas organizadas y las grandes empresas soviéticas en relación estrecha con el Estado proletario y sus instituciones económicas, puede considerarse cómo la potencia del "kulak", uno de los enemigos interiores más peligrosos del proletariado en el poder, será destruída en proporción considerable.

El "kulak", esto es, el campesino rico, no es numéricamente muy fuerte. De los 27 millones de explotaciones campesinas, no hay más que alrededor de un millón que sean economías ricas, de los "kulaks". Pero su potencia económica es mucho mayor que su fuerza numérica. Cuanto más pobre es un campesino, tanto más su economía es pequeña, y menos granos puede vender, y al revés. El campesino rico puede vender una parte mucho mayor de sus productos y tiene en sus manos, lo que es muy importante, la posibilidad del aprovisionamiento de pan. El campesino rico, como elemento capitalista que es, naturalmente, no es tratado en la Unión Soviética con deferencia y consideración. Se le impone más que a los otros, no tiene derecho a votar; no obtiene ningún crédito del Estado, etc. Por otra parte, la socialización intensificada y el apartamiento acelerado de los elementos capitalistas de la economía amenazan la existencia del "kulak". Es natural que él oponga la resistencia y que busque sabotear deliberadamente, por todos los medios, la economía soviética. Entre las causas de las dificultades más recientes concernientes a los cereales, ha desempeñado un gran papel, muy lejos de ser insignificante, el sabotage deliberado de la venta por el "kulak". Gracias a la socialización creciente de la agricultura, a la importancia progresiva de las grandes empresas agrícolas colectivizadas en la producción **para el mercado,** el aprovisionamiento de la población urbana y de la economía proletaria en productos agrícolas necesarios es cada vez más independiente de los "kulaks".

El progreso formidable de la colectivización de la agricultura se halla acompañado de una potente industrialización y de la mecanización de la agricultura. Lenin, aguardaba del suministro de 100,000 tractores a la agricultura la solución para la U. R. S. S., de los problemas más importantes de la agricultura. Ahora bien, el plan quinquenal, así que haya sido terminado, habrá dado 300.000 tractores, millones de otras máquinas agrícolas, una electrificación muy adelantada en

el campo, toda una red de fábricas para la transformación de los productos agrícolas—todo lo cual va a modificar completamente el aspecto de la campiña soviética y sus relaciones con la ciudad. Centenares de miles de obreros industriales así como otros tantos conductores de tractores y técnicos de máquinas aportarán a los pueblos el modo de pensar del proletariado y la cultura socialista. Reforzarán la alianza entre el proletariado y los campesinos estrechando sus relaciones y haciendo progresar su economía, al mismo tiempo que influenciarán el campo en el sentido de la colectivización.

(Concluirá en el próximo número)

LOS QUE TENIAMOS DOCE AÑOS, por Ernesto Glaeser.

(Continuación)

EL MISTERIO DESCUBIERTO

A la mañana siguiente, me negué a levantarme. Katinka llamó tres veces a la puerta de mi alcoba, pero no contesté. No quería ir a la escuela, por miedo a encontrarme con Ferd. Además, nos tocaba dar una lección de matemáticas, y aunque la había estudiado, por más que me esforzaba en concentrarme, no recordaba absolutamente nada. Todo se me había borrado de la memoria.

Después de llamarme por tercera vez, la criada fué a la puerta de la habitación donde dormían mis padres y les informó del caso. En previsión de los acontecimientos, me tumbé de espalda, me puse rígido y contuve la respiración. En semejante maniobra era yo experto, pues me había acontecido ya muchas veces esquivar, haciéndome el enfermo, situaciones desagradables. No tardé en ponerme pálido y en sentir la frente perlada de sudor. El aliento, brutalmente contenido, aceleraba el ritmo del corazón, cuyas palpitaciones irregulares y violentas me hacían subir la temperatura. Conseguido esto, revolví toda la ropa de la cama haciendo que la mitad del colchón encarnado quedase al descubierto, apelotoné la colcha, hice una bola de la almohada; en fin, lo arreglé todo de modo que mi madre creyese que había pasado una noche muy intranquilo. Cuando entró, me hice el dormido y esperé a que me cogiese de la mano para fingir que me despertaba sobresaltado. Reuní mis últimas fuerzas para contener la respiración y conjurar otras cuantas gotas de sudor sobre la frente; al ponerme la mano sobre ella, mi madre se convenció de que estaba realmente enfermo. Le conté la fábula de que había pasado toda la noche delirando y con terribles pesadillas, viendo por todas partes fantasmas rojos. Luego me colocó el termómetro en la axila y se fue un momento a la cocina a prepararme una infusión de hierbabuena. Aproveché su ausencia para sacar el termómetro y hacerlo subir a fuerza de echarle el aliento y frotarlo. Al llegar a 37,8 lo dejé. Unas veces me quejaba de dolores en el pecho, otras en el cuello o en el vientre,

según mejor me parecía. Aquella mañana, los dolores eran de cabeza y de pecho. Mi madre dedujo de todos estos síntomas que tenía un resfriado febril. Y yo me esforzaba en completar el cuadro de la enfermedad tosiendo y carraspeando a discreción. Hacia las diez, tenía los bronquios tan irritados que ya tosía sin proponérmelo. Mi madre me envolvió en una sábana húmeda, me dió a tomar una taza de té y me dijo que tenía que sudar. No tardé en sentirme bañado de sudor, y hacia mediodía era tal mi debilidad, que mi padre pudo, con perfecta tranquilidad de conciencia, poner una tarjeta, que Katinka llevó a casa del doctor Brosius, disculpando mi falta de asistencia a las clases por padecer un fuerte resfriado.

Ya había conseguido lo que quería. ¡Ahora, quieto!

Al poco rato, estaba materialmente limpio de fiebre y la tos había cesado. Mi madre atribuía el éxito a su rápida intervención. La pobre creía haber ahogado la enfermedad en germen. Pude pedir de comer lo que se me antojase, cosa que me llenaba de entusiasmo. Un filete de ternera con salsa y puré de patatas. El apetito con que devoré todo lo que me pusieron acabó de convencer a mi madre de mi completa curación. Hubo veces de fingir una "enfermedad" de éstas sólo para poder comer de aquellos platos que tanto me gustaban. Por conseguirlo, me prestaba de buen grado a sudar un par de horas. Me parecía que los padres no eran verdaderamente buenos con sus niños más que cuando estaban enfermos. ¡Cuántas veces simulé yo estarlo tan sólo para que mi madre me acariciase!

Sin embargo, aquel día sentí la necesidad de quedarme solo. Hay muchos niños que sólo pueden aislarse cuando están enfermos, pues mientras gozan de salud tienen que hacer lo que les mandan los mayores. Pasé la tarde en la cama. Mi madre me había ordenado reposo. Las hojas grasas del nogal rozaban la ventana, en cuyos visillos de muselina se embotaban los rayos del sol. Reflexioné lo que tenía que hacer para lograr el propósito que me atosigaba. El plan a base de Hilde había fracasado; eso de enamorarse no servía de nada. ¿Renunciaría a descubrir el misterio? De buena gana lo habría hecho y me hubiera vuelto con Ferd a la finca, donde tan bien se vivía entre las gallinas, los caballos y las vacas y junto al Comandante. Si hubiera hecho caso de Ferd y no hubiera faltado al juramento, Hilde no me habría infligido la tremenda humillación de anoche. Claro que yo me consolaba pensando que era una tonta y que, como la mayor parte de las chicas, se daba aires de saber qué sé yo cuántas cosas, y luego, a la hora de demostrarlo, resultaba que no sabía nada... Pero me había llamado fanfarrón y había dicho que yo no era hombre. No había duda; tenía que vengarme. Y la única venganza posible era averiguar el misterio antes que ella, adelantarme a la llegada del primo...

Además, parecíame una cobardía abandonar sin más ni más todos mis esfuerzos por descubrir el misterio, sólo porque hubiese fracasado en la primera tentativa. Todavía no hacía muchos días que en la clase de latín, para castigarme una falta de atención, me habían hecho escribir cincuenta veces aquello de "Fortes fortuna adjuvat". ¡El mundo es de los audaces! ¿Y qué era el "mundo" sino el misterio?

Mi táctica, hasta aquí, había sido falsa, pero eso no quitaba fuerza ni atracción al deseo. Además era cuestión de honor vengarse de Hilde.

* *

Hacia las seis, se presentó mi padre en el cuarto y se sentó al borde de mi cama. Se puso a contarme, entusiasmado, sus impresiones del baile de disfraces de la noche anterior. Lo mejor, para su gusto, había sido los cuadros animados—los oficiales de Schill, la bendición de los voluntarios, Bluecher vadeando el Rin en Caub, la colina del Káiser en la batalla de Leipzig—; luego, todo el mundo se había puesto a bailar hasta las cuatro de la mañana. Había gustado mucho D., un chico joven, disfrazado de Zar de Rusia, bailando una polonesa con la reina Luisa, la hija de un fabricante de queso, llamado Bloch.

Este D. de quien hablaba mi padre, era el calmuco; al menos, así le llamaba todo el mundo, por sus pómulos salientes y el color amarillento sucio de su cara. Su padre, un hombre fuerte, rubio y de un carácter muy violento, era carnicero. Su madre era prusiana, de la Prusia oriental, y allí la había conocido, siendo dependiente de una carnicera, Herr D., que se casó en seguida con ella, codicioso de sus dineros. Era muy fea y hablaba poco. Tuvo ocho niños, todos seguidos, en muy poco tiempo, y al último parto se quedó baldada. El calmuco había heredado la cara de la madre y el genio del padre. Se complacía en martirizar animales, sobre todo gatos a los que ataba, por parejas, de las patas de atrás, y luego los escaldaba con agua caliente. En la escuela—estudiaba segundo año—tenía pocos amigos, porque rehuía toda disputa con los de su edad y sólo pegaba, cuando nadie le veía, a los más pequeños. Yo no acertaba a explicarme que hubiese chicos, a quienes siempre estaba zurrando, que no se separaban de él. Iban siempre a bañarse juntos a parajes retirados, a sitios rodeados de praderas frondosas, donde los juncos del río eran muy espesos. Allí no había día que no les pegase, sobre todo cuando estaban en cueros, y les obligaba a hacerle no sé qué cosa muy excitante. Quise que el hijo del párroco S., que fué quien me contó todo, me dijese de qué se trataba; pero no lo conseguí, pues había jurado no descubrirlo a nadie. Me dijo que había formado una sociedad, pero que si yo prometía guardar secreto podía venir un día, pues el calmuco se alegraba de que fuesen chicos nuevos y que eran dieciocho de todos los cursos. Hacía tiempo que le había preguntado a Ferd si iríamos, y Ferd consultó el caso con su padre, que nos lo prohibió. A pesar de ello, estas reuniones secretas de los muchachos con el calmuco me tentaban con no sé qué secreto encanto, que aumentaba al observar que cada vez eran más los chicos que se le unían. Pero un día, me enteré de que a algunos les sacaba el dinero a fuerza de amenazas, pues su padre, el carnicero, no le daba una perra para sus gastos, y desde entonces no quise más tratos con él.

Ahora, al contarme mi padre el baile, me acordé de todo esto. Y tomé la resolución de ponerme bueno para el día siguiente y hablar sin pérdida de tiempo con el calmuco, pues no sé por qué me daba el corazón que él tenía que saber algo de lo que ansiaba averiguar. Le había visto muchas noches acompañando a las mozas polacas, al volver de la finca de Ferd. Generalmente, estaban sentados en un montón de arena oculto del camino por algún matorral espeso, y ellas chillaban con su acento extranjero cuando el calmuco las derribaba en tierra y las ataba con las cuerdas de agavillar. Al llegar aquí, yo escapaba corriendo.

Por la tarde del día siguiente, mi madre, que estaba muy contenta de verme tan pronto restablecido, me mandó, a instancia mía, a buscar embutido a casa del carnicero. El calmuco estaba detrás del mostrador de mármol y tenía ceñido un mandil manchado de sangre. Aunque todavía no le permitía su padre ayudar a sacrificar las reses, sentía una rara predilección por estos mandiles ensangrentados. Estaba cortando en rajas embutido de carne y yo le pedí media libra, a pesar de que mi madre me lo había encargado de hígado. Me cortó un pedazo, y tuve un escalofrío cuando vi pasar el cuchillo tocándole casi las puntas de los dedos.

—Oye—le dije en voz baja, cuando estaba pesándome el salchichón—, quiero preguntarte una cosa.

Me miró de reojo. Me puse muy colorado. El lo notó, me hizo una señal y me envolvió el embutido.

Estaba entre dos terneras sacrificadas, colgadas de un gancho por los tendones de las patas traseras. Tenían la pelleja roja con pintas blancas y veteada de hilillos cuajados de sangre, y las cabezas serradas. El carnicero, detrás del mostrador, golpeaba con un hacha pequeña un montón de huesos y carne sangrante. De vez en cuando, saltaba un pingajillo, que iba a pegarse con ligero ruido contra la pared. El calmuco se lavó las manos y vino a donde yo estaba. Debajo del mandil traía unos pantalones de color pardo y las botas todas salpicadas de sangre. Yo estaba parado debajo de una de las terneras, con el paquete del embutido debajo del brazo. El calmuco me dijo:

—Dentro de cinco minutos cerraremos. Esperame junto al monumento.

—Muy bien—le dije—. No dejes de venir. Es una cosa muy importante y no quiero que se entere nadie.

El calmuco, al oir esto, se río, y tanto se le distendió la boca amarrillenta que la cara se le puso húmeda.

—Ya sé lo que quieres. S., el pequeño, me ha contado lo que le preguntaste el otro día.

—No, no es eso. Quiero preguntarte otra cosa.

—Bueno, pues espérame allí.

Salí a la calle, y fuí a situarme junto al monumento de la guerra. Allí estaba otra vez, perplejo, sin saber qué hacer, pues por lo visto el calmuco creía que iba a pedirle permiso para bañarme con ellos.

A los cinco minutos, se presentó el hijo del carnicero, que todavía no se había despojado del mandil. Me llevó detrás del monumento, donde había una fila de árboles que ocultaban la vista de la calle. Una vez allí, me cogió por el pescuezo—el olor a sangre de su mandil se me metía por las narices—, me obligó a sentarme en un banco y sentí que me clavaba las uñas en la carne.

—Pensé—me dijo—que no querías separarte del chico del Comandante, pero puesto que te decides a venir conmigo, ya verás cuántas cosas te enseño.

—No—le contesté—, no quiero ir con vosotros a bañarme.

Tenía la cara arrimada a la mía, tocándola casi, y me costaba gran trabajo esquivar su aliento. Me atrajo hacia sí, clavándome las manos en los brazos, y ya comenzaba a tentarme, cuando le dije al oído, venciendo la repugnancia que me causaba el olor del mandil.

—Me gustaría que me dejases mirar una vez cuando juegas en la arena con las mozas polacas.

El calmuco se echó a reír y me soltó.

—¿Jugar llamas tú a eso? Lo que hago es...

Y dijo una palabra fea.

—Lo que sea—añadí—. Quiero que me dejes ver cómo es.

—¿Quieres hacerlo tú mismo? Yo me encargaré de...

—No—le interrumpí; lo que yo quiero es ver...

—¡Sí que es un capricho raro! Pero allá tú...—dijo el calmuco. Se apoyó, dándose importancia, contra el respaldo del banco, y después de una pausa oí que decía:

—Te cuesta dos marcos.

Aquello me espantó.

—Y además, tienes que darme algo a mí; no creo que voy a dejarte mirar gratis. Los dos marcos son para ella; yo me conformo con uno.

—No tengo dinero—le dije, en tono lamentatorio—, ni creía que había que pagar por eso.

—¿Crees que lo hacen de balde? Ganan muy poco para poder ser honradas.

—Pero, cuando lo haces tú, ¿también tienes que pagar?

—Dos marcos, y es muy barato, pues en la capital cuesta cinco.

—¿Es para eso para lo que les sacas el dinero a los chicos?

—Para eso y para otras cosas—y se levantó muy calmoso—. De modo que ¿en qué quedamos? ¿Tienes dinero o no?

—No, hoy no—balbuceé.

—Bueno—concluyó—, pues si lo tienes antes del viernes, nos veremos en la escuela, y por la noche puedes venir a donde yo te diga y mirar.

Y se volvió, envuelto siempre en su mandil, a casa de su padre, donde encima de la puerta se leía, en brillantes letras doradas: "Carnicería eléctrica. Especialidad en pies de cerdo".

Cogí mi paquete de embutido y corrí con velocidad redoblada hacia mi casa. Estaba muy triste. ¿De dónde iba a sacar los tres marcos? Hubiera tenido que estar seis meses ahorrando del dinero que me daban los domingos. Los caudales de la hucha—una manzana verde de barro—se habían consumido en regalos de Navidad. Tres marcos! El secreto es caro, y el vengarme de Hilde no está al alcance de mi fortuna. Hasta entonces, nadie me había dicho que para averiguar la verdad hiciese falta dinero.

* *

Al entregarle el embutido a mi madre y decirle—una mentira—que el de hígado se había terminado, observé que guardaba la vuelta en un cajón de la mesa de la cocina y que no lo cerraba con llave. Entre las monedas de cobre y de níquel, vi brillar una hermosa pieza de tres marcos. Luego nos sentamos a cenar. La pieza de tres marcos no se me borraba de la imaginación, y cuando mi madre miraba para mí, me arrebolaba de verguenza.

Después de comer, dije que me sentía cansado. A mi padre le pareció muy natural, habiendo pasado el día anterior enfermo. Me fuí a la cama y estuve dos horas sin conciliar el sueño. Hasta que oí a mis padres hablar en su alcoba y a él mullir el edredón. Un cuarto de hora más tarde, los oí respirar, dormidos. Mi padre roncaba.

Me tiré de la cama, abrí sigilosamente la puerta y volví a cerrarla muy despacito para que no hiciese ruido. Y salí al pasillo en camisa de noche. Había luna, y las ramas del nogal proyectaban unas sombras inquietas sobre la ventana. Me deslicé a lo largo de la pared. Tardaría lo menos diez minutos en llegar desde mi cuarto a la cocina. En el comedor tropecé con el reloj, y ya me dí por perdido. Pero al ruido no acudió nadie. En el patio maullaban unos gatos. La puertal de la cocina estaba abierta. Y una ventana también. Había corriente, y el viento me inflaba la camisa. En el centro estaba la mesa, pálida bajo los rayos de la luna. Cuando me vi delante de ella, me sentí fuerte. No tuve ninguna dificultad para abrir el cajón, y cogí la pieza de tres marcos, que seguía allí, entre el dinero menudo. Al cogerla, sonaron dos moneditas de diez céntimos. Me volví corriendo al cuarto, como una exhalación; la mano en que empuñaba el dinero me sudaba. Escondí la moneda en la cartera de los libros, entre las hojas del compendio de Historia alemana.

Luego, me dormí.

A la mañana siguiente, en la escuela, le hice una señal al calmuco. Cuando le enseñé el dinero, me guiñó el ojo y me dijo:

—El viernes, hacia las seis, detrás del álamo. ¡No te olvides!

Era el mismo álamo que tanto le gustaba a Hilde.

* *

El viernes por la tarde fuí a pasar un rato con Ferd, a la finca. Allí me encontré con León y con Augusto, que trabajaba en la mantequería. A Ferd le habían comprado un traje de montar con los pantalones remontados de cuero. Como León tenía fiebre, no salimos, a pesar de las ganas que tenía Ferd de dar un paseo a caballo. El Comandante estaba sentado en su despacho con el Dr. Hoffmann. Discutían acaloradamente. Una vez, llegó a mis oídos la palabra "guerra". No me interesaba lo más mínimo. A las cinco me despedí, pretextando que teníamos visita en casa. Ferd me acompañó hasta la puerta. Ya fuera, me dijo:

—León va a morirse en seguida. Ayer volvió a tener un vómito de sangre.

Le di la mano. Con la otra, apretaba en el bolsillo la moneda.

—¿Por qué lloras?—me preguntó.

—Porque me da pena del pobre León—le contesté, mintiendo.

La verdad era que me acometieron unos celos terribles. Celos de León, de Ferd, de la próxima muerte de León, que le unía todavía más a él, de su traje de montar, de su potrillo, de su padre...

Ferd me echó cariñosamente el brazo al cuello, me acompañó un trecho por el camino y me secó las lágrimas con el pañuelo.

—No seas tonto—me dijo—. ¿Crees que no sé por lo que lloras? No te guardo rencor porque hayas faltado al juramento. Tú eres mucho más curioso que yo, y por eso tienes que llorar más...

—¡Ferd!—exclamé—. ¡Te lo contaré todo!

Pero él meneó negativamente la cabeza.

—Con eso no se remedia nada. Además, lo mismo seguiremos siendo amigos.

—¡Ferd!—volví a exclamar, emocionado.

Hubiera querido acariciarle la mano, pero no me atrevía a soltar la moneda.

Y frotaba el frío metal entre los dedos, mientras sus palabras—"lo mismo seguiremos siendo amigos"—me cantaban en los oídos como un dulce ritornello.

—¿Tienes dinero allí?—Le pregunté.

—Sí—me contestó—¿Quieres que te preste?

—No, que me cambies.

—¿Cuánto?

—Una pieza de tres marcos

Sacó del bolsillo una bolsita de cuero azul y me contó en la mano tres monedas de a marco. Yo le entregé la mía. Me parecía que ahora yo no podía considerarme ladrón. Luego, nos separamos.

Seguía por el camino de la villa hasta que Ferd se perdió de vista, y cuando ya no se le divisaba, corrí para ganar el rodeo. Cuando llegué junto al álamo, ya me esperaba el calmuco, con su eterno traje de paño pardo.

—¿Traes el dinero?

Hice sonar los tres marcos en el bolsillo.

—¡Venga!

Di un paso atrás.

—¡Ca, hombre! ¿Quieres que te lo dé antes de habar visto nada?

—¡Déjate de tonterías! ¡Venga el dinero!

Y me cogió del brazo, oprimiéndole.

—¿Dónde está la muchacha? ¡Antes quiero ver a la muchacha!

Me llevó junto a un matorral de zarzas, apartó un poco las ramas, y abajo, sentada en la arena, en una especie de cueva oscura, vi a una de las mozas polacas, muy gorda, que vestía una blusa azul de percal llena de flores.

—¡Ahí la tienes!—me dijo el calmuco, con voz silbante—. Esa es...

—Pero ¿sabe ella que yo miro?

—No, no tiene para qué saberlo. Tú te sientas aquí, sin moverte ni hacer ruido, hasta que terminemos.

—¿Cuánto timpo dura?

—Unos tres minutos.

—¿Cómo?—exclamé, asombrado—. ¿Tres minutos duraba nada más todo el misterio...?

—¡Vamos, venga el dinero, de una vez!

E hizo ademán de echarme mano al bolsillo

Yo me defendí desesperadamente.

Luchamos. El calmuco no podía desplegar todas sus fuerzas por causa del matorral. Le dí dos puñetazos tremendos en la cara.

—¿Por qué no quieres darme el dinero?—me preguntó, ya en tono conciliatorio.

—Primero tengo que ver—le contesté, jadeante—, y luego te lo doy.

—No puede ser.

Y echó el cuerpo atrás y puso una cara muy solemne. Por entre el matorral donde estaba agazapado, entre espinas y maleza, veía a la polaca, que tenía botas de caña alta y se hurgaba la naríz, abu-

rrida. En la otra mano tenía una flor de aquilea. Se la prendió en el pecho. Luego, sacó de la faltriquera un peine roto y comenzó a peinarse, cantando.

—¿En qué quedamos, me das el dinero o no?

—¡Sí—le dije—. ¿Y lo hace como todas las grandes?

—Naturalmente—me contestó, riéndose, burlón—; todas lo hacen lo mismo.

—¿Y es el misterio de verdad?

—Puedes probar tú mismo si quieres.

—¡No, no! ¡Hacerlo, no! Yo no quiero más que ver.

—El calmuco soltó una carcajada.

—Pero ¿es de veras que todavía no lo sabes?

Le hice seña de que no con la cabeza. Entonces se me acercó confidencialmente, y me dijo:

—¡Vamos, ya me lo explico! Quieres enterarte para luego, hacerlo con tu novia, ¿verdad?

—Sí—le contesté, mintiendo!

—Está bien. Si me prometes que vendrás un día a bañarte con nosotros, te dejaré verlo con todo detalle.

Le prometí que iría. El calmuco se levantó.

—Pero tienes que darme antes el dinero.

Le alargué dos marcos. Después de contemplarlos de cerca, me dijo:

—¿Y el mío?

—Ese te lo daré después.

—¿No te fías de mí?

—Sí—le repuse—; pero quiero ver si es el misterio de verdad...

—¡El misterio!—exclamó reventando de risa—. ¡Qué cosas más raras dices!

Yo me había acomodado entre las ramas, sin moverme.

—Muy bien; si no crees que soy capaz de hacerlo, me darás el marco después.

—Te lo daré si es el misterio de verdad—le contesté.

—Puedes estar seguro—repuso, largándose.

Cuando llegó el calmuco, la polaca, que estaba agazapada en la arena, comenzó a desabrocharse la blusa. Luego se tendió de espaldas y el calmuco se sentó junto a ella. Le dió los dos marcos, que la polaca guardó en una bolsa de punto. El se quitó la chaqueta. Todo esto, en silencio. Yo lo veía todo por entre las ramas. De pronto, la muchacha empezó a reírse, cogió al calmuco y lo derribó encima de sí, abriendo las piernas. El le agarró la cabeza con las dos manos y se la apretó contra el suelo. Empezó a moverse encima de la muchacha, y donde antes estaba la ropa, ahora sólo se veía carnes desnudas. La polaca chillaba. El calmuco seguía encima de ella, y los dos tenían las caras rojas, inyectadas de sangre.

Yo, acurrucado en el matorral, pensaba: ¿Cuándo vendrá el misterio? ¿También el calmuco me habría engañado?

Lo que veía no me excitaba ni movía siquiera a curiosidad pues me parecía sencillamente una lucha aburrida entre una mujer y un hombre.

Resolví no darle el marco.

En este momento, oigo un grito desgarrado, como si un pájaro herido cayese a tierra. Era la polaca, que tenía al calmuco sujeto en-

tre las piernas desnudas y la agarraba del pelo; sus brazos trémulos describían nerviosas curvas en la arena. Su cuerpo se estremecía extrañamente, gritaba de un modo horrible y desamparado, y de pronto me pareció que su cara, transfigurada, era muy hermosa. Yo veía todo lo que hacía el calmuco... Sus pantalones se la habían hecho un ovillo, a los pies... No había duda, todo estaba al descubierto. ¿De modo que era... allí...y con aquello...?

Y volvió a sonar el grito, esta vez desolado, aterrador. El calmuco la tenía cogida por debajo de los brazos y oprimía la carne desvanecida y clamante. Su cuerpos medio desnudos se revolvían en el suelo, unidos, pero pugnando en su unión, como si quisieran estrangularse. Se odiaban, se flagelaban el uno al otro. Gritaban. No había duda: ¡¡querían matarse!!

Y sin poder contenerme más tiempo, aterrorizado, grité yo también, pidiendo auxilio... Mi grito tenía el mismo acento desgarrado que el de la polaca luchando con el calmuco... Veía el misterio y clamaba auxilio... Tenía la sensación de que había visto cometer un asesinato...

Vi que de la arena se alzaban dos cuerpos. La moza, toda turbada, no acertaba a cubrir sus desnudeces, y el calmuco, puesto en pie, con los pantalones apelotonados sobre los tobillos, enseñaba sus órganos genitales colgando. Volví a gritar: ¡¡Socorro!!, y escapé corriendo de mi escondite. Al alzarme se sacudieron las ramas y cayó al suelo un nido de pajarillos. Estaba en medio del campo. El camino se deslizaba serpenteando en pardas ondulaciones. Seguía corriendo, sin detenerme.

¡El misterio!, gritaba una voz dentro de mí. ¡El misterio! ¡La está matando!

Y corría, corría a pedir socorro para la polaca estrangulada. Su grito desgarrador seguía atravesándome los oídos.

—¡El misterio es un asesinato!—me decía la voz interior—. Se odian cuando lo hacen...

Corría como si fuese a salvar al mundo entero del misterio feroz. Corría hacia la finca. Quería ver a Ferd.

A León, a Augusto, al Comandante, al potro...

¡Están estrangulándose!, quería gritarles y pedirles que acudiesen en su socorro...

Y en mis oídos volvía a resonar el grito, largo y lastimero.

Ya se divisaba a lo lejos la finca, cuando noté que llevaba en el bolsillo el marco del calmuco, arrollado en el pañuelo. Me agazapé junto a un campo verde de centeno, reflexioné, y comprendí que el calmuco podía perderme. Si iba corriendo a buscar a mi padre y le contaba todo lo sucedido, y mi padre me cogía y me encontraba la moneda, ¿de dónde iba a decirle que la había sacado? Todo se me descubriría: el robo y los motivos por que había robado. Y además, el calmuco podía decir que yo le había sobornado para que hiciese aquello y que en realidad el culpable era yo, que tenía el dinero. Y que la muchacha había pedido socorro por mi causa, puesto que los dos marcos eran míos.

Y mi padre creería de seguro lo que le contase el calmuco, a quien había visto en el baile de disfraces vestido de Zar.

Me volví y le vi corriendo a toda velocidad hacia la villa. La silueta de la polaca se destacaba, ancha, sobre el cielo, camino de la

finca donde trabajaba. A la luz declinante de la tarde, parecía mayor de lo que era.

* *

Sí; tenía que sacarle ventaja al calmuco, llegar a casa antes que él. Ponerme a la puerta y evitar a todo trance que entrase. Y si no podía impedirlo, le daría el marco, de una vez, para que no dijese nada. Nadie tenía que saber que yo conocía el misterio. Y también yo quería olvidarlo, escupir el recuerdo de lo que había visto, pues me parecía haber presenciado un gran crimen. Estaba firmemente convencido de que me matarían, si el calmuco me denunciaba como el causante, pues no había duda de que toda la culpa la tenía yo. Y encima, el robo...

El calmuco me llevaba lo menos un kilómetro de delantera. No corría mucho, pero parecía casi imposible darle alcance antes de llegar a nuestra casa. Si me salía del camino, que iba haciendo eses, y corría a campo traviesa por las tierras y luego por los prados, volviendo a cogerlo donde empezaban las huertas, quizá lograse alcanzarlo a tiempo todavía. Emprendí a correr como loco. Sobre los campos se tendían los primeros vapores del atardecer, y las hojas y los tallos empezaban a cubrirse de rocío. De los setos veía el arrullo suave de los pájaros dormidos, y una bandada de golondrinas cruzó volando silenciosamente sobre la charca, sobre la que se elevaban columnas como de humo de mosquitos y moscas de un día. Los sembrados de patatas estaban florecidos. Una ancha vega de maíz, con los tallos de la altura de un hombre y las mazorcas rematadas en mechones de cebollas blancas y carnosos que parecían colas de caballo, me ocultaba el horizonte. Había perdido de vista a mi enemigo. Troché por entre las cañas de maíz, atontado por un olor dulzón y verdoso; las hojas cortantes me azotaban con fuerza la cara, y los troncos crujían y me daban en la cabeza. Caí, me hice daño en las manos, me desorienté, y debatiéndome en la selva de maíz perdí todo lo que había ganado. Cuando, por fin logré verme libre de aquella maleza, el calmuco había desaparecido. Me sangraban las mejillas. Seguí corriendo, pues me daba miedo pararme.

* *

—Estoy perdido—me decía—. He visto el misterio, y me meterán preso. Mi padre me echará de casa; las personas mayores me apuntarán por la calle, cuando me vean; me cargarán de cadenas, pues he tocado desvergonzadamente algo que todos quieren que permanezca oculto.

Anduve vagando por las calles, muerto de cansancio, antes de decidirme a entrar en casa. Ya había renunciado a perseguir al calmuco. Seguramente que a estas horas estaría ya hablando con mi padre. ¿Qué haría? ¿Volver al campo y esconderme? ¿Suicidarme? Para esto estaba demasiado cansado.

Aunque sabía lo que esperaba allí, me decidí a volver a casa. Peor que aquellos terribles momentos últimos detrás del matorral, no podía ser. Por todas partes divisaba grupos de gente apostados en la calle que hablaban muy acaloradamente, con las caras inyectadas y

agitando nerviosamente las manos. De vez en cuando, una mirada rabiosa, cargada de odio, se cruzaba con la mía.

—¡Ah!—me dije—, ya lo saben. El calmuco se lo ha contado a todos.

Bajé la cabeza, avengonzado, y salí corriendo. Si alguien me pegaba, por lo menos, que fuese mi padre.

Cuando cruzaba a todo correr la plaza del mercado, me fijé en la carnicería, y vi al calmuco con su mandil blanco detrás del mostrador cortando embutido. Delante de la casa, en la escalera de arenisca roja, apercibí al carnicero en medio de un nutrido grupo. Todos chillaban en algarabía, y más que nadie el carnicero. Me arrimé a un árbol. Y reuniendo mis últimas fuerzas, pensé: El calmuco se lo ha contado todo, ¡y quién sabe si no habrá mentido diciendo que fuí yo quien lo hice! A mi padre no se ha atrevido a decírselo, porque es un cobarde. Pensaría que harto temprano llegaría a sus oídos, sabiéndolo todo el mundo. No ha tenido tiempo de ir a mi casa. Mi padre no le hubiera dejado marchar, de seguro, hasta que yo llegase....

Por todas partes, los mismos grupos apelotonados y la misma confusión de voces. Vecinos que llevaban años y más años odiándose, se decidían a romper la hostilidad y a cambiar las primeras palabras. Parecía como si todo el mundo se creye en peligro porque yo hubiese descubierto el misterio.

Había una salvación, y era correr a casa, echarse a los pies de mi padre y contárselo todo. Mi padre era una persona respetada y nadie se atrevería a ponerme la mano encima, si él me perdonaba. Sí; me echaría a sus pies, y le diría:

—Papá, perdóneme... Yo sólo quería saber lo que era... Perdóneme, pues me he equivocado. No sabía que para hacerlo los hombres casi mataban...

Y si bajaba un poco la mano hacia mi, le juraría olvidar todo lo que había visto; ser otra vez, curado de mi curiosidad, el mismo que era antes, sencillo, dulce y obediente, y no hacerme jamás mayor. Sí; no hacerme jamás mayor: estaba dispuesto a sufrir de buen grado esta pena, con tal de conseguir que me perdonase.

Y la esperanza empezó a encenderse y a extenderse en mi pecho como el fuego en la paja seca. Crucé corriendo la plaza hacia la calle donde vivíamos, y por todas partes encontraba racimos de gente hablando con indignación de mi crimen. ¡De prisa!, gritó dentro de mí una voz. ¡De prisa, antes de que sea tarde!... Y corría como si fuese a salvar el alma. Entré corriendo en el portal, subí las escaleras percipitadamente, y me ví en el pasillo, espantosamente solitario, alumbrado sólo por una lámpara mortecina que sostenía un buho disecado. Detrás de la puerta de su despacho oí la voz de mi padre, que hablaba con alguien por teléfono. No podía distinguir lo que decía, pues gritaba confusamente. He llegado tarde, pensé, desolado; le están dando la noticia por teléfono... Junto al paragüero caí rendido de fatiga, y me puse a esperar lo inevitable. Oí que colgaba el auricular con un golpe seco. Un rumor de voces se alza detrás de la puerta, y ésta se abre, y en el vano aparace mi padre, con el cuello arrugado, el bigote revuelto, los faldones de la levita sublevados... Toda su cara era un solo grito acusador.

—¡Padre!—exclamé suplicante, acurrucándome a sus pies—. ¡Padre!...—y me llevé las manos a la nuca.

—Me mata, no hay duda, me mata...—pensaba para mis adentros—, y sin saber por qué, me puse a rezar maquinalmente: Padre nuestro, que estás en los cielos...

Siento que me pone la mano encima, que me levanta en vilo; mis huesos desmadejados se resisten a sostenerse en pié; ya no era más que un burujo miserable de vestidos, la sombra de un muerto, cuando oigo la voz bramante de mi padre, que ahuyentaba el aire a su paso, al tiempo que su mano me zarandeaba, fuera de sí:

—¡¡¡Han asesinado al príncipe heredero de Austria!!!...

Colgado de su mano, balbuceé:

—¿A quién han asesinado?

—¡Al príncipe heredero de Austria! Hoy, a eso de la una de la tarde. En Sarajevo...

—¡Gracias a Dios!—exclamé, respirando profundamente y sintiendo que la sangre vivificadora me volvía a las venas a borbotones.

Pero mi padre ya no me oía. Bajaba por las escaleras, dando traspiés, a decírselo a mi madre, que estaba sentada en el jardín leyendo un tomo de poesías de Hugo de Hofmannsthal.

Entré en la cocina y me lavé las manos con jabón de fregar.

—Sarajevo—repetía, alborozado—. ¡Qué me importa a mí Sarajevo!...

LA VIDA HEROICA DE ROSA LUXEMBURGO, por Nydia Lamarque.

(Conclusión)

En 1913 publicó su obra máxima **La acumulación del Capital** (Contribución a la explicación económica del imperialismo), que tuvo justificada resonancia; y ella explicaba su estado de ánimo después de aquel trabajo, diciendo en una de sus cartas: "Tengo una verdadera sed de literatura clásica: es evidentemente una reacción después de tanta economía política que he debido tragar. El sábado fuí a ver **Don Juan**, por un artista de Estocolmo, que representaba el papel principal. El extranjero, dentro de sus vestiduras, mostraba unas piernas soberbias, pero todo lo restante era una decepción (como en la mayor parte de los Don Juanes, ¿no es cierto?") (38) Alusión esta última muy suya, de fina malicia.

En julio de 1914, en el Bureau Socialista Internacional, estuvo por última vez al lado de Kautsky, cuando con él y Axelrod lucharon por la unidad del partido ruso, contra los bolchevikis y los polacos cuyo jefe era Radek. Pero ya los acontecimientos iban a precipitarse. Los días fatales se acercaban. Cuatro años más de prisiones y de sufrimientos, y tras la lucha final, la Rosa Roja iba a caer brutalmente deshojada.

(38)—R. L.: Op. cit., pág 193.

III

La declaración de la guerra de 1914 fué la prueba más grave para el socialismo europeo, y de esa prueba salió vencido. Todos marcharon a las filas y sancionaron con el silencio la decisión de sus respectivos gobiernos. Sólo quedaron en pie, en medio de la huída general, algunas pocas grandes figuras que más tarde o más temprano habían de pagar caros su valor y su consecuencia. En Francia, Jaurés, dejando desde el principio la mancha roja de su sangre como una protesta y como un símbolo. En Alemania, Rosa Luxemburgo y el diputado Carlos Liebknecht.

El 3 de agosto el partido socialista realizó en Berlín una sesión para determinar la actitud del grupo parlamentario en la votación de los créditos de guerra. Y el espectáculo fué inaudito. Liebknecht y otros trece eran desde luego contrarios; noventa y seis eran favorables. Y entonces se habló de disciplina, de sometimiento a la mayoría, de la necesidad de una acción conjunta, sin duda para abandonar mejor al proletariado. Liebknecht creyó acaso que aquello no era más que un paso diplomático, para que el socialismo se levantara luego más fuerte e impidiera en todos los países la marcha de las tropas. Lo cierto es que violentándose, con repugnancia, contra sus más íntimas convicciones, votó los créditos.

Pero Rosa Luxemburgo no se sentaba en ningún Parlamento. Rosa Luxemburgo era libre.

Al comenzar la movilización, estaba en cama, enferma, gravemente, del corazón, su vieja dolencia. Nada pudo detenerla. Se levantó, arriesgando la vida como siempre, corrió a los centros socialistas, habló, acusó, hizo lo indecible por evitar la media vuelta que ya se había resuelto. Todo inútil. La prensa socialista rechazó sistemáticamente todos sus artículos; estaba sola y entonces decidió proceder sola. Aquella mujer se multiplicó para trabajar de la manera más extraordinaria. Su voz resonaba clamando contra la guerra, a despecho de la conjuración del silencio, y el Gobierno Imperial decidió hacer callar aquella voz. Una antigua sentencia del Tribunal de Francfort, que por un decreto de amnistía había caducado legalmente ya, sirvió de pretexto para sepultarla en la cárcel de Barnimstrasse. Era necesario purgar el crimen de no querer que los hombres se asesinaran. Pero ni aun así había de callar; desde la cárcel seguía escribiendo cartas inflamadas, folletos revolucionarios. Era la conciencia viva del proletariado, lo único que había subsistido. Aquella voz no había de extinguirse más que con la muerte.

Mientras tanto Liebknecht había tenido ocasión de rehabilitarse; el 2 de diciembre, al tratarse otra partida de créditos de guerra, y rompiendo con todo, votó en contra, fundando su voto con palabras que apenas pudo pronunciar entre amenazas de muerte. El Reichstag entero se le vino encima. En enero de 1915 fué movilizado, y como se negara a tomar el fusil, se le destinó a una compañía de obreros para cavar trincheras y colocar alambre de púa. El hacía propaganda antimilitarista entre los soldados. Y entonces empiezan a circular de mano en mano, por todas las ciudades del Imperio, misteriosas cartas que llevaban la firma del esclavo rebelde que venció a dos cónsules: Espartaco. Era la obra de Rosa, de Mehring, que dentro de su cuerpo de setenta años llevaba un alma inaccesible al egoísmo; de Clara Zetkin, de Carlos Liebknecht. Mehring, que junto

con Rosa publicaba en Dusseldorf el periódico **La Internacional,** tiró el último número poco después del encarcelamiento de ella.

Así transcurrió todo el año de 1915; Rosa no debía ya verse libre más que después de la Revolución; los intervalos entre uno y otro encarcelamiento fueron tan escasos y tan breves, que no pueden contarse. Escribía a Luisa Kautsky, en diciembre de 1915: "El año próximo, si por casualidad no estoy a la sombra, y si por casualidad el mundo está en pie todavía..." y después: "¡Feliz año nuevo! ¡A despecho de todo! **¡Gaudeamus igitur!"** (39) Y en enero de 1916, siempre desde la prisión de Barnimstrasse, siempre con su alada ironía: "Me preguntas si hago proyectos de reposo en climas más dulces. "Preguntádselo a mi caballo", respondía el jinete de ocasión cuando le preguntaban: "¿Dónde vais a semejante galope?" Olvidas que diversos señores se interesan por mí; por ejemplo el Procurador General de Dusseldorf, el de aquí, el camarada Von Kessel, (éste era el general Von Kessel, comandante en jefe de las Marcas), etc. Si pueden ellos pasarse sin mí en las Marcas y cuáles son en general sus intenciones a mi respecto, sería necesario descubrirlo primero. Yo no puedo, en consecuencia, faltar a la delicadeza hasta el punto de hacer "proyectos" pasando por encima de ellos". (40) Entretanto escribía las cartas de Espartaco, un folleto revolucionario: **Junius,** artículos incitando a la revolución, que eran devorados en todas partes a pesar de la vigilancia, y al mismo tiempo trabajaba en una concienzuda traducción de Korolenko, que había comenzado como medio de distraer los forzados ocios de la prisión.

En los últimos meses de 1915, la crisis económica empezó a hacerse sentir en Alemania, y ayudados por ella pueden intensificar su propaganda los espartaquistas y los socialistas independientes que se habían separado de los mayoritarios al verlos en un tren de franca reacción. El grupo Espartaco había sido fundado a mediados de 1915 por Rosa, Liebknecht, Mehring y Clara Zetkin. En 1916, Liebknecht, que había vuelto a intervenir en sesiones tumultuosas del Reichstag, durante las cuales gritara amargas verdades, decidió organizar una manifestación para el primero de mayo. Sabía que lo esperaba la cárcel o acaso algo peor, pero al frente no podía volver y entonces era mejor que el tribunal militar lo juzgara por un acto colectivo que por una simple actitud individual. La propaganda se hizo profusa y sigilosamente, pero no dió resultado. Los triunfos militares cegaban todavía al pueblo; el hambre no era aún bastante fuerte. Sin embargo se consiguen reunir unos dos mil manifestantes, ante los cuales Liebknecht pronuncia un discurso en demanda de pan para el obrero, que termina con un "¡Muera el Gobierno! ¡Abajo la Guerra!", coreado por la multitud. Se cantó la Internacional, lo que no se hacía en Berlín de julio de 1914. Como estaba previsto, tomaron a Liebknecht y fué condenado en primera instancia a dos y en segunda instancia a cuatro años de trabajos forzados y diez años de pérdida de los derechos civiles. Su nombre fué borrado de la matrícula de abogados y entregado a la execración pública. Se le condujo a la prisión de Luckau, en Brandeburgo, donde su familia podía verlo solo cada tres meses.

---

(39)—R. L.: Op. cit. págs. 202 y 203.
(40)— " " " " pág. 206.

Todos los guías están ya "a la sombra", como decía Rosa. Pero el grupo Espartaco sigue su labor cada vez más tenaz y más vasta, ayudado en parte por los socialistas independientes. "La historia de la revolución alemana, dice René Brunet, es la historia de una revolución hecha por un grupo político, y de la cual otro grupo se ha asegurado todo el provecho". El grupo Espartaco y los Independientes hicieron la revolución, de la que iba a surgir la República que los devoraría. Luchan con deficultades inmensas; las terribles amenazas anónimas que el Gobierno Imperial hace circular, han sembrado el espanto entre las masas obreras. La huelga de protesta por la condena de Liebknecht no ha durado más de 24 horas y ha sido difícil. Hacia diciembre de 1919, una angustia sorda y opresora pesa sobre toda Alemania. En el fondo de la celda tétrica y helada donde languidece, Rosa siente que su espíritu se ensombrece por momentos. Aquella voluntad estocia deja escapar por fin una queja: "En tal disposición — escirbe — esperaba, naturalmente, con impaciencia nostálgica una carta cordial y cálida; pero, por desgracia, mis amigos esperan siempre que la impulsión, la señal, partan de mí". (41) Había sido encerrada en la fortaleza de Wronke, y su aislamiento se hacía cada día más riguroso.

En abril de 1917, las malas nuevas del campo de batalla aumentan el descontento producido por las últimas medidas restrictivas de la alimentación. Los soldados licenciados del frente contaban historias espantosas acerca de la carnicería en las batallas del Somme y de Verdún; entonces estalla en Berlín la gran huelga de 1917, en la que participan 200.000 obreros, y por primera vez el Gobierno Imperial cede ante el proletariado amenazante. Por lo demás, comprendiendo que la tormenta está próxima, el Kaiser habla ya otro lenguaje; el canciller Bentham-Hollweg, habla en mayo de 1917 de "realizar un programa de colaboración confiada, entre el Emperador y la Nación". (42)

En julio del mismo año, Michaelis declara "que va a emprender el establecimiento de un contacto estrecho entre el Gobierno y el Parlamento, la creación de un vínculo de confianza entre el gobierno del Reich y el Reichstag, en el sentido de que los cargos directivos serán confiados a hombres que al lado de la capacidad profesional, gocen de la plena confianza de los grandes partidos de la representación popular". (43) Pero no eran más que palabras, y ya no era posible hacer nada a base de palabras.

Entretanto la agitación revolucionaria crecía más y más. Desde la cárcel de Breslau, adonde había sido trasladada, Rosa está al tanto de todo y todo lo dirige. Al firmarse el tratado de Brest-Litovsk, con el que Rusia, ya en manos de la revolución triunfante, pone fin a su participación en la guerra, ella dirige un manifiesto a los obreros incitándolos a la huelga general como protesta por la actitud del general alemán Hoffman durante la negociación del tratado. Acción, siempre acción ordenaba ella al proletariado mostrándole la ruta. Y es en esos momentos decisivos, cuando recibe la noticia de que un amigo muy querido, acaba de caer en el frente. Aquello le produce al pron-

---

(41)—R. L.: Op. cit., pág. 217 y sig.

(42)—RENE BRUNET: **La Constitución Alemande de II aout 1919** París, 1921, pág. 27.

(43)—RENE BRUNET: Op. cit. pág. 27.

to el efecto de un mazazo en la cabeza. Durante algunos queda atontada, helada y muda, cayendo sin cesar en quién sabe qué abismos. Pero después recuerda que su vida no es para ella lo principal, que no se pertenece, que la revolución social está en marcha y ella está empeñada en esa tarea; y entonces por un esfuerzo sobrehumano se vence una vez más, vuelve a erguirse como antes, y corre como siempre en socorro de los más débiles. Escribe a Luisa Kautsky: ¡"Querida, ten alta la cabeza. Es necesario permanecer orgullosas y no dejar ver nada. Debemos solamente apretarnos un poco más para tener más calor". (44).

Al comenzar el año de 1918, la miseria era espantosa en Alemania; las gentes morían de hambre en las calles; no es de extrañar que al decretarse el 23 de enero la huelga general en Viena, ésta se llevara a cabo también en Alemania. El movimiento de carácter marcadamente revolucionario, comprendió más de un millón de obreros y duró una semana. En todas las fábricas se constituyeron consejos y comités de organización. Los consejos reunidos eligieron un Comité de Acción, compuesto de diez miembros, mitad independientes y mitad social-demócratas. Pero estos últimos habían ido a la huelga obligados, bajo pena de caer en el peor descrédito, puesto que ya de socialistas no tenían más que el nombre. El Comité de acción redacta un pliego de condiciones conteniendo siete cláusulas, de las cuales la primera era la celebración inmediata de la paz, y la última la adopción del sufragio universal. El Gobierno Imperial ordenó la clausura de los locales sociales, y entonces los obreros se lanzaron a la calle. Hubo verdaderos combates entre ellos y la policía; el diputado independiente Dittmann fué detenido mientras hablaba en una reunión y condenado a cinco años de presidio sin hacer caso de sus privilegios parlamentarios. Al fin la huelga quedó vencida y los castigos fueron terribles: trabajos forzados, más de cuarenta mil obreros movilizados, deportaciones sin cuento. Ludendorff hubiera querido aún más. Sin embargo los revolucionarios se sentían victoriosos; los "Espartacos" estaban en todas partes invisibles y eficaces. Y Rosa Luxemburgo era a la vez el alma y el cerebro de la oculta organización. Pero la larga clausura destruía su salud, minaba su organismo, arruninaba sus bien templados nervios. Escribía en julio de 1918, siempre desde la cárcel de Breslau: "Esta psicología se desarrolla a pesar nuestro cuando se está largo tiempo en prisión; se sufren de tiempo en tiempo obsesiones, se despierta uno bruscamente en medio de la paz sepulcral que reina en la casa enrejada, con la firme convicción que sobre tal o cual de los seres queridos ha caído una desgracia. La mayor parte de las veces uno se apercibe rápidamente de que todo es imaginación, delirio; a veces... no..." (45) Pero la hora de la libertad se acercaba y también la de la muerte.

La ofensiva de la primavera del 18, hizo creer al emperador y al gobierno que podrían sostenerse. Pero aquello era sólo un último estertor y bien pronto la situación se reagravó. El 22 de octubre se realiza una manifestación grandiosa, que después de reunirse frente al Reichstag, recorre la Avenida Unter den Linden hasta la Charlottenstrasse. Allí las fuerzas de policía disolvieron a los ocho mil ma-

(44).—R. L.: Op. cit., pág. 241.
(45)—R. L.: Op. cit., pág. 264.

nifestantes, pero al día siguiente el gobierno decretaba la libertad de Liebknecht, que fué recibido en la estación de Auhalter por una manifestación entusiasta, delante de la cual repetió de nuevo su grito sedicioso: "¡Abajo el gobierno!" Algunos días después las dos leyes 28 de octubre de 1918, trataban de detener lo inevitable, parlamentarizando el gobierno, disminuyendo las atribuciones del emperador y el Bundesrat, y extendiendo la competencia del Reichstag. Todo en vano: el viejo edificio se desploma, se derrumba.

Durante todo el fin de octubre las revueltas se habían sucedido en la marina imperial. La revolución estalla finalmente el 4 de noviembre en Kiel; los marineros se apoderan de los barcos y constituyen un Consejo de Soldados que presentan al gobernador de la ciudad un pliego de reivindicaciones. El 5 se decreta en Berlín el estado de sitio y las fuerzas militares se aprestan a la defensa. El 6 la huelga general es proclamada a la vez en Kiel, Hamburgo y Lubeck. En todas partes se constituyen Consejos de Obreros y Soldados. Hannover, Colonia, Magdeburgo, Brunswick, Leipzig, Dresde; la revolución corre como una roja cinta de fuego. En Munich el movimiento toma por primera vez carácter político: la familia real es expulsada y se proclama la república. Y todo esto y en todas partes sin que se dispare un solo tiro. La burguesía mira impávida: ni aprueba ni rechaza. El día 7 queda prohibida en Berlín por un decreto la formación de consejos de obreros y soldados sobre el modelo ruso. Pero entonces aparecen los social demócratas; ya que los espartaquistas y los independientes han hecho la revolución, no está demás que ellos la aprovechen. Ebert y Scheidemann se presentan ante el canciller Max de Bade con un ultimatum que exige entre otros punto la abrogación de la medida y la abdicación del emperador con la renuncia del krompriz al trono. Pero Max de Bade quiere parlamentar, habla de convocar una Constituyente. Entonces el Consejo de Obreros y Soldados de Berlín, (espartaquistas e independientes) se muestra a la luz del día y decreta la huelga general el 9 de noviembre. El mismo día a las dos de la tarde el canciller anuncia la abdicación de Guillermo II y la renuncia del heredero. Pero anuncia también que él continúa siendo canciller hasta que se nombre un regente y se convoque la Constitnyente que habrá de decidir la futura suerte del imperio. A la tarde de ese día, Ebert y Scheidemann explican a Max de Bade que es necsario que el primero sea canciller si se quiere evitar el derramamiento de sangre; y como las tropas se niegan a tirar sobre el pueblo, y Ebert asegura que gobernaría de acuerdo a la constitución, el gabinete caduco pone en sus manos el poder "bajo reserva de la aprobación legislativa". Ebert se hubiera contentado con ese resultado, puesto que no tuvo reparo en firmar despachos: Ebert, Canciller del Imperio. Pero bajo los balcones del Reichstag se aprieta la muchedumbre de los socialistas, aun de los social-demócratas, que pide a gritos la república. Y bajo la presión de las masas, la República Alemana es solemnemente proclamada el 9 de noviembre de 1918.

La revolución triunfante abrió las puertas de la prisión donde yacía Rosa Luxemburgo, junto con las de todos los demás presos políticos. Y apenas se sintió libre, Rosa Luxemburgo voló a tomar su puesto en las filas de la Revolución.

* *

IV

Al salir de la cárcel, el único que le esperaba era Leo Jogiches, el fiel amigo que jamás regresó silenciosamente a Berlín. Aquello debió serle un descanso. Odiaba la popularidad ruidosa, las aclamaciones, todo lo que tuviera el más mínimo rastro de teatralidad. Y en el mismo momento tomó la dirección de **Die Rote Fahne,** órgano espartaquista. Había que recomenzar la lucha. La revolución política estaba hecha, pero ¿era aquello lo que el socialismo había prometido a las masas proletarias para la hora de la victoria? La república fundada estaba lejos de ser una república socialista; no era más que una república capitalista y en ella la opresión y la explotación continuarían ¿hasta cuándo? Liebknecht y Rosa no admiten esta hipótesis; de hoy más sus nombres estarán unidos para siempre; juntos se han lanzado al combate y juntos morirán.

Al constituirse el gobierno, los independientes apoyados por los obreros, impusieron para acceder a formar parte de él dos condiciones: primero, el gabinete no estaría compuesto más que de socialistas; segundo, se reconocería formalmente que la soberanía política residía en los consejos de obreros y soldados. Estas condiciones frustraban las intenciones de Ebert, que se había propuesto nombrar al funesto Scheidemann y a Landberg secretarios de estado, conservando en lo demás el viejo gabinete. Pero se vió obligado a ceder ante la imposición de los independientes, constituyéndose entonces un gobierno compuesto de seis miembros: Ebert, Scheidemann, y Landberg (social-demócratas) y Haase, Dittmann y Barth (independientes). La tarde de es mismo día, runida en el Circo Bush la Asamblea Plenaria de los consejos de obreros y soldados de Berlín, aprueba una proclama por la cual se reafirma la república; nombra un Comité Ejecutivo (Vollzugsrat) compuesto de 24 miembros (seis social-demócratas, seis independientes y doce soldados) y aclama como miembros del gobierno provisorio a los 6 hombres del primer gobierno constituído. Organizado el nuevo gabinete toma el nombre de Consejo de Comisarios del Pueblo. Bien pronto la lucha se entabla entre este Consejo y el Comité Ejecutivo de los consejos de obreros y soldados; y Ebert y los suyos deciden desembarazarse de ellos. Con trabajos ocultos consiguen ralizar el 25 de noviembre una reunión de representantes de los gobiernos revolucionarios (representantes que responden totalmnte a lo social-demócratas) y que toma el nombre de Conferencia de los Estados Federados Alemanes presidida por Ebert. Esta conferencia resuelve: 1º, la convocación de una asamblea nacional y 2º, que los consejos de obreros y soldados son la representación de la voluntad popular, pero nada más que hasta la reunión de la asamblea. Del 16 al 20 de diciembre sesiona en Berlín el Congreso General de los Consejos d Obreros y Soldados, "que procuró —dice René Brunet—a los social-demócratas, la ocasión que buscaban de desembarazarse del Comité Ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados de Berlín y por lo tanto asestar un golpe decisivo al sistema de los consejos.

"Los social-demócratas disponían en este congreso de una aplas-

tante superioridad y los delegados, disciplinados y poco familiarizados con los debates parlamentarios, ejecutaron puntualmente las consignas que les fueran dadas por los oradores oficiales". (46) El 19 de diciembre el Congreso anula el sistema de consejos, se declara investido del poder político hasta la reunión de la Asamblea Nacional, y delega el poder legislativo y el ejecutivo en el Consejo de Comisarios del Pueblo. Nombra además un Comité Central de 27 miembros que ejerce sobre el gabinete un control parlamentario, y que tiene el derecho de nombrar y revocar los comisarios del pueblo. Se le quita al Comité Ejecutivo del Consejo de Obreros y Soldados de Berlín toda competencia; rehusan los socialistas independientes, dada la minoría obtenida, formar parte del Comité Central, y la victoria de los mayoritarios es desde ese momento un hecho indiscutible y con él la traición de esos oportunistas al socialismo y al proletariado.

Durante el tiempo en que estos acontecimientos transcurrían, los espartaquistas, que se habían separado totalmente de los independientes al verlos compartir el gobierno con los social-demócratas, no descansaron. Todos los días meetings en las calles, agitación revolucionaria, arengas a las masas obreras. Rosa y Liebknecht no tenían un segundo de reposo. Los dos eran rigurosamente vigilados por la policía. Se les negaba la sal y el agua; una amenaza constante se cernía sobre sus cabezas. Rosa vivía en Sudende, a 40 minutos de tren de Berlín, exponiendo su vida diariamente para llegar hasta la redacción de **Die Rote Fahne;** en la misma ciudad no había encontrado un solo hotel que quisiera recibirla. La arrojaban de todas partes, ante ella no veía más que puertas cerradas. Enferma, agobiada, deshecha, hambrienta, continuaba siendo el alma irreductible de la revolución. Y a su influjo los espartaquistas electrizados corrían a sus puestos, la agitación crecía.

El 23 de diciembre la División de Marina se acantonaba en el Palacio Imperial; exigían el pago de sus sueldos y además el cumplimiento de un pliego de condiciones para entregar las llaves del palacio. Entonces los tres miembros social-demócratas, a los que ya no les faltaba más que este paso para caer de lleno en la reacción, se reunen por su cuenta, excluyendo a los independientes y ordenan el ataque con ametralladoras. Así transcurrió la nochebuena. Fué en vano que Barth, increpara a Ebert; cuando se ordenó cesar el fuego aquello había sido una verdadera carnicería.

El 29 de diciembre los independientes se separaron del gobierno y la reacción ya no se disfrazó. Noske entró a formar parte del gobierno; Hindemburg mandaba tropas para defender a Ebert, los generales y oficiales del ejército imperial fraternizaban con los nuevos gobernantes. Patrullas armadas recorrían las calles de Berlín fusilando a los revoltosos.

Y en este ambiente de guerra se realizó en los últimos días de diciembre, el Congreso de fundación del partido Comunista Alemán. Fué la última vez que Rosa subió a la tribuna; ya no era más que la sombra de sí misma, pero en sus ojos brillaba siempre el fuego magnífico de su alma. Y ante todos y contra todos, sostuvo, la necesidad de ir a la Constituyente; ella no se dejaba seducir por el miraje ruso, como Liebknecht, inteligencia más débil y por lo tanto más fácilmente inflamable; ella quería pisar terreno firme. La revolución

(46)—RENE BRUNET: Op. cit., pág. 41.

rusa merecía toda su admiración, había que defenderla como ya dijo en su crítica que escribió en la cárcel; pero no había que tomarla servilmente de modelo; en Alemania las circunstancias eran distintas. Y todos la escucharon con entusiasmo, la ovacionaron, pero no la siguieron.

El 3 de enero, el prefecto de policía Eichhorn, uno de los pocos que gozaban de la confianza de la clase obrera, fué destituído; pero él se hizo fuerte en la Prefectura, negándose a entrgarla y aquella fué la señal del movimiento. Los espartaquistas se lanzaron a la calle y el combate se trabó, sangriento. Enormes tanques, granadas de mano, ametralladoras, todos los recursos fueron utilizados de una y otra parte. Ese mismo día Liebknecht arenga a la multitud desde el balcón del Ministerio del Interior y a la tarde los espartaquistas asaltan la redacción del **Vorwarts** y deciden publicar el **Vorwarts Rojo**. El gobierno se echa en brazos de los monárquicos: allí el general Hoffmann, allí el general Maerker, a las órdenes de Noske. Y las batallas se sucedieron diariamente; no hubo cuartel para los espartaquistas. Tenían en su contra todo el ejército, Noske iba de regimiento en regimiento, el estado de sitio más riguroso fué decretado.

Rosa había tenido que abandonar su casa avisada del peligro que corría y se refugió de noche en casa de unos amigos; pero eso era sólo para tener dónde cerrar los ojos un momento: de día, las reuniones, las discusiones, la redacción del diario, no la dejaban un minuto. El 5 se reunió el Comité Central del partido y se discutieron los propósitos a seguir; el único objeto que cabía ya era impedir que la revolución diera marcha atrás, que tantos sacrificios fueran estériles. Ese mismo día los espartaquistas asaltan los grandes diarios, el **Berliner Tageblatt** y **Vossische Zeitung.** También se apoderan del departamente de víveres y se dan combates alrededor del Reichstag. Pero en los días sucesivos ocurre lo de siempre, comienzan las deserciones de los aliados: primero la División de Marina, luego la Policía de Seguridad, se pasan a Noske. Por las calles se reparten papeles incitando al asesinato de Liebknecht y de Rosa; la prensa burguesa y el **Vorwarts** los cubren de injurias y piden sus cabezas; un solo grito se oye por todas partes: ¡Muera Espartaco! ¡Carlos y Rosa a la linterna! Ellos en tanto iban de casa en casa pero sin abandonar jamás el puesto de combate. El 12 todo ha terminado; y el 13 sale por última vez vez **Die Rote Fahne** y en ella el postrer artículo de Rosa Luxemburgo. Era un amargo desafío; recordaba la frase de Sebastiani a la Cámara Francesa en 1831, "el orden reina en Varsovia". El orden reina en París en 1871, "el orden reina en Berlín, así suenan los comunicados de las guardianes del orden cada medio siglo". Y terminaba: "El orden reina en Berlín. Gritad cuanto queráis, pobres lisiados de espíritu. ¡Vuestro orden está construído sobre arena. La revolución volverá a alzarse mañana sobre vuestras frentes heladas por el miedo, y de nuevo oiréis su voz inextinguible: He sido, soy, y seré!". (47) Al pie la firma, Rosa Luxemburgo.

Los tomaron el 16 a ella y a Liebknecht en la última casa en que habían conseguido refugiarse, y se les condujo al Hotel Edén, cuartel general de la División de Caballería de la Guardia. Allí se encontraba toda la oficialidad monárquica al servicio del gobierno; los primeros Von Hoffman y Von Petri. Se les interrogó, pero por fór-

(47)—ALVAREZ DEL VAYO: Op. cit, pgs. 184 y sig.

multa; su sentencia ya estaba pronunciada y tomadas las medidas del caso. Se dió orden que ambos fueran transportados a la cárcel de Moabit. En todo el mundo se repitió entonces que Rosa había sido linchada por la muchedumbre que rodeaba el Hotel Edén. Esto no era más que una impostura. Las calles que conducían al Hotel Edén se hallaban obstruídas y guardadas y nadie podía acercarse a ellas, como resultó de la investigación más tarde levantada. Al salir Liebknecht rodeado de la escolta para tomar el automóvil, el soldado Otto Runge que estaba de guardia, se acercó y sin que nadie lo impidiera le dió unos culatazos en la cabeza. Quedó ensangrentado pero pudo subir al automóvil; a los pocos pasos éste se detenía con un pretexto cualquiera en el Tiergarten y obligado a descender, fué últimado a traición y por la espalda. Se dió la excusa de que había huído. No huye un hombre que apenas puede detenerse en pie con la cabeza rota, rodeado de diez soldados y cuatro oficiales. Su cuerpo fue entregado en el Jardín Zoológico como el de un desconocido.

Ahora le tocaba el turno a Rosa. Parece que la entereza con que contestó a las preguntas de los oficiales, los exasperó hasta el extremo de arrojarse sobre la criatura indefensa y golpearla bestialmente, después de lo cual la arrastraron fuera, al automóvil, media hora después de la partida de Liebknecht. El soldado Runge, que seguía de guardia, intervino asestándole en la cabeza dos culatazos brutales; cayó; la echaron dentro del automóvil, pero aun no había muerto. Su alma luchaba todavía.

Entonces el coronel Kurt Vogel subió sobre el estribo, y apoyando el revólver sobre aquella frágil sien, en la que tantos pensamientos se habían agitado, le disparó el tiro de gracia. Los soldados de la guardia la arrojaron al canal de Landwehr, que vierte sus aguas en el Spree. Su cuerpo no fué hallado jamás. Así murió Rosa Luxemburgo.

Panorama Móvil

TESTIMONIOS

TELEGRAMAS

José Carlos Mariátegui. — Votos fervientes restablecimiento gran escritor América. — Alfredo Palacios.

"Amauta". — Profundo pésame sensible desaparecimiento camarada Mariátegui. — Diputado Alzamora. —

Buenos Aires. — "Amauta". — Lima. — Adhiérome al duelo americano por la muerte de Mariátegui. — Samuel Glusberg.

Santiago de Chile. — Señora Mariátegui. — "Amauta". — Lima. — Profundo dolor impóngome pérdida irreparable letras americanas. — Edwards Bello.

Madrid. — Mariátegui. — Lima. — Presente en nuestro dolor. — Falcón.

Buenos Aires. — "Amauta". — Lima. — Sentidas condolencias gran pérdida. — Gabriel del Mazo.

Buenos Aires. — Viuda Mariátegui. — Lima. — Viejo camarada y testigo brillante revelación talento Mariátegui siéntome patrióticamente consternado. — Luis Fernán Cisneros.

Buenos Aires. — Viuda Mariátegui. — Lima. — Exprésole sincerísimo pesar desaparición gran caudillo revolución constructora patria. — Manuel Beltroy.

Buenos Aires. — Familia Mariátegui. — Lima. — Exprésole profundo pesar. — Manuel Seoane.

Chiclayo. — Viuda Mariátegui. — Acompáñola pesar profundamente consternado. — López Albújar.

Jauja. — Viuda de Mariátegui. — Exprésole mi hondo pesar fallecimiento ilustre compañero José Carlos. — Abelardo Solis.

Huanta. — Anita Mariátegui. — Está con Ud. en su sentido dolor su amigo José Sabogal.

Cuzco. — Ana Mariátegui. — Expresámosle sentidísima condolencia. Desaparición José Carlos importa desgracia americana. Sentimos vinculados perdurblemente su recuerdo. Considérennos amigos leales. — Luis Valcárcel, Lucas Oyague, Casiano Rado.

Morococha. — Grupo Amauta, Confederación General Trabajadores, viuda Mariátegui. — Nombre Federación Trabajadores Centro enviamos sentido pésame por fallecimiento vigoroso escritor vanguardia inmaculado apóstol laborismo José Carlos Maritáegui. — Adrián Sovero, Gamaniel Blanco, Miguel de la Mata, Gliserio Núñez, Moisés Espinoza, Abel Vento, Enrique Saravia, Ramón Azcurra, Alejandro Loli, Vicente Pérez, Luis Lamadrid, Héctor Herrera, Moisés Palacios, Santiago Villar, Oscar Oategui, Máximo Santiváñez, José Montero, Leoncio Caro, Faustino Cruz, Alipio Chávez.

Jauja. — Amauta. — Conmovidos fallecimiento José Carlos Mariátegui participamos duelo proletariado nacional. — Abelardo Solis, Pedro Monge, Sixto Miguel, Gumercindo Calderón, Amador Lucho, Daniel Franco, Martínez Dávila, Loayza Bravo, David Canchaya, Antonio Valenzuela, Alvino Conde, Víctor Cárdenas, Max Pecho, Marcelino Galarza.

Morococha. — Señora Mariátegui. — Nombre Centro Social comunícole profundo pesar fallecimiento maestro José Carlos. — Presidente Pinto.

Arequipa. — Redactores Amauta. — Expresamos profundo dolor por deceso Mariátegui nuestra máxima figura idealista. — Víctor Romero, José Chávez Bedoya Valencia, Antonio Chávez Bedoya Valencia, Enrique Portugal, Julio Salinas, Godofredo Salinas, Rosendo Rodríguez, Alfredo

Quezada, Julio Enrique Torres, Enrique Osorio, José Luis Borda.

Morococha. — Señora Mariátegui. — Sociedad Empleados Morococha encárgame transmitir hondo pesar causádonos muerte José Carlos Mariátegui. — Herrera, Secretario.

Cuzco. — Ana Mariátegui. — Federación Obrera Departamental nombre trabajadores Cuzco impresionadísima fallecimiento Mariátegui exprésale profunda condolencia. Desaparición prematura hombre heroico filas proletarias significa irreparable desgracia causa social. — Agustín Rivero, Secretario General.

Chiclayo. — Amauta. — Asociámonos sinceramente duelo revista por desaparición José Carlos único representante pensamiento avanzada americano. — Arbulú Miranda, Nicanor Fuente, Medardo Revilla, Mario Bazán, César Galarreta, Alvaro Mesones, Mario Pasco, Manuel Cadenillas, J. C. Bracamonte, J. R. Gallo, Américo Manay.

Cuzco. — Ana Mariátegui. — Impresionadísimo noticia fallecimiento fraternal José Carlos Mariátegui preséntole ante pérdida irreparable emocionada condolencia. — Lucas Oyague.

Chiclayo. — Viuda Mariátegui. — Expresámosle profundo pesar por deceso José Carlos considerando irreparable pérdida letras americanas y justo motivo duelo espiritual nuestro. — Medardo Revilla, J. R. Gallo, J. C. Bracamonte, Nicanor Fuente, Arbulú Miranda, Mario Bazán, Alvaro Mesones, Mario Pasco, Manuel Cadenillas, César Galarreta, Américo Manay.

Arequipa. — Viuda Mariátegui. — Con profundo dolor exprésole sentimiento pérdida inmensa irreparable compañero José Carlos. — Antonio Chávez Valencia.

Jauja. — Sociedad Amauta. — Nombre Asociación Provincial Maestros Jauja expreso profundo dolor pérdida José Carlos Mariátegui mentalidad americana. — Teófilo Aguilar, Secretario General.

Cuzco. — Viuda Mariátegui. — Desgracia significa catástrofe mejor ideología nacional. — Roberto Latorre.

Jauja. — Amauta. — Gremios Confederados Artesanos asociarse duelo nacional obrero prematura desaparición apóstol trabajadores José Carlos Mariátegui. — Oscar Castro, Raimundo Romero.

Arequipa. — Familia Mariátegui. — Lloramos pérdida hombre cumbre. — Grupo Juvenil Arte.

Matucana. — Ana de Mariátegui. — Profunda consternación causádome fallecimiento ilustre camarada José Carlos exprésole sentido pésame pérdida valiosa nuestras filas. — Manuel Laos.

Jauja. — Sociedad Amauta. — Profundamente impresionados sensible desaparición maestro José Carlos Mariátegui adherímonos duelo proletariado. — Centro Artístico y Círculo Obrero.

Jauja. — Grupo Amauta. — Sociedad Artesanos mi presidencia deplora inmensamente desaparición prematura insigne escritor José Carlos Mariátegui trasmítoles nuestra condolencia. — Villanes.

Huacho. — Julio César Mariátegui. — Acompaño familia pérdida irreparable. — Ricardo Mariátegui.

Chiclayo. — Amauta. — Lima. — Círculo Departamental de Empleados Chiclayo asócianse profundo pesar irreparabile pérdida gran escritor Mariátegui cuyo sentido histórico cumplióse en páginas esa revista defendiendo causa social proletariado americano. — Jiménez, presidente.

Huacho. — Julio César Mariátegui. — Lima. — Sentida condolencia. — Drago.

Chiclayo. — Viuda Mariátegui. — Lima. — Suscritos simpatizantes ideales Mariátegui lamentan irremediable pérdida. — Américo Manay, Luis Sialer, Guillermo Miranda, Fracisco Cáceres, Oton Manay, Alvaro Zumarán, Andrés Bracamonte, Alberto Sialer, Diez Bocanegra, Manuel Céspedes.

New York. — Amauta. — Lima. — Our beloved master's death must draw us closer. Profundest condolence his widow and you all. — Waldo Frank.

Montevideo. — Amauta. — Lima. — Confederación Sindical Latino Americana nombre trabajadores continente asóciase profundo dolor obreros, campesinos Perú pérdida gran militante. Mejor homenaje Mariátegui reemplazo colectivo intensificando lucha, robusteciendo sindicatos, organizando grandes masas indias explotadas. — Secretario General.

Montevideo. — Amauta. — Lima. — Adherimos duelo proletario muerte Mariátegui. Honrémoslo continuando obra revolucionaria. — Diario "Justicia".

Bogotá. — Amauta. — Lima. — Proletariado colombiano conduélese desaparición Mariátegui. — Cesimbrina.

Chiclayo. — Viuda Mariátegui. — Lima. — Hondamente conmovidos fallecimiento compañero Mariátegui Círculo Departamental Empleados Chiclayo adhiérese justo pesar considerando pérdida insustituíble en avanzada pensamiento nacional. — Jiménez Presidente.

Huarmey. — Señora José Carlos Mariátegui. — Lima. — Acompaño su dolor conmovido profundamente. — Ernesto Reyna.

Morococha. — Ana Mariátegui. — Lima. — Profundamente condolido da pésame por irreparable pérdida. — Pezzuti.

Trujillo. — Anita Chiappe de Mariátegui. — Lima. — Hacemos nuestro su dolor por desaparición ilustre esposo. — Doctor Chávez, doctor Godoy, Antenor Orrego, Ciro Alegría, Carlos Godoy, Alejandro Cerba.

Chiclayo. — Viuda Mariátegui. — Lima. — Unión Patriotismo condolencia pérdida escritor Mariátegui. — Américo Manay. — Presidente.

Chiclayo. — Amauta. — Lima. — Unión Patriotismo lamenta pérdida escritor Mariátegui. — Américo Manal. — Presidente.

Huarmey. — Amauta. — Lima. — Hondo dolor siento muerte compañero José Carlos Mariátegui querido jefe de la vanguardia, alma del proletariado, hombre bueno y puro que dió su corazón por nueva libertad de América. — Ernesto Reyna.

Jauja. — Familia José Carlos Mariátegui. — Lima. — Centro Obreros agricultores, Conopa, Jauja, acompaña condolencia sensible desaparición escritor socialista J. Carlos Mariátegui. — Delgado.

Huarás. — Familia Mariátegui. — Lima. — Asociación Cultural Huarás exprésales profundo pesar por fallecimiento José Carlos constituye pérdida nacional. — Presidente Méndez.

Huancané. — Señora Vda. de José Carlos Mariátegui. — Lima. — Club libre deporte Humberto Luna y juventud huancaneña exprésanle condolencia deceso José Carlos, ilustre figura, orgullo del Perú, prestigio de América. ¡Gloria a José Carlos en su ascención a la Historia! Chuquimaita Ayala Valencia, Vicente Mendoza, Julio Mendoza, Lorenzo Aparicio, Julio Valencia, Ortiz Gil. — Francisco Cuentas, Ernesto Argaluza, Humberto Riveros, Emeterio Carlos Ticoba, Jorge Cuentas Choquehuanca, Moisés Montenegro, Carlos Condorena Valdivia Fernández, Esteban Herrera, Sebastián Mendoza, Luis Jiménez y Horacio Cabrera.

Huarás. — Martínez Torre. — Lima. — Asociación Cultural Huarás, expresa grupo "Amauta" profundo dolor irreparable desgracia pérdida orientador juventud Mariátegui. — Méndez, Tafur, Salirosas, Alarcón, Izaguirre, Loli, Ortiz, Carreño, Montes, Izaguirre, Gonzáles.

Zurite. — Ana Mariátegui. — Lima. — Nombre Federación Maestros provincia exprésole profundo sentimiento desaparición escritor avanzada José Carlos Maritáegui. — Caparó, Secretario Federación Maestros.

Arequipa. — Vda. Mariátegui. — Telégrafo apartado Lima. — Acompáñole en su justo dolor. — Bravo Mejía.

Santiago Chuco. — Ricardo Martínez. — Lima. — Expresamos dolor profundo muerte escritor nacional José Carlos Mariátegui. — Jacinto Gulnes, Francisco Ninaquispe P.

—:o:—

CARTAS DE ADHESION

Compañero Martínez de la Torre:

.....y no saber por donde se rajó ese grito, ese estallido musical de la noticia...

En mi provincia de cartón y sangre, Ud., lo sabe mejor, mucho mejor que ese silencio de algodón que dilata sus poros insaciables en la voz, cuanto nos muerde la injusticia humana en carne viva!

Pero es lo inevitable. Es el mismo destino que se desnuda en tragedia y en alarido, ante nuestros ojos asombrados e inquietos. Es el desgarrón violento de nuestra tabla de ansiedad, a la que nos cogimos con anhelo infantil y con un decidido espíritu de liberación.

...Pero no es la tristeza, la que nos pone pañuelitos de lágrimas en los ojos. Frente a esta ausencia de cristal, el fervor viste el overol de adhesión proletaria, y nos envolvemos en una madeja de preocupación y cálculo, ante el espectáculo interminable, de tanta vida inútil y malvada que pasa y se detiene, al pie mismo de mi impasible chicle de desesperación.

Tras su programa de esperanza, asomó la ojera de la muerte, pero el lienzo de cristal de su palabra cubre todas las distancias y sigue en actividad; de la consigna lírica de una crónica, hasta el motín y la barricada popular.

En Mariátegui había un claro timbre de agitador de multitudes.

Para su propio espíritu fué insuficiente el tráfico mecánico de su dolencia física, de su mutilación material. Ardía en la metáfora insurgente, en el adjetivo beligerante y en la actitud polémica.

Se dará el caso, de que su nombre sea la voz de órden de nuestra generación. Su obra social, será para nosotros los americanos del Perú, timbre de alarma y mapa de orientación y regocijo civil, porque, aquí, por donde Dios tragina sus mercancías de ansiedad, queda abierto ese claro horizonte que dejara al bajar tanto cielo a su dolor.

Por eso el más justo homenaje y la más sincera ofrenda, debe ser nuestro recuerdo constante y vigilante a travez de su obra y de su vida. Ha caido como un hombre, en toda la anchura de la palabra, y porque supo ser hombre, no fué un "elegido", "un providencial", "un genio"; calificativos de cáustico humorismo, por su facilidad de aplicación a cualquiera calamidad política o literaria del país.

Ud., sabe bien, amigo, cuánto se le quiso y cuánto se le admiró por este sitio, donde mi corazón y mi espanto, no recurre a una algarada de lágrimas inútiles sino más bien a la exploración espiritual, en ese mapa de amistad que me llevara en frase y en cariño hacia José Carlos.

Nuestra curiosidad o nuestra pena nos empuja tras el hilo político-literario de la situación, y nunca hemos sentido miedo al vacío. Ahora la ausencia de Mariátegui, en nuestras posiciones, nos dá su plenitud, porque va de mucho a nada, la cátedra, las representaciones o los generalatos de alquiler de nuestros criollos, con la vida o con la muerte.

Nuestra palabra corre en fervor. Mariátegui se ha ido. Queda su obra que es la tragedia de su propia vida, fuerte e inquebrantable en el dolor, en la pobreza y en la agonía...

nicanor. a. delafuente.

Chiclayo-Perú.

Sociedad Hispano Americana

Leningrad, Postamt, Caja postal 50.

25 de abril 1930.

N°. 27.

Muy compañeros nuestros:

Muy honda, muy triste emoción nos ocasionó la noticia de la muerte

de José Carlos Mariátegui. Con gran interés y muchos aplausos, con admiración y entusiasmo estábamos siguiendo desde lejos la labor revolucionaria y renovadora del difunto compañero.

Para nosotros, hombres de revolución, hombres del país proletario, el difunto luchador fué un símbolo de la América nueva, de la América que va hacia la libertad de sus pueblos, de clases obreras, hacia la gran revolución política y social, que convertirá por completo la América Latina del capitalismo en una Unión de Repúblicas erigidas sobre una base marxista.

Lloramos con vosotros la muerte del hombre talentoso y escritor famoso, creyendo que Uds., tendrán fuerzas y energía para continuar la obra del difunto maestro, propugnador infatigable de las ideas revolucionarias.

Vicepresidente: **D. Vigodski.**

Secretario: **S. Schamsonov.**

—:o:—

Universidad Popular Sucre-Bolivia

—:o:—

Sucre, 30 de abril de 1930.

A los compañeros de "Amauta"

Lima.

Camaradas:

La Universidad Popular de esta ciudad, núcleo constituído por universitarios y obreros de avanzada, dirigen la presente nota de condolencia a los redactores del paladín libertario "AMAUTA" por la inesperada y sentida desaparición del infatigable luchador, compañero José Carlos Mariátegui.

Profundamente conmovidos por tan lamentable pérdida, ha sido para nosotros una nueva de dolor porque veíamos en la persona de Mariátegui un espíritu bien cultivado y una de las lumbreras de avanzada en la generación joven de América Latina. Educado en la escuela de la rebeldía y de la justicia, hizo de su corta pero fecunda vida un noble apostolado, digno de imitar las excepcionales cualidades que adornaron su personalidad. AMAUTA pierde al hombre que le dió el ser; América Latina al defensor de sus derechos; el Perú a uno de sus preclaros hijos y el proletariado continental a su camarada más digno.

Decid a los camaradas de ésa que el grupo obrero estudiantil de esta porción de América Latina, acompaña en vuestro justo dolor que aqueja al espíritu. Que el camino trazado por Mariátegui seguiremos con los mismos pasos que diera en vida, imitando sus raras virtudes y luchando a travez de todos los peligros en pro de la justicia y de la humanidad.

Con sentimiento de dolor, nos suscribimos de los camaradas de Amauta.

Fraternalmente.

Manuel Mendieta S., Presidente de la Universidad Popular. — Roberto Araujo. — Alberto Baldiniso. — R. Chumacero Larga. — José Abad Borju. — Fausto E. Maná. — C. Mántano. — Eduardo Campos. — J. Abel Berdejo. — León Zambrano. — Enrique Paniagua Torrico. — C. Paniagua Torrico. — M. Barea B, Secretario de Gobierno de la Federación de Estudiantes.

——::o::——

EL SEPELIO DE JOSE CARLOS MARIATEGUI

Así que se consumó el desenlace de la vida de Mariátegui, los redactores de "AMAUTA" tiraron el penúltimo boletín que, —para informar al numeroso público que se interesaba por la salud del enfermo,—venían editando, comunicando la infausta noticia. Decía el boletín:

AMAUTA

Boletín extraordinario. — Lima, 16 de abril de 1930

HA MUERTO JOSE CARLOS MARIATEGUI

"El más grande cerebro de América Latina, ha dejado para siempre de pensar. Ha cesado de concebir las ideas que tan valiente y enérgicamente propugnara. El proletariado acaba de perder uno de sus mejores guias, uno de sus más calificados portavoces. Intelectual proletario, cae en plena juventud, en plena acción heróica, legando a la clase a la cual sirvió devotamente, la herencia magnífica de su vida y de su obra.

"Muere en su fe materialista. Muere encarnizadamente perseguido como todo militante leal a la causa de la emancipación del proletariado. "Los grandes revolucionarios son objeto, durante su vida de constantes persecuciones por parte de las clases opresoras; sus enseñanzas provocan una rabia y un odio furiosos y ataques ininterrumpidos en los cuales desempeñan un papel principal la falsedad y la calumnia. Después de su muerte, se hacen tentativas para convertirlos en mansos corderos, para por decirlo así, canonizarlos, para rodear de gloria sus nombres con objeto de consolar a los oprimidos y engañarlos".

"Mariátegui, su memoria, su vida, su obra, pertenece al proletariado. El reivindica para sí esta herencia. Sabrá defenderla de toda mistificación interesada, sabrá elevarla con el valor digno del hombre y del maestro.

"Cae sacrificado, dándose a su clase hasta su último instante, abrumado por su abnegación revolucionaria. Ha sabido oír la voz del proletariado mundial, ha obedecido el mandato de su momento histórico.

"Su vida es nuestro ejemplo, su obra, una inquebrantable afirmación, su cadáver, una protesta".

—o—

Minutos después de que los restos de José Carlos fueran conducidos de la clínica Villarán a su domicilio en la calle Wáshington, su hogar se vió concurrido por una crecida cantidad de obreros, intelectuales, estudiantes que iban a testimonar su dolor. Los obreros escoltaron durante toda la noche por turnos la caja mortuoria. Y al día siguiente, a partir del medio día la concurrencia fué creciendo teniendo que estacionarse en la calle frente a la casa. El proletariado organizó el desfile, constituyendo una guardia roja para controlar el orden del sepelio y el relevo de los obreros que portarían el ataúd. Se inició el desfile minutos antes de las 4 p. m. del día 17 de marzo, presidiéndolo la Confederación General de Trabajadores que portaba en alto su bandera con su inscripción. La concurrencia tomó el girón Wáshington hacia el Paseo Colón y antes de ingresar a este se elevó, dentro el seno de la concurrencia, en un arranque unánime, los sones metálicos de la Internacional, comunicando contagiosamente ese sentimiento sublime que expresan los acordes del himno proletario. El cortejo tomó luego el girón de la Unión y pasando por la Plaza de Armas se encaminó hacia el Cementerio, atronando el aire las voces de los trabajadores que por grupos y simultáneamente entonaban su canción. Seguía a la insignia delantera de la Confederación General de Trabajadores las de los otros sindicatos, cerrando el desfile la del grupo universitario "VANGUARDIA". En todo el trayecto los obreros se disputaban el turno de la conducción del ataúd y el cortejo se iba acrecentando cada vez más con la incorporación de delegaciones y grupos de trabajadores q' daban el alcance, de manera q' al llegar al cementerio la concurrencia ascendía a varios millares.

Ya en el cementerio, y casi a obscuras, el delegado de la Asociación Nacional de Periodistas hizo uso de la palabra recordando breven-

te la trayectoria rápida y fecunda de Mariátegui y haciendo su elogio. Este discurso fué publicado al día siguiente en los diarios.

Siguió en el uso de la palabra el Secretario General de la Confederación General de Trabajadores, anunciado por la comisión especial de obreros que presidía el sepelio. El orador despidió a Mariátegui a nombre del proletariado nacional, desde su posición clasista. Señaló el rol de Mariátegui de haber traido al proletariado peruano su orientación de clase internacional, su conciencia histórica. El discurso fué una acerba requisitoria contra la pequeña-burguesía que pretende uncir a su carro a las masas trabajadoras y proclama que el destino de América es original y extraño al ritmo de Occidente y que es propensa a regatearle originalidad a la obra de Mariátegui o a atribuírle, interesadamente, exotismo. El Secretario General de la Confederación General de Trabajadores reivindicó para el proletariado, íntegramente, la memoria del primero y más grande teórico del socialismo peruano.

A continuación, también anunciado por el presidente de la comisión del desfile, habló el delegado de los estudiantes de vanguardia, quien, después de hacer constar la obra que dejaba Mariátegui se refirió a la tacha de europeizante, que a Mariátegui, como él mismo ya lo previese, se le imputaria exactamente como a González Prada se le había considerado el menos peruano de los escritores. El orador descalificó este argumento de parte interesada. Y refiriéndose a la juventud que admiró a Mariátegui señaló que, hija de la pequeña burguesía, se esforzaba por depurarse de todas las taras traídas de su clase, abjurando de su condición social, para adherir, como la había hecho Mariátegui, al proletariado y a su doctrina.

Dió término a los discursos Ricardo Martínez de la Torre a nombre del grupo "Amauta" reivindicando, para la clase a la cual había servido Mariátegui hasta dar su vida, su magnífica memoria, y poniendo en guardia sobre las mistificaciones que se intentaría hacer con su obra revolucionaria.

Luego el presidente de la comisión del desfile anunció que se pasaría a depositar los restos de José Carlos, desfilando la concurrencia con aquella dirección.

Circuló, entretanto, el último boletín de los redactores de "AMAUTA" conteniendo la despedida final:

AMAUTA

Boletín extraordinario. — Lima, 17 de abril de 1930

ANTE EL CADAVER DE JOSE CARLOS MARIATEGUI

"Tenemos aún entre nosotros el cuerpo de nuestro líder, inmovilizado por la muerte. Su desaparición conmociona los más nobles sectores de América y engendra en las masas una sensación de estupor.

Nadie antes que Mariátegui, en el Perú, supo condensar más nítida, más concretamente, la esencia y los contornos del pensamiento nuevo que estremece la sociedad contemporánea. "Marxista convicto y confeso" no fué tan solo un prosélito y un militante, sino un acérrimo propugnador, un calificado defensor de la ciencia, del pensamiento marxista.

Mariátegui se sobrevive, no solo en el recuerdo sentimental de las gentes, sino en la obra múltiple que nos lega. En toda ella sopla la racha de energía, de afirmación que animaba al forjador. En toda ella, su visión es internacional, su concepción materialista, su desenvolvimiento dialéctico y determinista.

En la "Escena Contemporánea" pasan las "figuras y aspectos de la vida mundial", clarividentemente enfocadas, severamente analizadas. Allí se examinan las situaciones y los hombres determinados por esas situaciones—de todos los sectores del mundo. En sus "7 Ensayos de Interpre-

tación de la Realidad Peruana", surge el primer sociólogo nacional, derrumbando prejuicios, abatiendo las categorías ficticias del charlatanismo ambiente, forjando los moldes de la nueva interpretación. En su "Defensa del Marxismo" reaparece el combatiente íntegro de siempre, desmenuzando la tendencia revisionista de pequeños-burgueses descontentos y sentimentales. Más tarde, el público conocerá su obra póstuma. La clase proletaria y la vanguardia intelectual encontrarán en ella el esclarecimiento del camino, la visión ampliada de panoramas nuevos.

Mariátegui, ha vitalizado y ha dado su vida a una corriente que yacía adormecida en la conciencia nacional. Arquetipo del autodidacta, del hombre que consigue hacerse a sí mismo, se distingue fundamentalmente por su cualidad de realizador. La corriente histórica, las realizaciones a las que dió todo su elan, toda su sangre, continuarán acrecentándose y engrandeciéndose, gracias al impulso que les dió en el terreno de las ideas y en el campo de la acción.

Pragmático, científico, realista encarnó estrechamente con la realidad y tuvo la inteligencia y el valor de encarnarla: he aquí la razón de la perdurabilidad de su obra, el secreto de la continuidad de su acción, más allá de su propia vida.

La enseñanza indestructible que deja, la orientación activa que ha trazado, sobrevivirá a todas las contingencias, se desenvolverá en la trayectoria de los hombres que pongan su voluntad y su pasión en seguir el heróico derrotero que él y su obra dejan señalado.

¡Aquí tenemos todavía el organismo aniquilado que guardó hasta el fin su posición de combatiente!

Inclinados ante él, sacudidos por la realidad dolorosa de su muerte, afirmamos el propósito de hacer perdurable su obra en el pensamiento y en la acción: como nunca, hoy, se plantea ante todos, obreros, estudiantes, intelectuales libres, el imperativo de continuar el camino que deja trazado. Más que ayer, "Amauta" necesita la colaboración decidida, el auspicio activo, de todos los que miraron en José Carlos Mariátegui un orientador y un guía. Herederos de una obra, todos tenemos asimismo el mandato de continuar dando vida en el Perú a "la revista histórica".

Acompañamos sus restos, bajo la pesadumbre implacable de no contarlo ya entre nosotros, pero poseídos también de la voluntad afirmativa de sostener colectivamente en nuestras manos la bandera de la que Mariátegui fué insigne portador.

¡ADIOS CAMARADA!
¡ADIOS MAESTRO!
¡ADIOS JEFE!

—o—

DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL DE LA CONFEDERACION GENERAL DE TRABAJADORES DEL PERU

Compañeros y trabajadores:

Estudiantes e intelectuales:

La Confederación General de Trabajadores del Perú, Central Sindical representativa de los trabajadores organizados del país, trae aquí, en nombre del proletariado militante revolucionario, su último homenaje ante el cadáver de nuestro mejor camarada.

Nuestra presencia aquí, significa la incorporación definitiva de Mariátegui entre los líderes y guías de la clase proletaria organizada. Estamos aquí plasmando prácticamente sus ideas. Estamos aquí para iniciar su defensa de todas las mistificaciones, de todas las adulteraciones interesadas. Recogemos su obra y enarbolamos su nombre como un estandarte de lucha y de afirmación de nuestras conquistas y de nuestra emancipación.

José Carlos trae por primera vez una conciencia de clase al movimien-

to social. Los obreros, campesinos e indígenas del Perú, tienen en su obra la clara y terminante dirección revolucionaria que deben seguir las vanguardias organizadas de los trabajadores en su lucha histórica contra el capitalismo y la opresión imperialista.

El proletariado no consentirá jamás a la demagogia pequeño burguesa y oportunista utilizar la memoria de Mariátegui, como un escudo para su labor traidora en contra de nuestros más grandes intereses de clase.

Mariátegui pertenece al proletariado. Todo aquel que quiera comprenderlo y seguirlo tiene que situarse en un terreno de lucha de clase proletaria.

Frente a su cadáver hacemos una afirmación categórica de luchar enérgicamente contra toda demagogia, venga del sector que venga. Fieles depositarios de su pensamiento, y de su acción, no permitiremos jamás en nuestras filas a los agentes del confusionismo y de la desviación oportunista. Los obreros de todo el mundo luchan actualmente por su liberación. Nosotros, como proletarios conscientes de nuestra misión, nos sentimos ligados a esta gran acción mundial de masas combatientes.

Mariátegui combatió doctrinaria y vigorosamente contra toda tendencia caudillista y pequeño burguesa; contra esa demagogia Latino Americana que propicia la fusión del proletariado en la lucha, en un frente único amorfo y heterogéneo. Fusión que significa la abdicación del proletariado como clase a regir por sí sola su destino histórico. Fusión que en China, como en México, pasada la hoda de la lucha, termina con el terror fascista, con el aniquilamiento de las fuerzas obreras y campesinas. Fusión que rechazamos enérgicamente, defendiendo —como lo hiciera nuestro compañero muerto— el derecho indestructible de nuestra completa autonomía de programa, de desenvolvimiento y de acción.

Mariátegui trajo al proletariado su devoción y su enseñanza. El fué quien abrió ante nosotros el horizonte internacional, quien nos hizo ver, que la lucha de los trabajadores por su emancipación integral, no era simplemente local o nacional, o Latina Americana, sino mundial. El fué quien presentó por primera vez ante nosotros, el panorama de álgidas luchas y de las indestructibles victorias del proletariado a travez del mundo. Internacionalista convencido, encarnó en nosotros una nueva conciencia: conciencia de clase y conciencia de lucha clasista internacional.

Dueños de sus enseñanzas, herederos genuinos de su obra, sabremos utilizarlas prácticamente a travez de las vicisitudes de nuestras luchas.

El proletariado organizado y consciente no abandonará ya el terreno que tan penosamente ha ganado merced a la palabra y a la obra de su inteligente conductor.

Aquí venimos a afirmar nuestra conciencia de clase, al rendir el homenaje de nuestra admiración, de nuestro cariño, a este intelectual proletario, forjado en la escuela activa del trabajo, del estudio, de la persecución y del combate.

Compañeros y trabajadores:

Mariátegui es uno de los hombres de nuestras filas. Militó en ellas con la decisión más abnegada. Vino a nuestra clase, libre de todo compromiso, de toda vinculación con la clase a la cual él combatió. Ni periodista de periódico burgués, ni elemento universitario, Mariátegui es y permanecerá siendo un intelectual proletario.

Camaradas:

Siguiendo el derrotero que nos trazara José Carlos, marchemos plenos de fé, conscientes de nuestra obra, de frente a la conquista del porvenir.

—o—

D O C U M E N T O S

LA PRISION DE ESTEBAN PAULETICH EN MEXICO Y LA LIGA ANTIMPERIALISTA DE LAS AMERICAS

"Crugía 'G'. —Celda 826. — Penitenciaría del D. F., marzo 15 de 1930. — Señor Director de la Penitenciaría. — Presente. — S. D.: — Aunque comprensivo de que su posición como Director de la Penitenciaría del Distrito Federal le coloca en un rol meramente administrativo dentro del engranaje de represiones movilizado en México en contra de los que, en una forma ú otra, hemos expresado nuestra inconformidad rotunda con la realidad social actuante en la América Latina toda, especialmente en lo que se relaciona con la penetración cada vez creciente del imperialismo norteamericano, no he creido inoportuno dirigirme a usted noticiándole de mi firme resolución tendiente a rechazar, a partir de hoy, la asimilación de alimento alguno, proclamando la HUELGA DE HAMBRE como protesta, no solo por mi encarcelamiento prolongado, atentario e injustificable, sino también, y parejamente, como protesta por la detención arbitraria de numerosos otros elementos significados como fervorosos militantes del movimiento antimperialista y revolucionario nacional, por la situación de ilegalidad práctica a que se ha reducido a numerosos organismos proletarios de tal filiación y por las medidas coercitivas adoptadas en su contra para silenciarlos o destruirlos. No está demás, señor Director, que aclare como significativo el hecho de haber sido apresado el día 13 de febrero anterior, cuando, militando aún bajo la bandera del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, formaba parte integrante del Estado Mayor del General Augusto C. Sandino, quien, con la de Nicaragua, ha venido defendiendo heroicamente el derecho a la autorregencia de los pueblos latinoamericanos en conjunto, México entre los primeros, actualmente precipitados hacia el más brutal semicoloniaje. Puesto al márgen de toda acción judicial, ignorante siquiera del pretesto aducido para mi detención, que no sea mi pública y leal profesión de fé antimperialista, recurro a la HUELGA DEL HAMBRE, única forma posible de protesta y defensa que se me ha dejado después de violadas todas las formas legales que como hombre, ya que no como soldado de la justicia, creí habrían de ampararme en México. CONTRA EL IMPERIALISMO YANQUI, POR LA UNION DE LOS PUEBLOS DE AMERICA LATINA. — (f). — Esteban Pavletich Trujillo".

El Comité Continental de la Liga Antimperialista de las Américas, confía justificadamente en que todas las organizaciones revolucionarias, en que todas las organizaciones antimperialistas, dejarán sentir su voz de protesta exigiendo la libertad de todos los presos, por los siguientes medios:

1.—Mítin y manifestación de la Liga, donde existe Local de la misma;

2.—Mítin y manifestación convocados por las organizaciones del lugar, en los cuales se protestará por los atropellos del gobierno y se lanzará la convocatoria para una Conferencia local de la Liga, para el 4 de mayo, como demostración de fuerza y de la decisión de lucha;

3.—Protesta escrita o telegráfica dirigida al Presidente de la República en nombre de las fuerzas antimperialistas del lugar y suscrita por todas las organizaciones que participen;

4.—Información y copia de actas, y protestas al Comité Continental de la Liga;

5.—Procurar la publicación en los periódicos de la localidad.

POR LA UNION DE LOS PUEBLOS OPRIMIDOS DE AMERICA; CONTRA EL IMPERIALISMO Y SUS AGENTES NACIONALES.

Juan Segovia Escudero, Secreta-General de la Liga.

SOLIDARIDAD CON LOS MILITANTES MEXICANOS EN HUELGA DE HAMBRE!

Socorro Rojo Internacional. — Secretariado del Caribe
Circular N°. 52.

New York, 19 de marzo de 1930.

México sigue siendo teatro de las más bárbaras persecusiones, organizadas por el gobierno contrarrevolucionario de Ortíz Rubio, Portes Gil y compañía.

Todavía están frescos los acontecimientos de Diciembre, en cuya ocasión el gobierno expulsó a once emigrados políticos revolucionarios, detuvo a más de cuarenta militantes de la capital y envió a las Islas Marías (presidio insular donde son tratados bárbaramente los presos) a cinco jóvenes revolucionarios.

El cuadro de horror que presentaba aquella ola, en que las torturas más bárbaras fueron empleadas, en que enloqueció un buen dirigente obrero de Cuba, y en que los más criminales sistemas de terror fueron empleados, ha vuelto a reproducirse con las persecuciones iniciadas en el mes de febrero, a raíz del atentado contra Ortiz Rubio. Pero, ahora, no solo se han vuelto a repetir esos bárbaros procedimientos, sino que se han intensificado. Dirigentes del Partido Comunista, de los sindicatos y del Socorro Rojo Internacional han sido detenidos en todos los lugares del país y concentrados en la capital. En la propia ciudad de México han sido aprehendidos muchos militantes de la localidad y algunos dirigentes nacionales. Todo el Comité Central de la Juventud Comunista se encuentra preso. La mayoría de los miembros del Comité Ejecutivo de la Confederación Sindical Unitaria están en la cárcel. Todos los dirigentes del Socorro Rojo Internacional y del Partido Comunista están presos o perseguidos. Las oficinas de la Confederación Sindical Unitaria, de la Cámara del Trabajo del Distrito Federal y de los sindicatos de la capital han sido clausuradas y robado su archivo. Los presos, que pasan de treinta a pesar de que muchos han sido puestos en libertad mediante la acción del Socorro Rojo Internacional, se encuentran absolutamente incomunicados y reciben una alimentación de hambre que los aniquila físicamente.

Frente a todas esas bárbaras persecusiones, las organizaciones clasistas han actuado con toda energía, organizando demostraciones de masa y exigiendo la libertad de sus compañeros presos. Pero el gesto más digno de merecer todo el apoyo del proletariado y campesinos de la América Latina es la huelga de hambre declarada por los camaradas Valentín S. Campa, Secretario General de la Confederación Sindical Unitaria de México, David Alfaro Siqueiros y treinta compañeros más; huelga de hambre que ha sido declarada para exigir su libertad inmediata y el cese de las persecusiones llevadas a cabo contra el movimiento obrero y campesino.

Todas las organizaciones obreras y campesinas, y principalmente las Secciones Nacionales y Locales del Socorro Rojo Internacional, que están en la obligación de dirigir esta acción, deben participar en la campaña, enérgica, decididamente, para exigir la libertad de los militantes presos en México.

Si el movimiento clasista no le presta solidaridad a la huelga de hambre declarada por los militantes mexicanos, estos perecerán, porque la ferocidad sanguinaria del gobierno mexicano así permite asegurarlo. Estamos e n el deber de prestarle nuestro apoyo inmediato a esta decidida y valerosa actitud de protesta para que no perezcan. Lucha enérgica y a todo trance contra el terror blanco implantado por el gobierno contrarrevolucionario de México.

Libertad inmediata de todos los militantes presos en México!

Solidaridad con el movimiento revolucionario mexicano!

Viva el Socorro Rojo Internacional!

Por el Secretariado del Caribe,
Jorge A. Vivo, Secretario General.

—:o:—

EL TERROR EN CUBA

Socorro Rojo Internacional. — Secretariado del Caribe

Circular N°. 50.

New York, 19 de marzo de 1930.

Una nueva ola de persecuciones se ha desatado contra las organizaciones clasistas revolucionarias de Cuba. Todavía está fresca la sangre del camarada Santiago Brook, vilmente asesinado en Nuevitas, cuando el gobierno arremete fieramente contra los huelguistas, apoyando a los patrones en todas sus maniobras criminales y encarcelando a sus dirigentes; cuando es asaltado el local en donde tenían sus oficinas la Confederación Nacional Obrera de Cuba, la Federación Obrera de la Habana y la mayoría de las organizaciones sindicales de la Habana, robándose su documentación y declarando "fuera de la ley" a todas esas colectividades; cuando son detenidos los militantes Fernando Delgado Vera, Teodoro Román Sánchez, Antonio Chao López, Joaquín Landeira Leyva, Joaquín, Faus Rodríguez, Pérez López y Miguel Bustos García; cuando se anuncia nuevos arrestos, se amenaza con la deportación a los militantes extranjeros y se pretende impedir la celebración de la jornada continental de los desocupados.

La continua y sucesiva serie de crímenes y atropellos que ha caracterizado la dictadura fascista de Machado viene a tener su punto culminante en estas persecuciones, cuya finalidad es condenar a la ilegalidad a las organizaciones sindicales, e impedir que las luchas económicas del proletariado de Cuba, conducidas sobre la base de normas clasistas, obstaculicen la bárbara explotación que el imperialismo yanqui lleva a cabo a expensas del pueblo oprimido de Cuba.

Todas las secciones nacionales del Socorro Rojo Internacional en el Caribe, todas las organizaciones clasistas revolucionarias, todos los trabajadores latinoamericanos, deben participar en la campaña iniciada por este Secretariado, para exigir la libertad de todos los presos políticos de Cuba, para exigir que cesen las persecusiones contra las organizaciones clasistas revolucionarias y sus militantes, para desenmascarar los crímenes y atropellos cometidos por el gobierno servidor del imperialismo que rige los destinos de Cuba.

Libertad para todos los presos clasistas revolucionarios de Cuba!

Derecho de asilo para los emigrados revolucionarios que residen en Cuba!

Libertad para el movimiento clasista revolucionario!

Exposición de estos nuevos crímenes de los agentes del imperialismo en Cuba!

Solidaridad con la lucha por la legalidad del movimiento clasista de Cuba.

Jorge A. Vivo, Secretario General.

—:o:—

LAS PERSECUSIONES EN PANAMA

Socorro Rojo Internacional. — Secretariado del Caribe

—:o:—

Circular N°. 51.

New York, 19 de marzo de 1930,

—:o:—

El gobierno de Panamá, bien conocido como servidor de los intereses del imperialismo, ha iniciado una nueva ola de persecusiones contra las organizaciones clasistas revolucionarias.

Los compañeros Domingo H. Turner, Feliciano Lara y Jacinto Chacón, militantes de las organizaciones panameñas fueron arrestados el 4 del corriente mes de marzo, en la provincia del Darien, porque fueron a ella a defender los intereses de los campesinos pobres y trabajadores agrícolas de esa región. Con ellos fueron apresados también siete trabajadores agrícolas de la región.

En la localidad donde se realizaron las aprehensiones varias compañías imperialistas están expropiando y expulsando a todos los campesinos pobres, mediante el concurso de los tribunales de justicia del país, que ya se han declarado de parte de las referidas compañías.

Pero este hecho no debe analizarse aisladamente. El es el resultado de la política del gobierno de Panamá en relación con el problema agrario nacional, cuyos lineamientos están francamente definidos en las últimas resoluciones tomadas al respecto, mediante las cuales se anuncia definitivamente la no dotación de tierras y la expropiación de regiones que interesan al estado para fines de "utilidad nacional", es decir que son necesarias para los planes militares y de penetración del imperialismo.

A luchar en favor de las organizaciones clasistas revolucionarias de Panamá. Por la libertad de sus luchadores encarcelados. Denunciemos estos nuevos atropellos de los agentes de Wall Street en Panamá!.

Por el Secretariado, del Caribe, **Jorge A. Vivo**, Secretario General.

Ingrese al Socorro Rojo Internacional, la organización que defiende a las víctimas de la reacción y del imperialismo!

Suscríbase a la revista MELLA, órgano del Secretariado del Caribe del Socorro Rojo Internacional, enviando el importe de su suscripción a la siguiente dirección: Rogelio Gómez, 80 East 11th St., New York City, U. S. A.

M A N I F I E S T O S

A TODAS LAS ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS ANTIMPERIALISTAS

Queridos compañeros:

El Comité Continental de la Liga Antimperialista de las Américas inicia sus "Seis Meses de Reorganización", en los precisos momentos en que el gobierno de México -liquidada ya su anterior actitud antimperialista—arremete con más fuerza que nunca contra las organizaciones revolucionarias, cerrando sus locales y encarcelando a sus dirigentes y mejores militantes. Es el ataque desesperado a los elementos antimperialistas que más han luchado por la independencia económica y política de México. El último gobierno libre de América se ha entregado por la presión de la diplomacia del dólar, es decir, vendiéndose.

Los ataques comenzaron contra los comunistas —los mejores luchadores con que cuenta la Liga— y debían aparecer, aunque no se manifestara claramente, por el propósito del gobierno, como defensa de las "instituciones nacionales" contra las maniobras disolventes de la U. R. S. S. (única nación antimperialista del mun do), dizque ejecutadas por manos de sus agentes, los miembros del Partido Comunista.

Pero el gobierno que maniobraba hábilmente para aplastar el movimiento revolucionario, procediendo de manera que la opinión se formara sobre la base del "peligro del disolvente bolchevismo", ha dejado ver el rabo. Sus promesas gratuitas al general Sandino de ayuda a la lucha armada en Nicargua, se ha transformado vergonzosamente en franco ataque a los efectivos del propio luchador nicaragüense.

La prisión de Martí, Zavala, Paredes y ot ros miembros del Estado Mayor de Sandino, demostró que el gobierno no procedía en defensa de las "instituciones nacionales" sino en de-

fensa de los intereses del imperialismo yanqui en todo el continente. El gobierno ha comprobado que se ha vendido a Wall Street y se ha comprometido con los banqueros de Nueva York a hacer todo lo que esté en sus manos para aplastar el movimiento revolucionario en México y otros países, hasta conseguir la "paz" que los imperialistas anhelan y "procuran" para la mejor explotación de nuestras riquezas a base de la opresión y explotación de los trabajadores de la ciudad y del campo.

Como prueba de la venta del gobierno mexicano, podemos exhibir su súbita indiferencia respecto a la nacionalidad de los bancos del río Bravo; mientras exaspera a Guatemala, el "país hermano", con una cuestión fútil de límites (para demostrar que México tiene fuerza para imponerse en Centroamérica —y lo hará cuando convenga a los intereses del imperialismo— y para romper las relaciones de amistad creadas con vista a la resistencia contra la penetración imperialista). El establecimiento de una sucursal del National City Bank of New York, en México, anulando el control que ejercía el Banco de México, y dando lugar a la adquisición de grandes extensiones de tierra por parte de los imperialistas; la falta práctica de garantías para Sandino; etc., son otras tantas pruebas de nuestra afirmación.

El gobierno de México es hoy el mejor agente que tiene el imperialismo norteamericano en América Latina.

Actualmente se encuentra preso el compañero Esteban Pavletich, luchador peruano, quien, como se ha hecho en otros casos debería ser expulsado del país. ¿Por qué el gobierno tiene preso al compañero Pavletich desde el 13 de febrero y no lo deporta?.

El gobierno sabe que Sandino, lejos de abandonar la lucha hace los mayores esfuerzos por reorganizar sus efectivos, y reanudar la ofensiva en Nicaragua. Deportando a Pavletich daría facilidades para esa reorganización, quien, donde se encontrase secundaría dichos esfuerzos. Para la seguridad del imperialismo yanqui conviene retener a Pavletich en la cárcel.

Esteban Pavletich, junto con Valentín Campa, José Gallardo, Saturnino Ortega y Roberto Celis (este último fué inmediatamente puesto en libertad), declaró la huelga del hambre.

—:o:—

AUNDICIONES

MUSICA Y POEMAS DE CARLOS SANCHEZ MALAGA

Este muchacho llano, arequipeño, nos trae esto en música.

No es andinista, vale decir no es oportunista musical, o ingenuo musical. Alomías Robles ha agotado ya el tema de suyo tan pobre. Tampoco nos trae el regionalista y sentimental yaraví. Nos trae una y otra cosa en admirable, entusiasta conjunto. No ha podido dejar su peruanidad y esto con una fuerza enorme.

Veamos: "Caima", rincón arequipeño, claro sol, y un cementerio, los trigales que se mueven en oración a la mamita de la Candelaria. Posible sanatorio de tuberculosos con suaves notas enfermeras.

"Yaraví", canto suave, terroso, cholo. La Eugenia en modulación, ritmo y esperanza. Vida fuerte. Yaraví.

"Yanahuara. Día de Difuntos".— La obra maestra de Sánchez Málaga. Un pueblo sonoro en campanas tristes. Campanas. Campanas. El campesino y el villano, hasta el "ccala", bajo la impresión de las campanas en homenaje al pasado, al muerto; conservadorismo vital de un pueblo, cuyo exponente es el muerto. Y un rincón para la chacarera plañidera que con

su manta al sol gimotea una tonada estridente siempre igualmente irresistible. El señor de la ciudad es el que se estremece más. Y las campanas. Hoy han hecho su agosto los legos y cleriguillos pobres que han rematado sus responsos. Y las campanas. Y el plañir.

Además Sánchez Málaga es un magnífico ejecutante. Amigo de Mendelshon. También da una versión del otro artista arequipeño: Roberto del Carpio en la "Procesión". Motivo típico de la tierra mística, con rezos, música de ccaperos, devoción pueblerina y piropos a las pequeño-burguesas.

Carlos Sánchez Málaga nos da pruebas de su valor artístico y musical.

Julio del Prado.

1930.

—:o:—

M A R G I N A L I A

CORRESPONDENCIA ABIERTA

Ginebra, 15|4|930.

Carta segunda.

Ciudadano o camarada.

Dejo el tema esbozado para reanudar el discurso que quedó interrumpido en mi carta canterior. Hablabamos de táctica política en relación con el momento presente en España. Pero, no se puede concretar la táctica sin definir antes al adversario. Y para esto es necesaria una recapitulación que abarca un siglo. Veamos. Como punto de partida, el cuadro que traza el historiador Guillermo Oncken de España bajo el absolutismo de Fernando VII. "El pueblo en su embrutecimiento, efecto de su educación confiada a un clero ignorante y egoista, tenía que soportar todas las tiranías y vejámenes de sus gobernantes sin poder jamás elevarse a una idea salvadora ni menos concertarse para su realización". ¿No podría tomarse este daguerrotipo de época pretérita por una fotografía del presente? Sigamos el hilo de la recapitulación. ¿Dónde residió el poder dominante en España desde Fernando VII hasta ahora que va a cumplirse al centenario de su muerte? En una trinidad: ejército, monarquía y clero. Tres personas distintas y un solo absolutismo verdadero. La expresión de esa oligarquía tripartita fué el sable que se llamó sucesivamente Eguía, O'Donnell, Narváez, Pavia, Martínez Campos, Primo de Rivera... Siendo el sable la fuerza de la trinidad para imponerse apareció como elemento visible pero, tan íntimo era el "menage a trois" que no se podría decir cuál fué predominante. Mientras la corona estuvo en cabeza de mujer o de un niño, el sable lo empuñó un general. A partir de 1909 quien lleva la corona reclama también el sable. Pero estos pleitos no nos importan: tenemos la trinidad y no hay que perderla de vista.

El complejo oligárquico de ejército, monarquía y clero (1) con diferentes y alternativas superposiciones de sus tres factores, ha decidido de los destinos de España durante un siglo. Porque, exceptuadas las figuras de la República tan efímera como débil, los hombres civiles que han intervenido desde 1833 hasta este momento de la historia política del país no fueron sino comparsas, encubridores o polichinelas.

Al hacer el balance de su obra gubernamental (?) encontramos este saldo: más del 50 por ciento de los habitantes analfabetos, varias guerras en las que se perdió un imperio colonial (para bien de todos los pueblos independizados) y se desangró España, un desnivel de cultura y de civilización de medio siglo respecto de los Estados modernos, un pueblo depauperado física e intelectualmente... Estas son las grandes partidas del pasivo. La lista se haría muy larga y siempre pecaría de olvidos si quisié-

ramos incluir las violaciones de la personalidad humana, los atentados contra todo derecho que se alzaba frente a la omnipotencia de triple oligarquía. Las leyes represivas tienen letra y espíritu medioevales y todavía el ejército reclamó y obtuvo para asegurar su intangibilidad otra de mayor rigor: la ley de jurisdicciones ejemplo único de monstruosidad jurídica en el mundo civilizado.

Ya tenemos definido al adversario. Ahora podemos discurrir sobre táctica. ¿Qué partido tomaremos en la contienda entre defensores de la Constitución del 76 y los que piden una nueva Constitución? La Constitución del 76 fué siempre letra muerta, nunca tuvo efectividad. Pero, por si había duda. la trinidad oligárquica le dió la patada que se llamó dictadura con la bota de espuela en 1923. Ahora, es la propia trinidad la que encuentra en bastante buen estado a la Constitución y nos la devuelve... con tal de que siga siendo letra muerta. Decididamente... ¡también nosotros damos otra patada a la Constitución del 76!

¿Otra Constitución? ¿Cuál? Una: parece que no importa como sea siempre que sea flamante. Después de múltiples declaraciones de hombres políticos, artículos, discursos y otras formas de charlatanería, nadie ha hecho un bosquejo de la futura Constitución. Todos coinciden en pedir una asamblea constituyente que redacte su texto desde la A hasta la Z. El pueblo debe elegir a sus representantes en esa asamblea sin que previamente le hayan dicho cuál es la estructura económico-política que imaginan para el nuevo régimen. Es cierto que los que aspiran a redactar la deseada Constitución tampoco han pensado en ello. La estructura de una república burguesa tipo Francia o tipo Polonia (cito estas por su marcado militarismo.) está ya inventada. No hay sino copiarla. (¡Estábamos por dar otra patada al proyecto de reforma constitucional!).

Nuestro objetivo no debe ser una república de ese modelo. No obstante entra en nuestra táctica sumarnos a los que la reclaman porque un período de agitación es siempre tonificante para los pueblos y el español, tras de la atonia secular bien necesita un reactivo. De otra parte, cuanto mayor sea el número de las ilusiones que encienda, mayor será el de los desengañados al comprobar que el cambio de etiqueta no modifica el contenido.

España ha de seguir el proceso de la trayectoria política del mundo. Ese proceso está dividido en tres etapas. Unos pueblos se encuentran en la segunda. Rusia en la tercera y los demás en la primera. España entre ellos. Las etapas son: proletarización de los trabajadores manuales y de la mesocracia; educación marxista y formación del espíritu revolucionario, y movilización de su fuerza para apoderarse del poder en una ocasión que debe tenerse prevista próxima o remota. La proletarización la hace el capitalismo: a nosotros nos toca lo demás. Desde cualquier punto de la Tierra podemos hacer la revolución. El concepto revolucionario marxista se diferencia del lírico revolucionarismo sin contenido económico en que no divide al mundo en compartimentos estanques. Los países donde nacimos no son sino los campos en que quiso el azar que luchacemos. Combata cada cual en su sector sintiéndose solidario de los que caen o vencen a lo largo del frente único del proletariado.

Salud.

Javier Bueno.

---

(1).—La oligarquía capitalista que se ha incorporado a la trinidad de ejército, monarquía y clero apareció en España en la segunda década del siglo XX.

Líbros y Revístas

CRONICA DE LIBROS

Pedro Leandro Ipuche | "RUMBO DESNUDO". | Buenos Aires.

Pedro Leandro Ipuche, el poeta gaucho de otros tiempos, ha seguido su camino primitivo del campo en la ciudad. Su purismo, poético en la urbe capitalista de Montevideo, lo ha enmarcado reaccionariamente en el camino lento de Dios. Su concepción mística es teresina: "El Canto a Jesús" dice: — "Vivo el miedo amoroso de cantarte. — Ni la audacia mayor del pensamiento. — Ni el ejercicio hereje de mi arte. — Han conseguido nuestro alejamiento".— Y siguen estrofas de pura cepa castellana en las que el poeta vierte una inquietud mística superlativa.

Sin embargo, supervive en él, aliada al rumbo de Dios, (RUMBO DESNUDO) su concepción pletórica de naturaleza: — "Los camalotes angélitos — mueven sus ojos de agua — de los sauces a los mimbres, — y abrazan la correntada. — Para proseguir de acuerdo con su tendencia cristiana: "Esa flor es como el alma — venida sobre las aguas: — la alegra el árbol de Dios — su ciega raíz la asusta" — Hace constataciones ingenuas y justas y se emociona cuando su hermana dice del mar: "Pero si esto es como el campo". Y desarrolla una filosofía simplista que se desenvuelve admirablemente sola; tal lo tenemos en "El trompo dormido" en el que el mismo movimiento del trompo va dando de sí su creación.

Ipuche, por el camino de Dios, seguirá un camino de espinas poéticas difíciles de despejarlas. Yo temo que la ciudad no aprehenda al poeta y éste no asimile a la ciudad. Vivirán ceñudos en tanto que la primera desarrollará su impulso social y el último se anquilose en la divinidad con cierta nostalgia del campo. Su consuelo será el mar magnífico.

Julio del Prado.

Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza | PEDAGOGIA PROLETARIA | PARIS,, | 1930.

La Internacional de Trabajadores de la Enseñanza, después de haber publicado en francés y en alemán las tesis, informes y debates de la Internacional en sus JORNADAS PEDAGOGICAS, organizadas en Leipzig, acaba de publicarlos también en Español.

PEDAGOGIA PROLETARIA, contiene los temas siguientes:

1°.—Situación del niño proletario.

2°.—Fines de la Educación.

3°.—Organización del Sistema escolar.

4°.—Programas y métodos.

5°.—Disciplina entre los alumnos.

Es esta la primera vez que una Asociación de maestros se coloca en una posesión verdaderamente internacional y somete al control de la clase obrera las principales reivindicaciones pedagógicas de acuerdo con las necesidades de la clase proletaria.

Las oficina pedagógicas de Ginebra, al servicio del "Bureau Internacional del Trabajo", de la Sociedad de las Naciones, de la burguesía y sus sucursales, multiplican a través del mundo las publicaciones de la Liga Internacional por la Nueva Educación (La Nueva Era, Hacia la Escuela Activa, La Educación Nacional, etc.).

Pero parece que los pedagogos burgueses olvidan una cosa: que los vínculos entre el Estado y la Escuela están determinados por el hecho de que el Estado, es un Estado de clase.

Es por ello que ya en vísperas de nuestras reuniones pedagógicas, habíamos pedido a nuestros camaradas estudiar la "situación del niño proletario, teniendo en cuenta que para nosotros no existen "derechos del niño (niño abstracto) sino un niño proletario que tendrá los derechos que la fuerza le conquiste. Nada de Pedagogía fuera de la realidad, es decir fuera de las clases sociales.

OFICINA DEL LIBRO

EDICIONES NACIONALES

J. J. Mariátegui.—"La Escena Contemporánea" . . . S/ 1.80
"7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana . . 2.80
M. I. Rodríguez.—"El Nuevo Absoluto" 1.80
R. Martínez de la Torre.—"El Movimiento Obrero de 1919" 0.50
"La teoría del crecimiento de la miseria aplicada a nuestra realidad" 0.60
J. M. Eguren.—"Poesías" . . 2.00
Ernesto Reyna.—"El Amauta Atusparia" 0.40

EDICIONES SAMET

Novedades y libros selectos

Julio Fingerit.—"Destinos . . 2.00
"Eva Gambeta" 2.00
"MERCEDES" 2.00
C. Sánchez Viamonte. — "Jornadas" 2.00
J. J. Vignale.—"Canciones para los niños olvidados" . . 2.00
R. Jijena Sánchez.—"Achalay" 2.00
J. Epstein.—"La poesía de hoy" 2.50
U. Sinclair.—"El Libro de la Revolución" 1.00
F. Delaisi.—"El Petróleo" . 1.60
L. Fabri.—"Dictadura y Revolución" 2.00

EDITORIAL BABEL

W. Frank.—"Nuestra América" 4.00

EDICIONES CENIT

Ultimas novedades

Ernest Johansenn.—"Cuatro de Infantería 2.25
Alardo Prats y Beltrán.—"Tres días con los endemoniados" 2.25
Belyk y Panteleev.—"Sckid, La República de los vagabundos" 2.70
Henri Barbusse.—"El fuego" 1.60
J. Dos Pasos.—"Rocinante vuelve al camino" 2.25
R. J. Sender.—"Iman" . . . 2.25
Sillempa.—"Santa Miseria" . 2.25

EDICIONES EUROPA-AMERICA

V. I. Lenin.—"Páginas Escogidas" Tomo I 1.20
—"Páginas Escogidas", Tomo II 1.80
—"El Estado y la Revolución" 1.80

BIBLIOTECA MARXISTA

Títulos por llegar

G. Plejanov.—"Anarquismo y Socialismo".
Marx y Engels.—"Manifiesto Comunista".
V. I. Lenin.—"El imperialismo, última etapa del capitalismo".
V. D. Riazanov.—"Karl Marx como hombre, pensador y revolucionario".
I. S alin.—"Los fundamentos del leninismo".
V. I. Lenin.—"El radicalismo, enfermedad infantil del comunismo".
Fr. Engels.—"Del socialismo utópico al socialismo científico".
K. Marx.—"La comuna de París".
V. I. Lenin.—"La revolución proletaria y el renegado Kautsky".
Fr. Engels.—"La guerra de los campesinos en Alemania".
Marx y Engels.—"Antología del materialismo histórico".

EDICIONES VARIAS

"Pedagogía Proletaria" . . . 1.50
Uriel García.—"El Nuevo Indio" 2.00
Victorio Codovilla.—"¿Qué es el tercer período?" 0.20
"¿Qué es el plan quinquenal?" 0.20
"El Movimiento Revolucionario en los países coloniales y semicoloniales" 0.30
Cachin—"El imperilismo contra la URSS" 0.20
Gussiev.—"En vísperas de nuevos combates". 0.30
Yaroslavsky.—Marx y Lenin y la revolución proletaria" . . 0.30

PEDIDOS A OFICINA DEL LIBRO.—Ap. 2107

OBRAS DE JOSE CARLOS MARIATEGUI

LA ESCENA CONTEMPORANEA

Editorial Minerva — Lima 1925. — Edición casi agotada.

7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA

Biblioteca "AMAUTA". — Lima 1928. — Contiene los siguientes ensayos:

ESQUEMA DE LA EVOLUCION ECONOMICA | EL PROBLEMA DEL INDIO | EL PROBLEMA DE LA TIERRA | EL PROCESO DE LA INSTRUCCION PUBLICA | EL FACTOR RELIGIOSO | REGIONALISMO Y CENTRALISMO | EL PROCESO DE LA LITERATURA.

En prensa:

IDEOLOGIA Y POLITICA EN EL PERU

Editorial **Historia Nueva.** — Madrid

Mariátegui plantea el aspecto político de la realidad peruana en este libro que viene a ser la continuación de "7 ENSAYOS".

Aparecerán seguidamente:

EL ALMA MATINAL Y OTRAS ESTACIONES DEL HOMBRE DE HOY

Editorial Minerva — Lima.

DEFENSA DEL MARXISMO. -- TEORIA Y PRACTICA DE LA REACCION

Editorial Historia Nueva. — Madrid.

INVITACION A LA VIDA HEROICA

LA VIDA Y LA NOVELA

(Relato)

Impreso en los Talleres Gráficos de la Editorial Minerva-Sagastegui, 869

PRECIO DEL EJEMPLAR
S. 0.60